



Mérida en su caleidoscopio



FILEY.
FERIA INTERNACIONAL
DE LA LECTURA YUCATÁN



UC-Mexicanistas

Noveno Septiembre Cultural y Literario
Mérida en su caleidoscopio

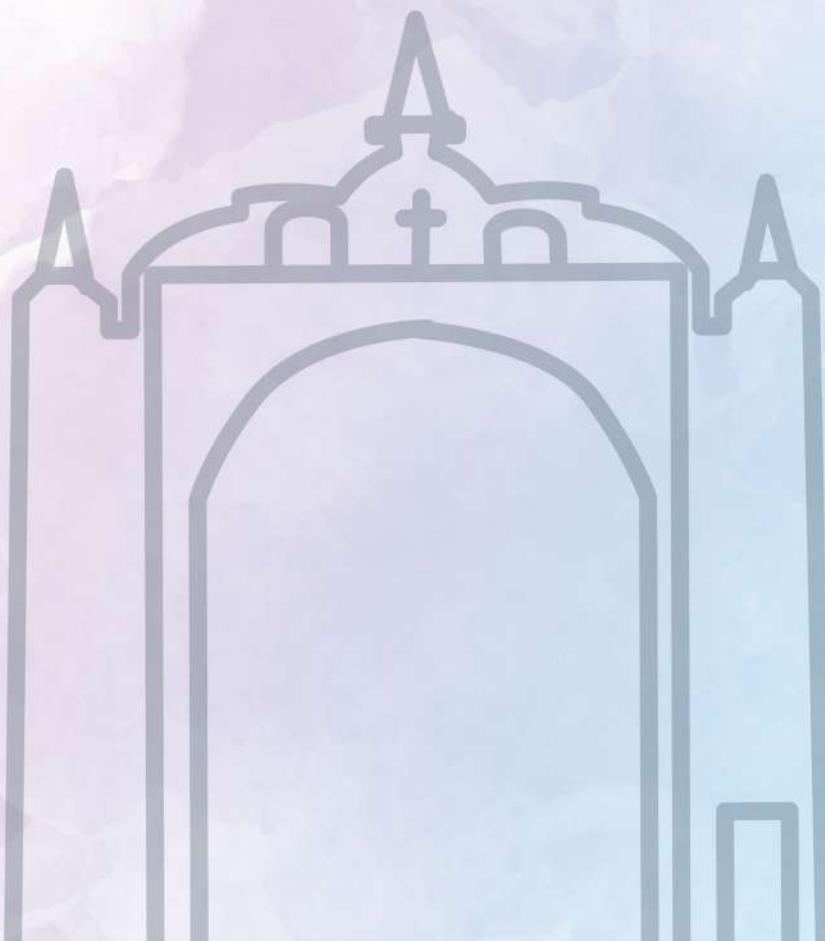
2024

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
FERIA INTERNACIONAL DE LA LECTURA YUCATÁN (FILEY)
UC-MEXICANISTAS

Los textos y la información contenidos en este libro
fueron compilados, revisados y editados por Sara Poot
Herrera y María Teresa Mézquita Méndez.

El diseño fue hecho por
Jhadiel Alexis Maldonado Trinidad.

Mérida, Yucatán
Septiembre 2025



NOVENO ENCUENTRO CULTURAL Y LITERARIO

MÉRIDA EN SU CALEIDOSCOPIO

Los encuentros culturales y literarios realizados cada mes de septiembre desde el año de 2016 –reconocidos como “septiembres culturales y literarios”– llegaron a su noveno capítulo en 2024 con el título *Mérida en su caleidoscopio*. La narrativa de este nuevo encuentro fue una invitación para que sus participantes aportaran un espejito, un pequeño cristal de la memoria, el imaginario, la nostalgia, una arena, una piedrita (o piedrecita) ..., todo desde el presente: Mérida en todos los tiempos. Aquella ciudad de las veletas de antaño nos llevó a titular cada una de las sesiones con versos que precisamente contuvieran la palabra “veleta”. Así, organizamos las ocho sesiones del programa: “El duro corazón de la veleta / entre el libro del tiempo”; “En el Jardín de Verano cantaban sutiles las veletas”; “Encima el viento en signo: la veleta”; “Como el panorama / raro de un exótico jardín de veletas”; “A mí me ha dado por volar veletas”; “Las aspas incansables de las veletas”; “A veces gime sordamente una veleta”; “Veleta, girasol que tornasola”. La veleta es nuestro caleidoscopio y representa a Mérida de modo circular y giratorio. Todo visto y sentido desde hoy o de un futuro imaginario. Este “librito giratorio” recoge las ponencias que sus autores escribieron para este nuevo encuentro. La Universidad Autónoma de Yucatán, la Feria Internacional de la Lectura Yucatán (FILEY) y UC-Mexicanistas, en su afán de reunir vida, educación y creación, las publica en esta memoria colectiva, giratoria como nuestras veletas, enraizadas desde siempre y para siempre en el caleidoscopio de nuestros tiempos.

Índice

Prólogo	6
María Teresa Mézquita Méndez y Sara Poot Herrera, “Mérida en su caleidoscopio. Noveno Encuentro Cultural y Literario”.....	7
<i>El duro corazón de la veleta / entre el libro del tiempo</i>	11
María José Rodilla León, “Vestigios de un mito medieval: los salvajes de la Casa Montejo”.....	12
Jorge Victoria Ojeda, “Caleidoscopio social en la ‘Blanca Mérida’”.....	19
Enrique Martín Briceño, “Un baile popular para Carlota”.....	24
Gonzalo Navarrete Muñoz, “La labor de los cronistas en las ciudades contemporáneas”	30
<i>En el Jardín de Verano cantaban sutiles las veletas</i>	34
Aída López Sosa, “Los jardines de la memoria en los parques de la infancia”.....	35
Rodrigo Rubio Barthell, “Santos”	39
Adriana Marín Martín, “Por la esquina del gallo”.....	44
Raúl Lara Quevedo, “La memoria que nos habita, las paredes que nos significan”	49
<i>Encima el viento en signo: la veleta</i>	54
Rosely E. Quijano León, “Mérida después de la lluvia: el periodismo de Cristina	55
Martín Berlanga (Gabriel Paz)”	
Adriana Vargas León, “Estudio 57”.....	61
Eloísa Alcocer Vázquez, “ <i>Deja te cuento</i> . Sobre la escritura de las juventudes de la península yucateca”.....	66
<i>Como el panorama / raro de un exótico jardín de veletas</i>	72
Roberto Azcorra Cámara, “Geometría de la ciudad, las Méridas de Mérida”.....	73
Rita Castro Gamboa, “Mérida y sus espacios. Una crónica sobre la ex hacienda El Rosario o Wallis”.....	77
Fer de la Cruz, “Hasta el crepúsculo con esa <i>Mérida sin arrebol</i> ”.....	81
Silvia Alejandrina Rojas Sánchez, “Los leones del Centenario”.....	89
Melba Alfaro, “El Centenario. Un carnaval desde la hamaca”	92

<i>A mí me ha dado por volar veletas</i>	95
Gará Castro, “Naranja agria”	96
Karla Poot, “Un paseo por Mérida en resistencia”	101
Is González Sosa, ““No vengas nunca al país de los ríos’: Mérida, memoria y maravilla”	104
Laura Espejo Torres, “Transformando la tradición: los nuevos epicentros literarios de Mérida”	109
Virginia Carrillo, “Feminismo en la Ciudad blanca. Memoria itinerante de las desobedientes”	114
 <i>Las aspas incansables de las veletas</i>	121
Margarita Robleda Moguel, “Ecos del 478 aniversario de la Ciudad de Mérida”	122
Silvia Cristina Leirana, “La magia de la luz en las tardes de Santiago”	130
Jorge Cortés Ancona, “El santo olor de las peluquerías”	133
Luis Herrera Albertos, “Las cantinas de Mérida, esos bellos rincones de esparcimiento cultural”	139
Edgardo Arredondo, “Cuitas del buen samaritano”	143
 <i>A veces gime sordamente una veleta</i>	147
Silvia Káter, “Pobres pibes...”	148
Carlos Martín Briceño, “Donde la memoria es esclava. Días de cine en la Mérida de antaño”	154
Maite Zubiaurre, “Cuando Mérida era Cinelandia: breve crónica de una topografía <i>nunca</i> extinta”	160
 <i>Veleta, girasol que tornasola</i>	168
María Teresa Mézquita Méndez, “Meridanas y caleidoscópicas, que 30 años no es nada”	169
Sara Poot Herrera, “El árbol de la vida, la familia. Y cuando los minutos tenían 24 horas para vivirla”	179

PRÓLOGO



MÉRIDA EN SU CALEIDOSCOPIO NOVENO ENCUENTRO CULTURAL Y LITERARIO

María Teresa Mézquita Méndez (FILEY)
Sara Poot Herrera (UC-Mexicanistas)

Estamos a principios de agosto de 2024. Se acerca nuestro *Noveno Encuentro Cultural y Literario* que, año con año, han estado organizando la Feria Internacional de la Lectura Yucatán (FILEY) de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY) y la asociación internacional UC-Mexicanistas. Los reconocemos como nuestros Septiembre Culturales. Contentos, los esperamos en los últimos años. Es imperdible el día que concluye: domingos de matiné, de estreno, de “gastada”, de saludos, alegría, de un día de palabra de honor y de amor.

Los encuentros de los años 2022 y 2023 se realizaron sobre todo con la participación de investigadores, escritores y otros artistas que viven en Yucatán. ¡Experiencia única! Como en años anteriores, extendimos nuestra invitación a investigadores, escritores y artistas interesados, y que muchos de ellos anteriormente no habían sido parte de estos encuentros. Celebramos: ¡Bienvenidas las propuestas de todos!

En estos ya tradicionales encuentros se ha dado a conocer la convocatoria del Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco. Este año de 2024 se hizo pública (véase página de la FILEY) en la rueda de prensa del martes 9 de julio pasado. Retomaremos la convocatoria para hablar de la historia de este premio y su importancia para una feria universitaria como lo es la FILEY.

Volviendo a los “septiembre culturales y literarios”. Esta vez, el encuentro se llevó a cabo del viernes 6 al domingo 8 de septiembre de 2024 (tardes del viernes 6 y sábado 7, y mañana del domingo 8). El tema de este nuevo encuentro fue “Mérida y puntos intermedios”. Su título, *Mérida en su caleidoscopio*. El objetivo fue trazar un caleidoscopio cultural de la ciudad. Para realizarlo, fue importante que cada uno de nosotros aportara un espejito, un pequeño cristal de la memoria, el imaginario, la nostalgia, una arena, una piedrita (o piedrecita) ..., todo desde el presente: Mérida en todos los tiempos. De preferencia, una vivencia, una experiencia, un recuerdo (trascendental para quien lo escribe). Fue excelente –dijimos– contribuir, en este espacio que nos

invita, con un breve escrito inédito (acompañado de una imagen): podría ser un cuento, un poema, una relación o historia, un ensayo, el resultado de una investigación, alguna materialidad representativa de Mérida. Cualquier género, literario o no, que funcionara como crónica. Se trataba de construir – “‘negociando’ con la cultura”– un mapa móvil: desde el presente, el pasado; o desde el pasado, el presente. Un mapa circular en rotación, de allí la propuesta del caleidoscopio, una especie de “cronotopía” construida desde tiempos y espacios meridianos (y/o sus alrededores) habitados por nosotros mismos. ¿Qué les parece?

Iniciamos este “caleidoscopio” con algunas sugerencias, consideraciones, apuntes, que pudieran tomarse en cuenta. Por ejemplo: arcos y nichos, relojes y campanarios, detalles (esos detalles en los que “nadie se fija”). Pensando en la claridad meridana (y, ¿por qué no?, sus claroscuros), entre la nostalgia y la novedad. Sugerir un mapa cultural de la ciudad, trazado desde la vivencia personal. Incursionar en, por ejemplo, varios géneros (literarios o no) que funcionaran como crónicas, archivos (hallazgos), recetas (familiares, de farmacia). Pensar en nuestra ciudad: Mérida en miniatura, Mérida en sus estaciones (la del verano, “temporada” ... en Progreso, otras playas), en sus diacronías y sincronías, sus instantáneas, resistencias, experiencias, resiliencias.

Revisitar nuestra ciudad desde los carteles de películas, los cines al aire libre (sobre todo fuera de Mérida), sus anuncios (sociales, comerciales...). Reabrir cajones de retratos, observar retratos en la sala, releer dedicatorias, cartas (marcadas, “robadas” o no), descubrir una flor en un libro, un “apuntito” anónimo. Agradecer ver de nuevo el Sol, ver cómo va apareciendo la Luna, las estrellas en su línea plateada (ese modo de leer ancestralmente las horas).

De pronto, un nuevo amanecer en Mérida, sus anocheceres (pasando por el mediodía). Pensar en la ciudad, ¿creada o recreada para la mujer?, ¿para quienes día con día llegan del interior del estado? ... Y para quienes llegan de fuera y, a pesar del clima –nuestro escudo protector–, deciden quedarse. Y, ¿cómo no! De ellos se espera –a su manera– un sentido de pertenencia, que muchos de ellos tienen y lo demuestran.

Dentro de la ciudad misma, tenemos muchas Méridas alrededor de una sola, en sus muchos tiempos y espacios que vivimos con alegrías, melancolías y nostalgias. Cada generación tiene la suya, las suyas. Un ejemplo: tener nostalgia por los gremios tradicionales, pensar si hay gremios actuales

(¿premios? los hay). Detenernos en los “puntos intermedios” que leíamos en los autobuses que salían de Mérida a otros lugares y volvían “copeteados” de frutas pueblerinas, de tonadas y tonos distintos en el hablar, el cantar, el narrar, el poetizar... Sentir nostalgia por aquellos pregones al amanecer, al oscurecer. ¡Bienvenidas nuevas propuestas, entre todos hilar sugerencias para visitar a nuestra ciudad en movimiento!

Con estas propuestas, que por suerte hicieron eco, nos reunimos tres días en septiembre de 2024. El viernes 6, en el Centro Cultural Universitario del Edificio Central de la UADY; el sábado 7, en la Escuela Modelo; el domingo 8, de nuevo en el Centro Cultural Universitario del Edificio Central de la UADY.

Este encuentro fue el tercero de un “tríptico yucateco”:

2022: *Mérida en la literatura y otras artes*

2023: *Lectores mirando al sureste*

2024: *Mérida en su caleidoscopio*

Las lecturas de los participantes duraron alrededor de 15 minutos, una tajadita al tiempo, tiempo meridano, de un domingo de matiné de nostalgias y recuerdos, de presentes y futuros lejanos como el pasado, inmediatos como el presente e infinitos como el futuro. De las participaciones, quien moderaba la sesión mencionaba el nombre de la persona que iba a leer, el título de su ponencia, un brevísimo resumen, un párrafo con un par de datos del CV de quien iba a leer y el porqué de su interés por participar en este encuentro.

Fue “presencial” (como ahora se dice) la modalidad de este nuevo encuentro, organizado (una vez enviada la narrativa) a partir de la recepción de títulos y resúmenes de ponencias. Fue un tema “a flor de piel”, la estrellita de un caleidoscopio que en su movimiento compartimos con los demás.

Mérida fue el tema de nuestro septiembre cultural del año 2024. Prehispánica, sí; colonial también; decimonónica, revolucionaria, actual.

Una vez que concluimos la narrativa de nuestro nuevo septiembre cultural, por parte de Literatura de la UNAM nos llegó esta pregunta: “¿Qué piensas sobre la Ciudad de México?” Una invitación para leer la edición 246 de *Punto de partida* (historias y perspectivas sobre la Ciudad de México). ¡Coincidencias! Una convocatoria similar a la nuestra. Cada ciudad tiene lo suyo. La nuestra se representa ahora de modo circular y giratorio, como los caballitos del carrusel, las ruedas de la fortuna de nuestra niñez, la silla voladora

de los sueños y los riesgos. Todo visto y sentido desde hoy o de un futuro imaginario. Además del prólogo, en este “librito giratorio” se publican treinta ponencias. Como en el programa del encuentro, cada sección tiene un epígrafe de “veletas poéticas y metafóricas”. Los autores de este caleidoscopio, amorosos de Mérida, ciudad que les dio –nos dio– el agua del bautizo de la vida.



EL DURO CORAZÓN DE LA VELETA / ENTRE EL LIBRO DEL TIEMPO



VESTIGIOS DE UN MITO MEDIEVAL: LOS SALVAJES DE LA CASA MONTEJO

María José Rodilla León
UAM-Iztapalapa / UC-Mexicanistas

Si tuviéramos que hacer una cartografía de la ciudad de Mérida, junto a las majestuosas casas del Paseo de Montejo, la calle 60 con su ambiente musical, la plaza de Santa Lucía con sus bailes y el nuevo paseo de la vieja estación del tren, tendríamos que colocar con un gran signo en el mapa a los dos salvajes esculpidos en la fachada de la casa de los Montejo, construida entre 1542 y 1549, en la plaza principal de la hermosa ciudad blanca, hermana de la romana extremeña y de la andina venezolana.

Desde el Polifemo de Homero hasta el Cardenio de Cervantes o el Segismundo de Calderón, las formas de vida y la leyenda del hombre salvaje han cambiado en las distintas etapas por las que ha pasado el mito en Europa hasta llegar a la conquista y colonización de América y, más concretamente, a la ciudad de Mérida.

El «hombre peludo», *homo agreste* u *homo sylvaticus*, que vivía en los límites de la civilización, convivía con las bestias, usaba armas primitivas como el mazo o el garrote, tenía poderes proféticos, asustaba o atraía a los otros grupos humanos, a veces era también el ayudante sobrenatural en el folklore y el marginado imaginario en todo el Occidente medieval.

No podemos hablar del salvaje medieval sin recurrir al magnífico y documentado estudio, *El salvaje en el espejo*, de Roger Bartra, quien aclara que es un craso error de Manuel Toussaint llamar “indios lanudos” a los hombres salvajes esculpidos en la Casa de Montejo, porque no son ninguna representación curiosa de los habitantes del Nuevo Mundo sino que se trata de hombres europeos, barbados, que el conquistador importó como su sombra, como el Otro “para evitar que su ego se disolviera en la extraordinaria otredad que estaba descubriendo” (Bartra, 1992:13). Efectivamente, el hombre salvaje, como las Amazonas y miles de animales fabulosos y de razas monstruosas son algunos de los mitos que el conquistador trajo en su equipaje, como ampliamente lo ha estudiado Luis Weckmann en su libro *La herencia medieval de México*.

Los primeros representantes de la vida animal y de los instintos sexuales, nos ilustra Bartra, fueron los centauros que participan de la doble naturaleza humana y bestial y, por lo tanto, se mueven entre la vida salvaje y la civilizada; el centauro puede ser un salvaje con rasgos humanos o un hombre sabio y noble con rasgos animales, capaz de instruir a los héroes, como el centauro Quirón, que educó a Aquiles. Los silenos y sátiros, cuyos rasgos se confunden a veces, son otras especies de hombres salvajes; su principal característica es la lascivia, solían violar a las ninfas y se les representaba con el falo en erección. Las ménades o bacantes que adoraban a Dionisos eran las mujeres salvajes griegas que en sus ritos orgiásticos en las montañas y en los bosques devoraban carne cruda de animales o de algún niño. Estos ritos populares dionisiacos contribuyeron, según Bartra, a diseminar el mito del salvaje y a fijar sus principales características, tales como la *omofagia* o consumo de carne cruda, la lascivia, los rasgos bestiales, etc. En su recorrido por los mitos clásicos, Bartra recrea historias de los pueblos de pastores gigantes incivilizados, los cíclopes, entre los cuales, Polifemo representa la naturaleza bestial frente al hombre civilizado que es Ulises; los faunos romanos y otros habitantes de los bosques, mitos que se suman a las razas que Plinio describe en su *Historia natural*.

De la abundancia grecorromana de seres fabulosos, “que encarnaban una mezcla de naturaleza y cultura, un mestizaje de animal y humano” (Bartra, 1992: 42), pobladores de ríos, bosques y montañas pasamos a la soledad del desierto en la tradición judeo-cristiana. Lugar de penitencia, de pecado y castigo, de tentaciones y pruebas, de redención y de encuentro con Dios y con Satanás, el desierto del Antiguo Testamento era el *habitat* de los exiliados espirituales, de los visionarios, de los profetas, de los anacoretas, alimentados milagrosamente, y que poseían el don de la adivinación. Su pelambre no era un rasgo animal sino una capa protectora del mal; cuando el anacoreta recibía a un visitante en medio de su silencio y de su soledad veía en él “a un enviado de Dios para enterrar su cuerpo” (Bartra, 1992: 52) porque su muerte estaba próxima y podía ver incluso el alma del santo ascendiendo y contar después la visión maravillosa de la que fue testigo.

De los salvajes antiguos tanto grecorromanos como judeo-cristianos, Bartra analiza extensamente el mito del salvaje medieval, pero encuentra primero dos eslabones clave: el Mago Merlín y el asesino y violador, San Juan

Crisóstomo. Merlín se emparenta con los silenos y centauros por su capacidad adivinatoria, pero su huida al bosque y su locura derivada de la tristeza, el dolor y la pérdida de algo (sus hermanos en el campo de batalla) es un tema medieval. Merlín no resiste la vida en sociedad, abandona su reino y sus gentes y prefiere la vida selvática de Calidón. Juan Crisóstomo, en cambio, busca el ascetismo en las cuevas del bosque, pero un día llega una joven princesa, que en un principio Juan confunde con una reencarnación del demonio, y peca con ella; después de lanzarla por un precipicio para alejarse del pecado, se impone las penas de vivir, comer y caminar como bestia. Esta penitencia es la que permite que la princesa se salve milagrosamente. En estas dos leyendas, Bartra descubre una fuerte carga de mitología pagana, sobre todo en la idea de la sexualidad bestial, la piel peluda y la comida cruda. Merlín y Juan Crisóstomo viven como animales, aunque no son salvajes innatos como los sátiros o los cíclopes, sino que han caído en el estado salvaje como una vía hacia la profecía o la salvación; en este último sentido, se mezcla también la mitología cristiana medieval sobre el pecado y la penitencia. Otro ejemplo es el de Nabucodonosor, convertido en salvaje por su falta de fe en Yahvé y por el pecado de la vanagloria (Daniel 4, 1-37), del que se dice en el *Libro de buen amor*:

*El fue muy vil tornado e de las bestias equal:
comía yervas montessas commo buey, paja e al,
de cabellos cobierto, como bestia atal;
uñas crió mayores que águila cabdal. (306)*

Igualmente, en la hagiografía encontramos a San Onofre, anacoreta cubierto de pelos. No podemos pasar por alto las versiones femeninas de aguerridas mujeres salvajes capaces de combatir a un dragón; mujeres anacoretas o ermitañas, desnudas y cubiertas con su propia cabellera, como Santa María Egipciaca; las parejas de salvajes o incluso las familias de salvajes. De las mujeres salvajes tenemos un ejemplo en el *Libro de buen amor*, cuando el arcipreste va en busca de aventuras a la sierra y se deja atrapar por la serrana de Gadea de Río Frío y ella “lo apiuela” como a un conejo cazado para llevarlo a su cueva y violarlo. Es descrita como un monstruo formado con diversas partes de animales, como si se tratara de un *collage*, en el que predomina el color negro, repetido tres veces: miembros de yegua, pelos negros de corneja, patada de osa, orejas de burrico, nariz de çarapico, boca de alana, sobrecejas más negras que tordos, tobillos de novilla son algunas de las partes que le sirven

al Arcipreste para caracterizar a esta fiera serrana como un híbrido, cuyo modelo es, sin duda, la mujer salvaje medieval, pero también podemos leer su cuerpo, como propone un crítico, como “un cúmulo de pecados: es lascivia o licencia (yegua caballar, osa, asno o burro), pereza (osa, tordo), locura (asno o burro), avaricia, envidia y servilismo (perro) y de naturaleza diabólica y violenta (osa); algunas de esas conexiones se ven reafirmadas por las fábulas esópicas del mismo *Libro*”¹. Si seguimos la simbología de los bestiarios, apreciamos que se trata de animales demonológicos: el oso, que a partir del siglo XIII, se asocia con cuatro de los pecados capitales: ira, lujuria, pereza y gula (Pastoureau, 2006:67). La alusión a San Juan no pasa desapercibida porque en la bestia del Apocalipsis también sus pies eran como de Oso. (San Juan, 13, 2).

Los salvajes medievales, como los representados en Mérida, son seres imaginarios que entran en el terreno de lo maravilloso. En los libros de caballería, el salvaje era la contraparte del caballero en el combate o bien su presa de caza, en todo caso, encarna los valores opuestos a la sociedad cortesana medieval.

Puesto que la teología cristiana no podía concebir a un ser humano semianimal, entonces la mitología del salvaje se contaminó con la demonología en la Edad Media para explicar a estos seres. Los hombres salvajes se asimilaron frecuentemente a demonios y las mujeres a brujas. El color verde, dice Bartra, en la Edad Media era el color de la muerte y el del diablo (Bartra, 1992: 114) y en muchas representaciones de la danza salvaje, en juegos cortesanos y en desfiles y relaciones de fiestas los actores aparecen con disfraces de musgos, hierbas y hojas que pueden representar imágenes vegetales del inframundo. A pesar de estas contaminaciones, Bartra defiende que lo salvaje y lo diabólico fueron dos mundos distintos y esto es una prueba más de que la cultura popular y maravillosa no pudo ser engullida por las ideas hegemónicas.

Los caballeros medievales también debían pasar por la prueba del estado salvaje como una especie de autohumillación por el desdén amoroso de la amada. Recordemos a Amadís de Gaula- Beltenebrós, a Tristán, a Lancelot, a Yvain, a Orlando furioso, el más loco de todos, que atacaba campesinos, desenraizaba árboles y asolaba las cosechas por el frustrado amor de Angélica la Bella.

¹ Louise M. Haywood, “El cuerpo grotesco en el *Libro de buen amor* de Juan Ruiz”. ccvc.cervantes.es/obref/arcipreste_hita/haywood.htm

Pero no sólo la novela caballeresca toca la vida salvaje, hay ejemplos desde el siglo XIII en el *Libro de Alexandre* sobre las conquistas de Alejandro Magno y en *La carta del Preste Juan de las Indias*, cuyo país está lleno de unicornios, grifos, cinocéfalos, sagitarios, lamias, faunos, sátiros, gigantes y todo tipo de aves incluyendo el ave fénix, además de amazonas y hombres salvajes, entre muchos otros seres maravillosos. En la ficción sentimental, como lo ha demostrado Alan Deyermond, los amantes se encuentran en los bosques a verdaderos salvajes, como el de *Cárcel de amor*, el Pámphilo de *Grimalte y Gradissa*, o la otra novela de Juan de Flores, *Grisel y Mirabella*, donde el salvajismo se presenta de una manera más despiadada y cruel reencarnado en las damas de la corte de Escocia, que atormentan al misógino Torrellas por haber provocado con sus discursos la muerte de Grisel y Mirabella. Las cortesanas, en venganza, le hacen sufrir mil tormentos con tenazas ardiendo, y con uñas y dientes lo despedazan, sin dejar de injurarlo y recordarle sus maldades. Delante de Torrellas, desnudo y atado, las damas llevan a cabo una cena que recuerda los ritos menádicos en honor a Dionisos. El texto es un poco ambiguo, pero se puede suponer que comen la carne de Torrellas, ya que se dice que sus huesos fueron quemados, después de que no quedó carne en ellos, y que las cenizas las guardaron las damas como reliquias para no olvidar a su enemigo. Deyermond anota que hay algunos amantes en la ficción sentimental que adoptan rasgos de la vida salvaje, pero siguen siendo cortesanos, mientras estas damas, “sin cambiar su apariencia externa, se revelan con el alma de la mujer salvaje más desenfrenada y diabólica. No se puede imaginar asociación más chocante del estado salvaje con la corte y el culto de la dama representado por el amor cortés” (Deyermond, 2016: 267).

El mito del salvaje se resquebrajó ante la realidad americana, porque los nativos “no eran peludos, eran inteligentes, eran hermosos” (Bartra, 1992: 149). Colón decía que no había encontrado hombres monstruos sino gente de muy lindo acatamiento. Bartra apunta agudamente que “mientras Europa colonizaba a los salvajes americanos, éstos a su vez colonizaron al mito europeo del salvaje y contribuyeron a su transformación” (Bartra, 1992: 151).

En el Renacimiento, el hombre salvaje más complejo, para Bartra, es Cardenio -un espejo de la locura de Don Quijote-, “cuyo delirio erótico lo ha conducido a vivir desnudo en Sierra Morena, donde Don Quijote lo toma como modelo para sus propios desvaríos” (Bartra, 1992: 184).

En el Medioevo se había creído en una realidad monstruosa o en un hombre que sufría y hacía penitencia en los bosques. En el Renacimiento, en cambio, se cree más en el salvaje como idea, como locura. Don Quijote no opta por la furia de Orlando ni por la melancolía de Amadís, prefiere imitar la locura de Cardenio, aunque él no ha sido desdeñado por su dama como los caballeros medievales; entonces escenifica un “gran simulacro de salvajismo artificial” (Bartra, 1992: 188), se queda en paños menores y da dos pataletas al aire.

Y después de estos ejemplos de la mentalidad europea, de la literatura y del arte llegamos a América, a la portada plateresca del siglo XVI de la única casa de estilo renacentista en México, para conocer a los dos salvajes de Mérida. De una proporción mucho menor que la de los caballeros o conquistadores con sus armas de hierro, colocados en dos pedestales más arriba, los salvajes representan el enemigo imaginario, barbado, peludo, que empuñan una maza con sus manos, probablemente desgajada de una rama de árbol. El hierro ha vencido a la madera y ha minusvalorado al enemigo en proporción y en armas, acaso para conjurarlo o para convertirlo en su antítesis de cortesía frente a barbarie. Llama la atención que los salvajes medievales, que solían ser de proporciones gigantescas, sean, en nuestra fachada, mucho menores que los caballeros.

Cada vez que vengo a Mérida voy a visitar a “mis salvajes”, como yo los llamo, los he fotografiado varias veces, los uso en mis clases cuando hablamos de los mitos que trajeron los conquistadores a América y siempre me digo que Mérida es una ciudad privilegiada por custodiar ese tesoro de piedra caliza que encierra uno de los mitos más importantes del Occidente medieval. Parafraseando el título de la última novela de William Ospina, me gustaría poner *mi oído en la piedra hasta que hable* y me cuente la historia de los personajes barbados o la vida de los indios mayas de Maní que acataban las órdenes de Francisco de Montejo “el adelantado”, su hijo y su sobrino, todos de un mismo nombre para perpetuar el linaje, quienes dibujaron o acaso mostraron alguna imagen a los artistas nativos para que esculpieran esos dos seres maravillosos que se perpetuarían petrificados y hoy podemos contemplarlos siglos después en esta prodigiosa ciudad.

Referencias

Bartra, Roger (1992). *El salvaje en el espejo*. México: Era.

Deyermond, Alan. “El hombre salvaje en la novela sentimental” (1967, 2016). *Actas del II Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas celebrado en Nijmegen del 20 al 25 de agosto de 1965*. Nijmegen (Holanda): Asociación Internacional de Hispanistas. Instituto Español de la Universidad de Nimega, pp. 265-272. Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Haywood, Louise M. “El cuerpo grotesco en el *Libro de buen amor* de Juan Ruiz”. ccvc.cervantes.es/obref/arcipreste_hita/haywood.htm

CALEIDOSCOPIO SOCIAL EN LA “MÉRIDA BLANCA”

Jorge Victoria Ojeda

Ítalo Calvino escribió: “Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos y signos de un lenguaje; son lugares de trueque [...] pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos [...]” (Calvino, 1977: 26).

La Mérida de Yucatán está plagada de todos esos elementos, pero deseo hacer énfasis en su gente, generadora de ellos, porque parte de sus habitantes del pasado y del presente son aún invisibles, no incluidos en la memoria y tampoco en los recuerdos porque socialmente nunca han existido.

Nuestra mente retrocede hasta el momento en que se funda la ciudad novohispana sobre los vestigios de la gran T’ho, instante de importancia para los europeos que es atestiguado por la mirada del hombre maya, al menos eso se nos ha enseñado. Pero el Mayab de esos lejanos tiempos también recibió a un grupo de tez oscura que colaboraba con los españoles en su faena de conquista y que siguió presente en la región en las centurias siguientes. Hoy, nadie sabe de eso; se dicen loas a los hispanos y se menciona la bravura de los indios, pero de Juan Toral, Martín de Arbiesto, Lázaro del Canto, Josefa Pérez o de la infanta Tomasa, nadie se acuerda.

Los muros de la ciudad, aunque muchos vestidos con ropajes más modernos, así como los que perviven con el rostro colonial, han sido testigos del paso en sus aceras del caleidoscopio social que la ha conformado a través de las centurias. Esa ciudad invisible no recordada es muy distinta a la de ahora. Retomo sobre el tema las palabras de Alejandro de la Fuente, quien señala que, ciudades que hoy no imaginamos que tuviesen población proveniente de África o descendiente de aquellos en los tiempos actuales, antaño albergaron una población numerosa de raíz africana (De la Fuente, 2022). Esto lleva a considerar que el mapa de Afrolatinoamérica no es estático, puesto que va cambiando con el tiempo. Y el caso de Mérida de Yucatán no es la excepción.

En vuelo imaginario a tiempos de la Mérida recién fundada, cuando las cúpulas de su iglesia mayor aún no estaban cerradas, todos sus habitantes convivían entre esas gruesas paredes levantadas con piedras procedentes de antiguos templos mayas. Y ahí, en el interior, el control y la religiosidad se

expresaba en la jerarquización de capillas, no faltando la destinada a los mayas y la del Santo Nombre de Jesús para los negros. Nada material queda de ello, día a día los transeúntes caminan sin saber que en el subsuelo de ese atrio frente a la plaza principal yacen osamentas de los antiguos fieles no hispanos.

La picota del llamado progreso también ha colaborado a borrar del paisaje urbano a mudos testigos íntimamente relacionados con la gente de raíz africana que vivió en Mérida. En los añejos tiempos del siglo XVII el tañer de las campanas era el llamado a los fieles de color que un 15 de enero de 1686 inauguraban su templo, si, un espacio exclusivo para ellos, homónimo de la capilla catedralicia (Victoria, 2014). En la actualidad podemos denominarlo como un “no lugar” dado que es testigo de una ausencia de ese no logrado patrimonio edificado en la ciudad, pues en lugar de muros centenarios, ahora un estacionamiento público es el uso comercial de aquel suelo.

De los murmullos urbanos, olvidados quedaron los nombres de Guadua, Beque y Bemba, sólo por mencionar a unos, bautizados en ese espacio de culto, entonces con nuevos nombres cristianos con la intención de borrar su gentilidad. Así también, es desconocido que la elegante iglesia del Jesús, donde contraen matrimonios jóvenes de buena familia meridana, según las notas de sociales en los periódicos, fue también asiento de gente de piel de ébano, e incluso, que esa designación deriva del nombre del espacio religioso de proveniencia inmediata. La memoria popular, sin duda bajo el influjo de intereses poderosos, ha sobrepuesto el tamiz de una Compañía religiosa para ocultar o borrar la huella africana y de su paso de casi medio siglo por ese templo. Pero ahí están sus añejas paredes y una de sus campanas para que nos cuenten del culto a la virgen de las Montañas que a fines del siglo XVII los españoles les impusieron a los africanos y sus hijos, esclavos y libres, para después ellos mismos apropiarse de esa advocación mariana (Victoria y Grojean, 2021).

Algo que la gente repite sobre este tema, quizá el único dato que presumen conocer es que el barrio de Santa Lucía, en Mérida, era asiento para los esclavos africanos desde el siglo XVI y que su atrio fue cementerio de estos. Pero les invito a olvidar la información, valiosa sin duda cuando se dijo hace medio siglo, pero sin validez ante las luces de la investigación actual dado que ni fue barrio para aquella gente ni cementerio oficial para los mulatos y morenos de la ciudad (Victoria, 2014).

Sobre el tema del camposanto, que incluso he escuchado de voz de

conferencistas, les invito a recordar el tema cuando pasen por la actual calle 59 por 64, a su paso por un expendio de gasolina, y miren los frondosos árboles que aún existen en la parte trasera del solar. Ahí estaba el cementerio para aquella gente, desde el siglo XVII hasta 1821 cuando se cerró tras la apertura de San Antonio Xcoholté para las inhumaciones de toda la población. Vemos entonces que, en el espacio intramuros colonial de Mérida, aquel que las ideas hispanas mentalizaron en su consideración de ciudad, la triada social se componía de españoles y subalternos mayas y africanos, estos últimos, cuando no eran traídos de manera forzada allende límites peninsulares, nacían, vivían y descansaban eternamente en la ciudad. Creo que también es aplicable a esa gente lo que una canción vernácula señala para otras: “...*bajo tu cielo se aprende a forjar ilusiones. A vivir y a amar...*”: sin duda los africanos lo debieron de hacer en el contexto de sus condiciones. Pero, insisto, esa historia es tácita, no se dice, mucho menos se enseña.

La historia nos sirve para rescatar del olvido sucesos que permitan interpretar el pasado y gracias a los vetustos documentos sabemos que, al igual que vemos en las películas de Hollywood, los bajos del antiguo palacio de los gobernadores era escenario de una cruel muestra de la miseria humana: la venta de esclavizados.

—¿Quién ofrece más? ¡La mujer preñada y su marido valen 500 pesos!
¡Pueden llevarlos por separado! ¡Quién se interesa por estos infantes?
¡Ofrezcan!

Y otra parte de ese caleidoscopio social los adquiriría porque estaba necesitada de prestigio social. ¡Qué rebuscada y pobre es la mente humana que para que unos obtengan un prestigio y honor deben de hacerse propietarios de personas que ellos mismos han cosificado y denominado socialmente muertas!

Años más tarde, la modernidad también llegó a ese negocio y un periódico de 1813 hacía público un anuncio que decía: “*Se vende un negro de edad como de 28 años con sus tachas buenas y malas, en 400 pesos libres, en casa de D. José Castellanos darán razón*” (CAIHLY. *El Misceláneo*. Mérida, 23 de marzo de 1813: 4); en otra ocasión la nota decía: “*Venta de un esclavo negro, de edad de 7 a 8 años en doscientos cincuenta pesos, libre de escritura y alcabala, quien quisiere comprarlo ocurra con D. Felipe Montilla que vive en una de las accesorias de D. Francisco Ortiz*” (CAIHLY. *El Misceláneo*. Mérida, 15 de septiembre de 1813: 4). Más cerca de tiempos independientes, en

1821 se publicaba la oferta de “*Hipólito Ramírez de 18 a 20 años, sano y sin tachas, con principios de zapatero, de cocina y peón de albañil en seiscientos pesos, en casa de Da. Lorena Lara, calle Ahuachafe, junto a la plaza de San Juan darán razón*” (CAIHLY. *Periódico Constitucional del gobierno de Mérida de Yucatán*. Mérida, 7 de abril de 1821).

–Me cuenta todo eso doctor, pero, en la calle no los veo, replica doña Mary, ¿acaso ya no existen?

–Le respondo que sí. Agregó que, en el pasado, cuando los españoles seguían dominando la región, la población de africanos, pero sobre todo de sus descendientes, era numerosa e incluso se casaban con mujeres mayas. Con el tiempo se siguieron mezclando y con la invisibilidad a que fueron sometidos ya no los reconocemos a simple vista

–¿Cómo va a ser así? Me replica.

–Le digo entonces que nuestro mestizaje no es sólo entre españoles e indígenas, sino que desde el siglo XVI hubo casamientos de africanos con mujeres locales. Además, a fines del siglo XIX y principios del XX mucha gente llegó de Cuba y ahora está mezclada con los yucatecos.

–Ahh, ahora recuerdo que mi tía abuela Lupe decían que era “muy morena””. Respondió doña Mary.

–Sí, en efecto los genes no engañan, le respondí, mientras ella, con cierta incredulidad, creaba en su mente una nueva vertiente de identidad por descubrir.

A pesar de lo anterior, para muchas personas el tema sigue siendo un tabú o simplemente invento posmodernista de los investigadores, tal como varias de ellas me han replicado en redes sociales luego de agregar algo sobre el tema en mi muro de Facebook. Y uno más, con el consabido respeto a su opinión, me indicó que en los largos años de investigación documental jamás había encontrado pruebas de la prolongada presencia de gente negra esclavizada en la región. O cuando hace varios años tocaba puertas para intentar montar una exposición sobre los africanos en Mérida, un par de funcionarios menores del gobierno en turno me indicaron que, “a pesar de la importancia de su proyecto doctor, ¿no cree usted que lo tome a mal el señor gobernador?”

Ese temor, miedo e ignorancia sin par de los burócratas fue en referencia a la tez oscura del jefe del Ejecutivo.

La invisibilidad oficial del tema por muchas décadas nos lleva a pensar

en su inexistencia, pero lo que es irrefutable es que la historia de Mérida, por decir del espacio geográfico que ahora nos ocupa, necesita ser contada de manera más amplia, completa, con todos sus actores sociales según los tiempos. Dejemos de hablar entonces sólo de mayas y de hispanos, incluyamos a todos los grupos llegados en diversos tiempos para identificarnos y conocernos. Necesitamos transmitir de mejor manera esas memorias, recuerdos, deseos y signos de lenguaje de la ciudad. Que esa tan mentada blancura de Mérida no sea por exclusión, sino el resultado de la suma de todos los colores del espectro.

Referencias

- Calvino, Ítalo (1977). *Las ciudades invisibles*. Buenos Aires: Crisálida Crasis Ediciones.
- De la Fuente, Alejandro (2022). “Un nuevo campo de estudios sobre Afrolatinoamérica. Entrevista a Alejandro de la Fuente”. Entrevistado por María Isabel Alfonso. *Revista Rialto*. <https://rialto.org/estudios-afrolatinoamerica-alejandro-de-la-fuente/>
- Victoria Ojeda, Jorge (2014). “Africanos y afrodescendientes en la Mérida de Yucatán, México. Dos apuntamientos (siglos XVI a XIX)”, *Fronteras de la Historia*, vol.19, núm. 2: 148-174.
- y Sergio Grojean. *Muros centenarios, polvo de recuerdo. Historias superpuestas en un solar meridano*. Mérida: Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán.

Hemerografía

- CAIHLY. *El Misceláneo*. Mérida, 1813.
- CAIHLY. *Periódico Constitucional del gobierno de Mérida de Yucatán*. Mérida, 1821.

UN BAILE POPULAR PARA CARLOTA

Enrique Martín Briceño

Asomémonos un momento a nuestro caleidoscopio meridano. Entre las figuras que sus formas y colores componen podemos distinguir el Palacio Municipal con su inconfundible arquería. Es lunes por la noche y vemos a una multitud de turistas admirar la “vaquería yucateca”, versión folclorizada del baile con que dan inicio las fiestas patronales en todos los pueblos de Yucatán y en muchos de Campeche y Quintana Roo. Escuchamos los alegres “Aires” y, en forma alternada, jaranas en 3x4 y 6x8, y contemplamos los ternos multicolores de las bailadoras y las vistosas coreografías que desde los años setenta del siglo pasado se crearon para hacer un espectáculo del baile que mayas y mestizos peninsulares organizan y ejecutan para honrar a los patronos de sus pueblos.

Giremos un poco el caleidoscopio para dejar que se rehagan las imágenes. Seguimos en el Palacio Municipal de Mérida –en sus “bajos” o galerías bajas para ser exactos–. Pero ya no estamos en 2024, sino en 1865. Es la noche del miércoles 29 de noviembre y no hay tanta luz ni la música suena tan fuerte, pero sí observamos a una multitud vestida de blanco que desborda el lugar. El espectáculo y la música son sorprendentemente similares a los que hemos visto antes: hombres y mujeres ataviados con lo que hoy llamamos “traje regional” se mueven al ritmo de sones que nos recuerdan a las jaranas. Pero no bailan para turistas de shorts y playera, sino para una bella y elegante joven que los mira con gran atención: la emperatriz Carlota.

El “baile popular” ofrecido a la princesa belga fue una de las muchas actividades incluidas en la apretada agenda de la visita que la soberana hizo a la capital yucateca entre el 23 de noviembre y el 4 de diciembre de 1865. El programa de la “residencia en Mérida de Su Majestad la emperatriz Carlota” –según la llama el periódico oficial– comprendió un tedeum en catedral, bailes, galas, banquetes, fuegos artificiales, visitas a instituciones educativas y de beneficencia, entrega de nombramientos y condecoraciones, y hasta una consulta pública. “Nada fatiga tanto como la vida oficial –escribe Carlota a Maximiliano– [...] Estoy completamente atontada por las recepciones, los

vitoreos y los bailes”². Claro que, como se sabe, el viaje de la emperatriz a la península no tenía sólo el objeto de pasársela en festejos y saraos; se había planeado con fines políticos, pues el archiduque austriaco pretendía extender el “Imperio mexicano” a Centroamérica: “Yucatán es muy importante para el futuro –confía a su mujer–, es un punto central, una base de operaciones y su pueblo muy adecuado para amalgamarse”³.

Ese pueblo, que recibió cálidamente a Carlota desde su arribo a Mérida, le ofreció la noche del 29 de noviembre un “baile popular”, cuyo programa impreso precisa: “las hijas del pueblo de Yucatán, llenas de admiración y de reconocimiento hacia a V. M. I. que tantos beneficios está haciendo a nuestra patria, se acercan respetuosamente implorando se digne aceptar la demostración de nuestro regocijo y gratitud en un baile que le ofrecemos conforme a nuestras costumbres populares [...]”⁴. El mismo documento indica que el baile incluyó los siguientes números: “El jarabe”, “El toro”, “El pichito”, “La torcaza”, “El degoyete” [*sic*], “La palomita”, “El chicix” y “El cardenal”, y que en cada número tomaron parte un varón y dos mujeres, cuyos nombres recoge también.

Aunque no lo dice el programa, los protagonistas de este baile eran “mestizas” y “mestizos” meridianos, como se refiere a ellos el periódico oficial, todavía no preocupado por la corrección política. Esto es, eran miembros de esa clase social inferior que vestía el traje típico yucateco y que, en general, hablaba más maya, vivía más lejos del centro, tenía menos educación, desempeñaba oficios modestos y era “naturalmente” distinta de los “blancos” que vestían a la usanza europea⁵. No eran indios mayas –si bien, como casi todos los meridianos de esa época, hablaban maya– ni tenían apellidos mayas (sus apellidos son comunes en la Mérida de hoy: Alpuche, Araujo, Barbosa, Castillo, Escalante, Frías, Mendoza, Pantoja, Pérez, Puerto, Quijano). Eran “mestizos” (o “artesanos”, como también se les llamaba en la prensa y el discurso público para no recurrir al término colonial que, por otra parte, todos usaban). Entre sus

² Konrad Ratz, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*. México: FCE, 2003, p. 245.

³ *Ibid.*, p. 247.

⁴ *Baile popular a S. M. la Emperatriz de Méjico por el pueblo de Mérida*. Mérida: Imprenta de J. D. Espinosa e Hijos, 1865 (fotocopia en el Centro Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán).

⁵ Sobre la composición de la sociedad meridana en una época un poco posterior, véase Asael T. Hansen, “Change in the Class System of Merida, Yucatan, 1875-1935”, en *Yucatan, a World apart*. Alabama: The University of Alabama Press, 1980, pp. 122-141.

gustos musicales y danzarios figuraban los sonecitos mencionados, que se identificaban tanto con los mestizos como con los indios⁶.

Carlota misma informa de la composición de la sociedad meridana en el relato que hace a Maximiliano de su viaje. El día de su llegada a Mérida, acudieron a recibirla “una diputación de damas [...] seguida por muchachas [...] y finalmente por los caciques de la república india de los suburbios, todos con varas e instrumentos musicales, entre ellos un tronco a manera de tambor al que golpeaban [un tunkul]. Luego vino la parte poética, miles de muchachas, indias y mestizas, con trajes blancos, con la diferencia de que los bordes de sus faldas llevaban encajes y que los velos eran transparentes”.⁷ Y se refiere al baile en cuestión de esta manera: “La segunda semana de mi estancia en Mérida fue realizada por el baile [“de etiqueta”] que ofrecí el 27 [...], así como por un baile de mestizos [el 29]. Estos bailaron diversas danzas nacionales: algunas de las jóvenes se destacaban por su belleza; el auditorio me saludó con entusiasmo”⁸.

El *Periódico Oficial del Departamento de Yucatán* es menos lacónico y da cuenta de la algarabía con que la concurrencia recibió a la visitante y de los distintos momentos de la función. Y, no por casualidad, antes de la crónica del baile, recuerda que, al reseñar las actividades de la soberana del domingo 26, “por un olvido involuntario no hicimos mención [...] de la presentación de los artesanos de Mérida, que en número de más de un mil tuvieron la honra de pasar a rendir sus homenajes a S. M.”⁹. Aquel día se había anunciado la supresión de la “Ley del sorteo” (servicio militar), y, según le relata Carlota a Maximiliano, “la gente está encantada. Todos los *artesanos* acudieron con música y gritaron grandísimos vivas. Esta vez también gritaron “¡Viva México” y “¡Viva el imperio mexicano!”¹⁰. Y cómo no, si los mestizos y los indios eran los principales afectados por aquella ley, que los llevaba a arriesgar sus vidas en la guerra contra los mayas rebeldes. Así pues, los mestizos meridianos tenían muy buenos motivos para celebrar a Carlota y para vitorearla una y otra vez.

⁶ Años más tarde, en el Porfiriato, algunos de estos mestizos conformarían las sociedades Paz y Unión y Recreativa Popular, entre otras, en las que ya no se bailaban los sones mencionados, sino géneros “blancos”: cuadrillas, lanceros, valeses, mazurcas, danzas y danzones (véase Enrique Martín Briceño, “Yo bailé con don Porfirio: sociedades coreográficas y luchas simbólicas en Mérida, 1876-1916”, en *Allí canta el ave: ensayos sobre música yucateca*. Mérida: Gobierno del Estado de Yucatán-Secretaría para la Cultura y las Artes-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2014, pp. 84-107.

⁷ Carlota de Bélgica, *Viaje a Yucatán*, México: Conaculta, 2011, pp. 35-36.

⁸ *Ibid.*, p. 47.

⁹ *Periódico Oficial del Departamento de Yucatán*, 30 de noviembre de 1865, p. 3.

¹⁰ Ratz, *op. cit.*, p. 243.

La llegada de la emperatriz al Palacio Municipal, en compañía de su séquito de damas de honor, ministros y funcionarios, resultará familiar para quien haya asistido a una vaquería yucateca, pues es muy parecida a la de los santos patronos, que suelen ser conducidos en procesión al lugar donde se dará el baile. Leamos la crónica del periódico oficial:

Al llegar S. M. al punto indicado, el cortejo que la esperaba, compuesto de doce mestizas, regó su paso con variadas flores de las más delicadas. Los vítores de entusiasmo excusado es decir que se repitieron esta vez con más estrépito. Inmediatamente, así que S. M. ocupó la silla que se le tenía preparada bajo un vistoso conjunto de banderas y del escudo nacional, tres mestizas avanzaron hacia Ella [*sic*], y con sencilla reverencia pusieron en sus manos una guirnalda de flores blancas artificiales a nombre de todas las de su clase que se hallaban presentes¹¹.

Las mestizas y los mestizos meridianos, que, como los indios y mestizos de toda la península, bailaban para obtener la protección de sus santos patronos – una forma de plegaria u ofrenda coreográfica– habrían visto en Carlota una entidad semidivina de la que también podían esperar favores...

El baile se desarrolló de esta manera:

Con grandes esfuerzos se despejó luego el salón, que estaba modesta pero lindamente adornado, y comenzó el baile, cuyas peculiares sonatas agradaron a S. M. bastante, según que dos ocasiones se dignó aplaudir con ligeras y graciosas palmadas que arrebataron a la concurrencia el más vivo y espontáneo grito de viva S. M. la Emperatriz.

Como la más expresiva prueba del agrado de S. M., como la más inequívoca demostración de su afabilidad y galantería, nos cabe el gusto de decir que al retirarse del puesto cada pareja, la hacía conducir a su presencia por medio del señor secretario de las ceremonias D. Pedro de Negrete, y con la más tierna expresión de cariño le daba a cada una su enorabuena [*sic*]¹².

¹¹ Gerónimo Castillo, “S. M. la Emperatriz en Yucatán”, en *Periódico Oficial del Departamento de Yucatán*, 30 de noviembre de 1865, p. 3.

¹² *Ibid.*

En un momento dado, Carlota pide que se interrumpa el baile para que descansen los músicos. Aprovechando la pausa, el bastonero le entrega en una bandeja ejemplares de un impreso que reproducía estos cuartetos:

A SS. MM. II.

Acepta bondadoso del pueblo Meridano
 Los votos que su afecto te llega a tributar
 Porque al dejar tu patria te hiciste Mejicano,
 Y tu gobierno ha sido de paz y libertad.

Tú, Emperatriz Carlota, tú, Augusta Soberana,
 Que de tu amante esposo la senda has de seguir,
 Los lauros que conquistaste cual noble mejicana
 Sabremos con orgullo mil veces repetir¹³.

El baile continuó y, para terminar, los mestizos bailaron una danza cubana –género del que ya comenzaban a apropiarse–. Enseguida, Carlota se retiró entre aplausos y vivas, satisfecha del gran amor que le manifestaban los más humildes de sus súbditos. Después se sirvió una cena, y la fiesta siguió hasta la madrugada.

Resulta significativo que el cronista solamente mencione el nombre de quien ejerció como bastonero y que, fuera de la referencia a la danza cubana, no incluya más información sobre las “peculiares sonatas” que los mestizos bailaron. Empero, como se ha dicho, tales expresiones musicales y dancísticas, invisibles para los yucatecos “blancos”, sí fueron identificadas como “diversas danzas nacionales” por la emperatriz, quien, en su relato para Maximiliano, describe también el baile de las cintas que observará días más tarde en Lerma. Cuatro años después, el compositor J. Jacinto Cuevas recogería varios de aquellos sonos de indios y mestizos en su *Mosaico yucateco* para piano, también conocido como *Miscelánea yucateca*¹⁴.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ V. Enrique Martín Briceño, “La *Miscelánea yucateca* de J. Jacinto Cuevas”, en *En el lugar de la música*, libro y cinco discos compactos, México: INAH, pp. 112-117, y disco 4, pista 18. (*Serie Testimonio Musical de México*, 50).

El baile popular ofrecido a Carlota es, a mi parecer, el antepasado más notable de las “vaquerías” que se representan semanalmente frente al Palacio Municipal de Mérida y de todos los espectáculos similares que se ofrecen a los turistas y aun a los mismos yucatecos. Si bien Stephens y otros viajeros habían asistido antes a bailes y vaquerías en distintos lugares de la península, en esta ocasión estamos ante una representación cuidadosamente preparada para ojos y oídos ajenos. Es decir, como en las “vaquerías” que interpretan actualmente el Ballet Folklórico del Ayuntamiento de Mérida y otros grupos semejantes, en aquel baile se pusieron en escena “nuestras costumbres populares” para que las “gustara” la ilustre visitante. Por ello, este baile es también un hito en el camino hacia el estereotipo de los yucatecos, en cuya configuración mucho tuvieron que ver viajeros como la princesa europea.

Lo cierto es que Carlota quedó encantada con este baile y con todo lo que vio y vivió en la capital yucateca. Tan felices halló a los meridianos –tan bien representaron su felicidad– que le escribió a su Max: “No sé de qué se morirá aquí la gente, pero difícilmente será de pena o dolor: la vida pasa como una eterna primavera y se comprende que se ame a un país como este”¹⁵.

Y eso que todavía no se presumía a Mérida como la ciudad más segura de México...

¹⁵ Ratz, *op. cit.*, p. 243.

LOS CRONISTAS CONTEMPORÁNEOS

Gonzalo Navarrete Muñoz

Cuando el rey de España entregó el nombramiento de cronista a Juan Francisco Sahagún de Arévalo dijo: “siendo los cronistas los que con los libros de historia hacen patentes las memorias y sucesos pasados, asientan los presentes que experimentaban y dan norma para los futuros”; este texto nos revela conceptos, todos estos, de una asombrosa vitalidad. Por él podemos entender que el cronista requiere manejar los tres tiempos contradiciendo a los que aseguran que el tiempo real es el pasado, asumiendo que el presente no existe, tan sólo es traslación, y que el futuro es la incertidumbre, el campo de juego de la fortuna.

Es imprescindible admitir que la crónica no es la anécdota histórica o la simple narración de tal o cual suceso, ni su contrahechura: el chisme; y menos la devoción por la nostalgia. Es la exigencia de explicar el presente con el instrumento del pasado, que anticipa lo que está por venir.

A pesar de que el texto colonial al que hemos hecho referencia ha atravesado los siglos con una insólita vigencia, las que no se han conservado son las ciudades y sus vidas. Al crecer van entrando a un extraño proceso que parece ser contrario a la naturaleza del hombre: las calles se hacen en el aire: pasos a desnivel y segundos y terceros pisos; los hombres y mujeres empiezan a andar bajo la tierra atraídos, o dominados, por los medios masivos de transporte; dilapidamos nuestra existencia en trasladarnos de un lugar a otro, esto ya es una forma de suicidio colectivo, una manera de restarle tiempo a la vida que ya no se vive, se ve pasar desde los vehículos; los habitantes se desvinculan y pierden el sentido de pertenencia: ya no saben en qué ciudad viven.

Dijo con lucidez Benjamín: “Nos hemos hecho pobres. Hemos ido entregando una porción tras otra de la herencia de la humanidad, con frecuencia teniendo que dejarla en la casa de empeño por cien veces menos de su valor para que nos adelanten la pequeña moneda de lo actual”. Evitar ese agio que nos arruina es una de las labores de la crónica. Para realizarla el cronista tiene que investigar con igual interés en las bibliotecas, las hemerotecas, los archivos y en las calles.

El esfuerzo posterior del cronista concentrará en divulgarlo: no hay cronista sin publicaciones y sin libros, aunque la soberanía de éstos últimos haya terminado y se deba recurrir a otros medios de comunicación. Pero hay que dejar en claro que la palabra escrita nunca puede ser prescindible. Dos ejemplos del Yucatán del siglo XX son ilustrativos: el Dr. Eduardo Urzaiz Rodríguez realizó algunas crónicas extraordinarias con los dibujos de la Reconstrucción de Hechos de Claudio Meex, sin embargo nunca pudo evitar los imprescindibles textos literarios que les daban la verdadera dimensión; el otro caso, es más diverso y atractivo: don Carlos R. Menéndez González supo desarrollar dos estilos diferentes: el de dar a conocer un acontecimiento-comunicar una noticia-y el de contar una historia, hacer una crónica. Su labor contradecía a Antonio Cándido cuando nos dice que la crónica “es literatura a ras del suelo” y le daba la razón a Carlos Monsiváis cuando nos esclarece que la crónica es: “la reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas”. No es un trabajo que acepte improvisaciones.

Es la exigencia de explicar el presente, que anticipa lo que está por venir, con el estímulo del pasado. Si no existe esa perspectiva de los tres tiempos no existe crónica. La crónica se desarrolla en un espacio pero el tiempo es superior al espacio y es por eso que el cronista tiene que tener una visión del tiempo. Existe la “crónica testimonial”, sin embargo no tendrá ninguna trascendencia si no ese engarza en la visión de los tres tiempos, en adición a que este tipo de crónica puede resultar un tanto pobre.

En la historia de la humanidad hay siglos de ruptura y siglos de restitución. La Edad Media fue una triste ruptura con la antigüedad Greco-Latina, el Renacimiento fue una ruptura con la Edad Media, el siglo XVIII fue una violenta ruptura con el pasado, y así sucesivamente. Mérida se fundó en el Renacimiento y vivió su momento de esplendor en la Bella Época del siglo XIX-un siglo que tuvo mucho de restitución-por eso en los cuatro puntos cardinales de la ciudad aparecen columnas de los órdenes –dórico, jónico y corintio– y, a veces, hasta otros elementos.

El siglo XX fue un siglo de ruptura que propició la Revolución Rusa y las subsecuentes revoluciones. A lo largo de gran parte del siglo XX el marxismo creó toda una literatura económica, al mismo tiempo, después de la segunda guerra mundial, se validó la ciencia económica. En la década de los

ochentas los principios de esa ciencia se pusieron en práctica en un país que había sido devoto la estatización: Gran Bretaña. Así se llegó un *annus mirabilis*: 1989 con la caída del muro de Berlín. Los gobiernos que ignoran eso se meten en sentido contrario de la historia. Y eso que se mal esta ruptura y el advenimiento de un tiempo nuevo también dejó su huella en las ciudades.

Me atrevo a otra alusión, en el siglo XX ocurrió algo: tras la fiebre española y la primera guerra mundial surgió la década de los años veinte, la mejor década del siglo xx. Después de la segunda guerra mundial la humanidad vivió la década de los años sesenta, esplendorosa y revolucionaria. Cuando el hombre se siente acorralado por la muerte saca lo mejor de sí mismo y transforma la historia de la humanidad. El cronista no puede dejar de estar viendo lo que ocurre en el mundo y el impacto que tiene en la vida de la ciudad. Ciertamente, el azar es la regla segura de la vida pero aun así hay que estar muy atentos de lo que ocurre en el mundo.

También hay que tener como referente la cuenta larga de la ciudad. Nada hay perdido en las ciudades, los perdidos somos nosotros. Los problemas de la cuenta larga de Mérida serían:

1) La Mérida dividida que parte de la Colonia y que prevalece hasta nuestros días; la Mérida del norte es una y la del sur es otra. Pero a un tiempo existe un afán de negar nuestros orígenes mayas, manifestación de la Mérida dividida. A principios del siglo XIX don Benito Aznar Pérez de Valdelomar dinamitó el cerro de San Antonio en la calle 50, la calle del Imposible, a mediados del siglo pasado se puso una quebradora en el cerro de San Benito para quebrar las piedras de este mágico lugar que fue una pirámide maya, un convento franciscano y un cuartel, también a mediados del siglo pasado la Liga de Acción Social solicitó al gobierno municipal la creación de un monumento a la cultura maya en la Plaza Grande, no se hizo caso. Hace apenas unos días se dio una versión de la misma historia: se les ocurrió hacer una remodelación a la Plaza Grande, imposible considerar algún gesto a nuestros orígenes mayas. Así como se puso la estatua a los Montejó y no se ha movido, así como se llamara Paseo Montejó a un paseo que tiene el nombre oficial de Nachi Cocom.

2) Otro tema de la cuenta larga es la desaparición de la estructura barrial. Los Estados Unidos crean *The main street* y consagraron la vida *out the town*; sin embargo, volvieron de la guerra y dijeron: ustedes tenían la razón y la estructura barrial es la buena, a pesar de esto seguimos haciendo desarrollos con *main street*

y fuera del pueblo y no volvemos a la estructura barrial, pagando costos por esto. Existen zonas de la ciudad en que no hay sustentabilidad y en especial escuelas y se incrementan los gastos de las familias por llevar a los niños a las escuelas.

3) A principios del siglo XX se desmontaron miles de hectáreas alrededor de Mérida para sembrar henequén. La ciudad fue creciendo y con el pavimento sustituyó al henequén y la temperatura subió. Desde entonces se han hecho algunas tentativas, el problema no se va a resolver en un trienio y no sólo es de la autoridad. Se tiene que realizar un trabajo permanente de reforestación en la ciudad.

4) Las calles de la ciudad se van pervirtiendo por negocios que no tienen los cajones de estacionamiento para no crear caos. Es difícil controlar a los supervisores, sin embargo se tiene que establecer un sistema que combine procedimientos electrónicos y supervisión física.

5) Los ambulantes son un problema permanente que se tiene que ir solucionando. Ya no sólo están por el centro histórico. En el sur han proliferado en forma impresionante. A esto contribuyó el cierre durante la pandemia de los mercados Lucas de Gálvez y San Benito que estimularon que algunos locatarios se ubicaron por otras zonas de la ciudad. Es un problema complejo que requiere encontrar una solución que prevalezca en el tiempo.

6) Las ciudades se hacen para los seres humanos no para los automóviles, pero estos se convierten en una necesidad y van creando graves problemas. Se tienen que usar fórmulas imaginativas sin prostituir las ciudades para controlar el problema del tránsito es una necesidad permanente.

7) Los baches son un problema de la “cuenta larga” porque tras las lluvias aparecen recurrentemente. No se cuenta con un presupuesto capaz de pavimentar las calles con materiales lo suficientemente fuertes para resistir el embate de las lluvias. De tal manera que hay que establecer fórmulas para contrarrestar ese problema.

8) La paz de la ciudad es un problema que se va convirtiendo de “la cuenta larga” y que la ciudad tiene que ir atendiendo en todas las formas que se requieran.

Hay que considerar que la crónica es un género literario que requiere un estilo. Sin escritura no hay crónica. Esto no es asunto de gente que publica fotos antiguas y menos para parlanchines. Esos que hablan a menudo cometiendo errores increíbles, quizás es que al escribir se puede reflexionar más, ser más cuidadosos, la palabra hablada proporciona una dramática impunidad.

EN EL JARDÍN DE VERANO CANTABAN LAS VELETAS



LOS JARDINES DE LA MEMORIA EN LOS PARQUES DE LA INFANCIA

Aída López Sosa

*Tiernas risas en revuelo
Balancines libres juegan
Columpios rozan el cielo
Niños en el parque llegan.*

Los niños llegábamos al parque por las tardes, podía ser en lunes, martes o miércoles, cualquier día era bueno, era el premio después de terminar la tarea y antes de ir a dormir. El parque al aire libre, con árboles y juegos metálicos de colores, fue el lugar de convivencia de las personas de todas las edades. Aunque la palabra *parque* nos remite a la infancia, antes de que existieran los centros comerciales climatizados, todos confluíamos en el parque. Recuerdo a los señores sentados conversando y fumando (porque en los setenta los cigarros no los consideraban drogas ni dañinos para la salud), a las señoras con sus hijos, a estos en el área de juegos arenado, otros montando triciclos y los más grandes bicicletas; a los muchachos jugando fútbol, a los estudiantes de medicina con sus pesados libros de anatomía memorizando, a los jóvenes bohemios tocando sus guitarras y cantando, a los abuelos atravesando el parque para llegar a la iglesia y oír misa, todos, absolutamente todos, tenían como área común el parque. Sobra decir que también llegaban los novios buscando lo escondido o lo oscuro. Con este caleidoscopio recuerdo mis días de infancia en el parque de San Juan.

La nostalgia por el parque en cada uno de los suburbios de Mérida varias generaciones la tenemos viva, costumbre que se ha ido perdiendo con la modernidad. Instantes volátiles que solamente la memoria puede cultivar en el jardín de los recuerdos. Me pregunto si antes no había calor y moscos, porque ahora es el argumento que esgrimen algunos papás para no llevar a los niños, a los que se suma la contaminación de la arena donde se instalan los columpios, balancines, montaña rusa y otros extintos.

El Parque de San Juan

En la actualidad el parque no tiene la preponderancia para las familias, no cubren una necesidad como antaño ni tampoco una función; ya no están en la lista de paseos. Irremediablemente la mayoría de estos sitios verdes han cambiado su fisonomía y vocación. El parque de San Juan, a falta de vecinos y por lo mismo de niños, aunado a que es un lugar de paso, se ha convertido en una gran terminal de autobuses y camionetas que viajan a los poblados. Con el tiempo un porcentaje de áreas verdes han sido sustituidas por planchas de concreto que ofrecen un paisaje distinto al que albergamos los que vivimos aquellos tiempos y espacios.

Mis primeras vivencias las tengo en el parque de San Juan, porque antes de tener la edad para ir a la escuela, íbamos al parque, ahí se propiciaban las primeras interacciones sociales y con el tiempo llegábamos a tener: “los amigos del parque”, porque sólo ahí nos encontrábamos. En el parque se podían fijar gustos para toda la vida, dos que tengo hasta el día de hoy después de varias décadas es el de comer chile, el cual adquirí cuando salpicaba de salsa casera de habanero las palomitas de maíz, pues en aquel entonces no había embotelladas. Otra preferencia que mantengo es por los columpios, hace un par de años en Navidad me regalé uno de un solo asiento, sólo para mí, que coloqué en el jardín. También tengo recuerdos de conversaciones entre mamás que he ficcionado en mis cuentos. Me pregunto cómo procesan las nuevas generaciones sus experiencias en las plazas comerciales, si la forma distinta de las vivencias aportará algún valor a su vida o todo será tan volátil que quede para el anecdotario.

El jardín botánico

Por su singularidad recuerdo el “bosque”, para mí eso era, un bosque, ahora lo llaman “jardín botánico”, se encuentra anexo a la Ermita de Santa Isabel que por aquellos tiempos estaba alejada de la Plaza Grande, ahora la zona es un barrio mágico, pero en los años setenta era el camino al panteón y yéndonos más al pasado, quedaba fuera de la ciudad de Mérida, de ahí el arco que lo delimita: el arco de San Juan. En el siglo XIX, la capilla quedaba a la orilla de El Camino Real debido a que la emperatriz Carlota tomaba esa ruta cuando venía a Mérida y en el siglo XVIII era la capilla de Nuestra Señora del Buen Viajero, porque ahí se detenían los viajeros a orar antes de entrar a la ciudad. En un tiempo pensé que la capilla pertenecía al barrio de San Juan porque Santa

Isabel es la madre de San Juan el Bautista, pero no, pertenece el barrio de San Sebastián. Desde siempre me he cuestionado por qué se llama como la madre de San Juan en lugar de la de San Sebastián, sin embargo, a la fecha nadie ha resuelto el enigma. El espacio me parecía enorme, me gustaba ir porque al caminar por las sinuosas veredas entre los árboles me sentía extraviada como en los cuentos de la Caperucita o de Hansel y Gretel.

Al interior recuerdo que había un cenote, me gustaría sentarme en la orilla a conversar con mi YO niña junto a esa fuente natural como el joven y el anciano lo hacen a la orilla de un río en el cuento *El otro* de Jorge Luis Borges. Ahí entablan una extensa plática de lo que es cada uno en su momento. El intertexto hace referencia a la Ventana de Johari, concepto de la Psicología que se enfoca en los procesos de interacción humana mediante el concepto de espacio interpersonal, pues todos tenemos un área libre, una oculta, una ciega y una desconocida, de ahí la imagen de la ventana dividida en cuatro cuartos. Me gustaría volver a mi infancia haciendo el ejercicio, entre la que fui y la que soy ahora.

El Centenario

¿Qué adulto no ha ido al “Centenario?”, para los yucatecos no es un zoológico, ni un parque, es simplemente “El Centenario”, el Chapultepec yucateco”, llamado así en conmemoración por los cien años de la Independencia de México, pues abrió sus rejas el 18 de septiembre de 1910, es decir, este 2024 cumplió 114 años. Es un lugar histórico dado que lo inauguró el general Porfirio Díaz en el barrio de Santa Catalina, que por cierto ya no existe como tal por razones que la historia no ha aclarado (otro enigma). Además de que en el interior hay un ancestral árbol de zapote en el cual, según la leyenda, se enterró una cápsula del tiempo.

Recuerdo mis visitas al zoológico con mi papá y mi hermanito. Volviendo a Borges, él también iba al zoológico con su hermana Norah, pero con su mamá, a la mía le entristecía ver a los animales encerrados por eso prefería que fuéramos con mi papá. En el poema *El oro de los tigres*, Borges menciona los barrotes de hierro como la cárcel del tigre de Bengala; lo mismo decía mi madre, pero sin poesía. Mi padre disfrutaba ver a los felinos dormidos, pasaba largo rato admirando la delicadeza salvaje de la leona lamiendo a su cachorro. A diferencia de él, a mí me gustaban los monos, su mirada humana era un lenguaje. La cereza del pastel de la visita al Centenario eran las vueltas en el

trenecito, inaugurado en los años cincuenta y aunque ha sido varias veces sustituido por el original, sigue funcionando al increíble precio de un peso el paseo.

No sé si los tiempos en el pasado fueron mejores, pero puedo asegurar que los tiempos en los parques fueron buenos y que son de esas costumbres que se perdieron con los años y que nunca tendrán la oportunidad de experimentar las nuevas generaciones. Quizá esos espacios nos hacían más sensibles y empáticos por el contacto no sólo con otras personas, sino con la naturaleza. En ese universo cohabitamos en armonía la flora, la fauna y la humanidad.



SANTOS

Rodrigo Rubio Barthell

Santos era su apellido paterno, pero para nosotros era su nombre propio, el paterno, el materno, el sempiterno y hasta el apodo. No supimos de otro nombre. Fue el chofer familiar durante los años de nuestra infancia, le decíamos de todo: Santos Inocentes, Santos Enmascarado de Plata, Santos Chocano (homónimo del gran poeta peruano, autor de “La canción de la selva”, sólo que a Santos le decíamos así porque chocó varias veces el auto, no por poeta), Santoscoy, Santibiris, Santurrón, Gastón Santos, y todo nos lo aguantaba... con paciencia de Santos.

Los domingos, no sé por qué razón, mi papá no le daba la camioneta Opel gris que tuvimos durante una etapa, más adelante tampoco le daba la camioneta Peugeot (que fue la primera que llegó a Yucatán de esa marca francesa), y que traía luces delanteras amarillas por lo que en las noches en cada esquina nos paraba la policía para preguntar por qué razón eran de ese color; había que explicar que la camioneta era francesa, de una marca que aún no aprendíamos a pronunciar, y que allá en la Francia, tenían mucha niebla y en ella funcionaban muy bien las luces amarillas. Nos encantaba ver la cara de los policías que no sabían qué responder. Ante esa nueva versión de hechos, derechos y luces amarillas, que alguno de ellos confundió con la fiebre, tuvimos que aclarar la diferencia.

Los domingos íbamos al cine con Santos, salíamos con chofer... pero sin auto, en autobús público, ni pensar en aire acondicionado (sí acondicionado, no acondicionado). Los autobuses apenas tenían motor. Estaba tan destartada la flotilla, que en algunos casos ni siquiera se podían llamar autobuses, sino solamente “buses” porque lo de auto pues no, porque no se auto- desplazaban. Llegábamos al centro para entrar, entre otros cines, al “Peón Contreras”, que tampoco tenía aire acondicionado (quién sabe qué cosas horribles habría pensado don José Peón y Contreras si hubiera visto su teatro en las condiciones en que estaba en esa época), o al Cinema Colonial, donde un día vimos “La tragedia del Hindenburg” que escenificaba el gran accidente del colosal dirigible alemán, joya de la corona del régimen nazi, acontecimiento que acabó con la era de estos aparatos voladores.

Al llegar a la escena donde se incendia, en el cine había 40 grados y un solo abanico, así que algunos nos quitamos la camisa (sólo los hombres, claro). No había de otra, nos estábamos quemando junto con el aparato ese. Alguien que cayó en pánico tuvo el atrevimiento de llamar a los bomberos que, claro, hicieron falso flete. El fuego sólo ardía en la pantalla, aunque el calor incendiaba la sala de cine. Estábamos viendo la película, y de pronto notamos cómo se interrumpía la proyección y se quemaba el celuloide que tenía las imágenes. Ante tus ojos se achicharraba y se volvía chiquitito, paraban la función y prendían las luces. Era una imagen muy común en los cines de esa época. De pronto ya no sabíamos si lo que se estaba quemando era el vanamente orgulloso dirigible alemán de 1937, o si era el celuloide de la película en el carrete del proyector. Lo que sí supimos fue que había acabado nuestro domingo de cine, así que nos pusimos la camisa y regresamos a casa.

Santos se volvió para nosotros el custodio, gurú, líder espiritual, confesor y psicólogo. Un día, viendo una película del oeste, apareció la escena de la carga de caballería, con el crepitar del clarín y su toque de “A la carga”. Los pendones del sexto regimiento al aire, los oficiales con sables en ristre, los sargentos con la Colt 45 desenfundada al trote, y el resto de la tropa con su carabina Winchester calibre 44-40 más amartillada que una herramienta Trupper. En ese momento le preguntamos: ¿Santos, son los buenos? Él nos contestó que en las películas no había buenos ni malos, eso lo definía el director. Así como te enseñan la aldea de los pieles rojas con sus mujeres lavando ropa a orillas del río, los niños correteando en la hierba y entran los soldados azules a dispararles; entonces los malos son los azules, pero si al contrario, te enseñan el fuerte de madera del US ARMY con sus mujeres cocinando y los niños con rizos y bucles de oro siendo atacados por los despiadados y salvajes apaches con flechas, lanzas y cuchillos, entonces aquí los malos son los indios, todo es según el ángulo desde el que lo mires, nos dijo.

En ese momento, sin darse cuenta siquiera (o si no quiera), Santos había entrado al mundo de los inmortales de la filosofía. Para nosotros era como tener a Sócrates de chofer en la casa, pero sin la cicuta. También se diferenciaba de Sócrates en que en lugar del “Yo sólo sé que no se nada”, Santos decía “Yo sólo sé que no he cenado”. Y Santos tenía razón, a partir de ese día empezamos a ver las películas desde otro ángulo, aunque con el mismo calor, las mismas palomitas y el mismo refresco, eso no lo cambió la filosofía.

Cuando llegábamos por las tardes a la casa, le preguntábamos a Santos: ¿ya llegó mi papá? Sí, ya llegó, ¿y cómo llegó? En forma refinadísima nos decía: llegó “cansadito”. En las buenas épocas de mi padre, “cansadito” significaba que había entrado con todo y la reja del garaje, en el mejor de los casos. Jurarías que su “volcho” tenía tumbaburros, pero en realidad era la reja de la casa que frecuentemente se quedaba trabada en la defensa, originalmente cromada, aunque ya sin vestigios de esta aleación metálica procesada y condenada a trabajos forzados en la defensa del auto.

El volcho referido era uno que había ido a comprar él mismo a Tabasco, donde los autos eran mucho más baratos. El día que llegó, lo esperábamos con ansias pensando en algún elegante deportivo que nos quitara el mal sabor de llantas de “La Ganga” (aquella camioneta destartalada con mucho motor y poca carrocería). El auto tenía la puerta pintada con un pollito; cuando vimos el volcho no sabíamos si reír o llorar, pero una vez pasado el susto inicial y definidos nuestros sentimientos de la impresión optamos, sin mayor análisis, por la segunda opción, prorrumpir en llanto. El pollito pintado en la puerta era porque había sido un automóvil de servicio en algún negocio de pollos, no sé si vivos, crudos o cocidos, pero de que eran pollos, lo eran, y allá se quedó. Por ratos nos daba vergüenza y por otros ratos, curiosidad, y todavía pudimos esconder y reservar alguno que otro rato más con la idea de quemarlo. Llevábamos en aquellos días una tormenta de ratos en la cabeza. Algunas de las niñas de nuestra generación, cuando pasábamos decían “mi vida” (años después, mis hijos estando muy chicos cuando les hacía el cuento, en lugar de “mi vida”, decían “ni vida”, término más apropiado para el volcho del pollito), y otras pensaban “qué ridículo”. Vivíamos en la ambivalencia de valores y en choque de sentimientos encontrados respecto al pollito pintado en la puerta del volcho, el cual, si lo hubiéramos conservado, sería pieza de museo, el volcho para el del auto semi-móvil y el pollito para el museo del jurásico. La velocidad máxima que alcanzaba no era más de 150 m/h (OJO, aquí la M significa metros, no millas).

Para pasar por el colegio Teresiano a la hora de la salida y echar un ojo a las alumnas, teníamos que acelerar muchas cuadras antes para lograr la máxima velocidad referida; de regreso lo mismo y echábamos el otro ojo, o sea, a ojo por pasada, por lo que sólo teníamos dos oportunidades. Cuando íbamos por el Paseo de Montejo veíamos pasar a las Calesas que nos rebasaban a velocidades

imprudentes. Con el volcho del pollito el mundo para nosotros se había vuelto mucho más lento, por no decir que se había detenido. Imagínense qué paradójico que un pollito tenga y detenga tu vida. “Ponte las pilas”, oíamos decir, supongo que se lo decían al pollito.

En esa misma avenida 21 entre 30 y 32 de la colonia de la buena vista, donde estaba nuestra casa, una tarde cualquiera, hubo una mala vista, porque la familia se turnaba los horarios en el mismo tramo para hacer cada quien la barbaridad más grande ante el horror de nuestro honorable, caballeroso y sobre todo normal vecino, un médico y sus tres hijos, un varón y dos guapas hijas, que miraban desde su ventana abierta en verano y entreabierta en invierno (no igual, pero parecido al seminarista ojinegro de Darío), el espectáculo del día, con horario variable, así como también el tipo de censura. El de esa memorable tarde hubiera sido clasificado como “adultos cultos con serios inconvenientes” (así se clasificaba la censura). Nosotros ya éramos adultos, no éramos cultos y si teníamos serios inconvenientes como vecinos... Estábamos 2 a 1 en el marcador.

Todo inició cuando alguien estacionó en el frente de nuestra casa, aunque sin bloquear la entrada, o sea en la vía pública, sin raya amarilla, con todo el derecho constitucional de hacerlo. Sólo que al Yeti, recién llegado de alguna cantina, como la Zona Fría, El Lucero del Alba, La Sombrita o, de plano de las tres, la Constitución no era algo que le dijera mucho. Después de tres cantinas vio en el Canal 3 la noticia del asalto a mano armada de ese año en Mérida. En esa época sólo había uno al año, por lo que no quiso dejar de entrarle (a las investigaciones, no al asalto). Toda la policía buscaba a los autores, incluyendo a la montada, montada en las albarradas, porque esto no es Canadá. Salió a la puerta y vio un auto desconocido estacionado al frente de su casa, sí, de su casa “suya de él”, llamó por el teléfono a la central de policía situada en la Avenida Reforma, y dijo sin margen de duda, ni duda que cabría: “Aquí está el asaltante”. Ante tal contundencia de la denuncia cero anónima, se dirigió a mi casa toda la fuerza o debilidad policiaca de la ciudad, del DAP (departamento de averiguaciones previas), y fueron hasta las secretarías. Rodearon tres manzanas y dos peras alrededor. Mi papá salió y les dijo: “ese es el carro del asaltante”. Esperaron decenas de agentes parapetados y desparramados por toda la zona en posición de combate, y cuando se presentó el del auto le cayeron encima hasta de los árboles del camellón central; inmovilizado hasta las cejas, se acercó a

identificarlo el Yeti, y le pregunta el comandante a cargo: ¿es este el asaltante, ingeniero? Sí, claro, este es. ¿Usted lo vio al momento del asalto? No estuve allá, pero tiene toda la cara de mentecato, algo malo debe haber hecho, además de estacionar en el frente de mi casa.

El comandante, un conocido de don Eric (y quizá el presunto asaltante también), se quedaron paralizados, uno de pie y el otro en el suelo, mientras tanto, el verdadero culpable huía del estado, aunque más adelante lo pescaron. El inmovilizado era un pacífico ciudadano que fue a tomar café en algún lugar del vecindario y estacionó...

En la calle, con el rostro, a la hora y con el Yeti equivocado.

POR LA ESQUINA DEL GALLO

Adriana Marín Martín
@Libro Obsesiva

Entre los incontables lugares mágicos que esconde mi hermosa Mérida, existe uno que para mí es por mucho especial, le llamo “la esquina del gallo”, un espacio lleno de recuerdos ubicado en la 81 con 66, un poco antes de llegar a la Ermita.

Mucho se ha hablado sobre “la esquina del gallo”, hay quienes cuentan que debe su nombre a un señor que se llamaba Timoteo y que hace años colocaba una mesa en la escarpa frente a su domicilio para ofrecer carne fresca a los habitantes del rumbo.

Otras personas ubican el sitio por el establecimiento en el que pueden encontrar tortillas de maíz y masa. Los más jóvenes reconocen al “Gallo”, como una marca de botanas con la que pueden acompañar su bebida fría los fines de semana.

Debo confesar que cada vez que paso por esta zona de la ciudad, una cajita imaginaria llena de nostalgia se abre lentamente en mi interior, destapando recuerdos, arrastrando ilusiones, trayendo a mí, emociones, sentimientos y sensaciones que acarician el alma.

Por la esquina del gallo vivió desde su adolescencia mi madre, exactamente en el predio marcado con el número 533, hoy es una casa de dos plantas de color azul, remodelada y coqueta, en ella cuelga una lona que dice “se vende”, un anuncio que, al mirarlo, golpea fuerte el corazón.

Nunca viví en la casa de la 81, mi mamá dice que yo era muy pequeña cuando estuve allí por última vez. Extrañamente, guardo en mi memoria hermosas imágenes de esta vivienda, las cuales, no llegan solas, ya que cuando las percibo, traen de la mano olores, sonidos, sentimientos y una que otra canción.

Mamá insiste en que no puedo recordar mucho de lo que familiarmente haya pasado en la esquina del gallo, yo sé que no es así, porque tengo en mi memoria representaciones claras de los antiguos pisos de cerámica que al entrar recibían a las personas con imágenes coloridas y antiguas que invitan a la celebración.

Puedo encontrar en mi mente aquella enorme puerta de madera, enmarcada con cedro resistente, y recubierta con un hermoso tono café, rústica, imponente, antigua y empoderada, como si el tiempo no fuera un rival suficiente para amenazar su existencia.

Me veo caminando por la sala, tras atravesar una fachada estrecha y modesta, es un espacio largo de techos muy altos, estos presumen un diseño con vigas de madera. La humedad en algunos espacios de las paredes ha dejado marcas pequeñas, las miro como heridas de guerra, que esconden un pasado que tiene mucho qué contar.

La sala conserva comunicación por un costado, con una recamara que tiene una ventana grande, la cual mira al frente de la vivienda, de esas en las que las señoritas de la época recibían serenata de sus enamorados. Esta habitación se comunica por el fondo con la cocina y las escaleras que dirigen a los dormitorios de la segunda planta.

La vida se torna tranquila en la casa de la 81, aunque la sencillez de una familia de clase media y tradicional es protagonista, son muchos los motivos que presumen el lujo de habitar en este lugar.

Entre ellos puedo mencionar el inigualable olor del frijol con puerco que inundaba el sitio los lunes desde muy temprano, ese manjar que se veía engalanado por el cilantro recién cortado, los rábanos frescos, medios limones y el chiltomate, todo ello preparado por chichí María, para deleitar a su gran familia.

Antes de llegar al acogedor patio, la cocina de la casa se posiciona como líder del lugar, en ella suceden grandes cosas, allí es donde la madre de catorce hijos dedica mucha parte de su tiempo a la elaboración de deliciosas y cuidadosas recetas, como si de ello dependiera su vida.

Este sitio está equipado con enormes ollas para caldo, de esas que pueden soportar un buen queso relleno, un relleno negro, elaborado con recado casero; el estupendo puchero de tres carnes, y un potaje de lentejas.

La luz del sol se cuela minuciosamente en varios espacios de la casa, el aire cruza sin pedir permiso, tal vez sea por la presencia de los árboles frutales que abundaban en la parte de atrás, los que permitían colgar entre sus ramas, varias macetas con hierbas aromáticas.

Aquí todo está hecho en casa, las especias, los recados, los frutos, el huevo, las gallinas, todo se resguarda en este lugar, el sitio que en mi mente de

niña decidió colarse como un bosque mágico, en el que la alegría era ocasionada por el calor familiar.

Siempre hay algo por hacer en la casa de la esquina del gallo, todos los días arrancan desde muy temprano, con las idas a la escuela de los varios hijos, tantos, que mientras los mayores ya se habían casado y residían en otro sitio con sus propios hijos, los de en medio vivían sus años de juventud todavía en el hogar y los más pequeños crecían haciendo travesuras en el enorme patio, en ocasiones acompañados de sus sobrinos que les igualaban la edad y llegaban a visitar a los abuelos.

Recuerdo que había un gran molino de café en la parte de atrás de la casa, se encontraba cerca de un viejo pozo elaborado con piedras, cuenta mi madre que a ese molino corría a esconderse con sus hermanos cuando las enfermeras pasaban de casa en casa buscando a los niños para la aplicación de vacunas.

Chichí María, enérgica y autoritaria les avisaba que era momento de salir para recibir su dotación, no era necesario el castigo ni la fuerza, con una sola mirada y la llamada de atención los chamacos ya estaban al frente. Debe ser el proceso único y necesario para una madre que se queda en casa a cargo de tantos hijos, mientras el abuelo Refugio realizaba sus labores de comerciante para dar sustento al hogar.

Por las tardes, mientras don Elio el panadero anunciaba la llegada del pan aplaudiendo muy fuerte, Chichí María arrancaba la vieja máquina Singer, dispuesta a crear diseños exclusivos para sus hijos, haciendo inteligente uso de lo que no le queda a uno, para que sea utilizado por otro, los dobladillos y los ojales eran su especialidad.

Pero no todo era disciplina en esta casa, mamá me relata incontables momentos en los que su madre, a la que además de disciplinada tilda de cariñosa, le platicaba sobre su infancia y la etapa de su juventud, cuando se enamoró del abuelo Refugio, el único novio que tuvo, con quien se casó, procreo más de una docena de hijos y permaneció para toda su vida.

Chichí María era una mujer adelantada a su época, porque, aunque no estudió carrera alguna, ni laboraba fuera de casa, ella tenía un negocio, el cual, el día de hoy, sería catalogado y bien valorado como un emprendimiento artesanal. Me hubiera gustado haber tenido más tiempo a mi abuelita, creo que pudimos haber hecho grandes cosas juntas, esa es una herida que se guarda muy

dentro de mi ser y que he preferido esconder en un espacio muy discreto de mi corazón.

Ella elaboraba tablillas de chocolate con sus propias manos, obtenía los insumos en el comercio de don Álvaro D. Pérez, ubicado en los kioscos de la calle 65 x 54 y 56, en la reconocida Calle Ancha del Bazar, allí compraba por mayoreo, el cacao, la canela y la harina, ingredientes que luego de tostarlos, llevaba a procesar al molino del Gallo, para elaborar sus tablillas de chocolate artesanal, hechas en la mesa antigua que tenía en el patio, debajo del árbol de aguate, las formaba cuidadosamente para posteriormente armar libras que eran distribuidas en los municipios del Estado por sus hijos y yernos, quienes las entregaban en latas de galletas.

Fue en el año de 1965, a la edad de 13 años, que mi madre llegó a vivir por el rumbo del Gallo, luego de que el abuelo Refugio decidió que era momento de dejar la casa de Los Cocos, ubicada en la calle 95, a unas cuadas del barrio de Xkalachén, dicen que don Rafael Farrález, un hombre que, en aquella época, era un reconocido corredor de casas, fue quien le ofreció en venta el predio de la 81, el cual tiempo atrás habría sido un convento, ocupado por monjas y religiosos, para posteriormente distribuirse en lo que terminó siendo tres viviendas, la primera de ellas, el hogar de mi madre y su familia, este espacio repleto de recuerdos y que yo guardo con recelo en mi corazón; además de otros dos predios, el de la vecina doña Teté, con quien Chichí María salía a tomar el fresco en ocasiones, al caer la tarde; y el tercero, correspondiente al hogar de las conocidas por el rumbo como las señoritas Vivanco, unas vecinas que retaron a la sociedad permaneciendo solteras y sin hijos, dispuestas a disfrutar la vida. Ellas eran las encargadas de armar enjundiosas reuniones por la noche, para jugar a la lotería, formaron un grupo de vecinos que poco a poco fue creciendo, hasta que llegó el día en el que los amantes del juego de mesa ocupaban la escarpa completa correspondiente al frente de su domicilio, allí noche tras noches, los chascarrillos, los 54 versos del tradicional juego mexicano y las apuestas, se fusionaban con el aroma del cigarro y del café.

Con respecto a los domingos de misa, había un gran dilema entre los habitantes del rumbo, debían elegir entre asistir a la ceremonia religiosa oficiada en la iglesia de San Sebastián, o la que se encuentra en la Ermita. Para los niños era gratificante que al terminar el evento había la costumbre de que sus padres patrocinan la ida al cine para la matiné, las opciones eran el Cine Esmeralda o

el Aladino, y la buena noticia era que por un peso con veinticinco centavos se hacían acreedores a tres funciones.

Era una época en la que nada pasaba desapercibido, llena historias cotidianas que transcurrían en una Mérida repleta de paz y tranquilidad. Había tiempo para todo, la cantidad de hijos no era un gran reto, la economía no importaba tanto, las familias permanecían unidas, la hora de la siesta y la comida eran algo sagrado.

Mamá me cuenta mucho sobre las Navidades en la casa de la 81, reuniones sencillas, armoniosas y felices, todos estaban invitados y el consumismo no era algo primordial. Los niños participaban con alegría al poner el árbol, no había pinos naturales, eso hubiera sido un sacrilegio. La pieza ornamental era la misma por años, se guardaba en una caja vertical durante meses y era desenvuelta al acercarse las fiestas decembrinas, los foquitos de colores con diseño de piña debían revisarse con cuidado antes colocarse. El esmero era importante, ya que la casa debía estar lista para recibir a los familiares y amigos el 24 de diciembre, el momento perfecto para que Chichí María se luzca con su receta de pavo.

Los años pasaron, Chichí María, el abuelo Refugio y varios de mis catorce tíos se han marchado, la casa de la 81 hoy no pertenece a la familia, pero los recuerdos que por algún motivo yo guardo en mi mente y corazón, así como los relatos que disfruto escuchar de mi madre, han logrado en mí, emociones y sensaciones que retan al tiempo, por eso, cada vez que paso por la esquina del gallo la cajita emocional que habita en mí, arrastra con cariño esas imágenes que percibo como si tuvieran vida, veo a mi gente habitando ese espacio, me imagino a mis abuelos sentados en sus sillones de madera y petatillo, tomando el fresco en la puerta de la casa. Quiero pensar que me sonrén, desde donde quiera que estén y me siento satisfecha, porque atesorar esos rincones en los que de una u otra manera habita nuestra historia es algo que no tiene precio.

LA MEMORIA QUE NOS HABITA, LAS PAREDES QUE SIGNIFICAN

Raúl Lara Quevedo

La casa es de techos altos, amplios. El niño juraba que, de vez en cuando, las nubes entraban para ocultarse del intenso resistero, tejido con vías de tren y maderas de zapote y dzalam. Era habitual tirarse al piso, dejándose hipnotizar por la alquimia entre el metal, la madera y la mampostería. Afuera, el mundo que nos poseía: el claxon del panadero –don Marito–, que siempre nos guardaba las mejores conchas y tutis de queso; el silbato del afilador o del cartero eran sonidos que, en cualquier parte del mundo, conectaban con la casa y sus adentros.

“Lloren niños, lloren, para que su mamá les compren”. Con ese verso “Bolita”, un vendedor de helados hacía triunfal entrada a eso de las 4:30 de la tarde; los de coco y mamey eran los preferidos. No era un ícono del barrio por el sabor, sino por la enorme habilidad que tenía para maniobrar el cono, el funderelele y el helado con una mano de únicamente dos dedos. Lejos de causarnos incomodidad, los niños de la cuadra lo veíamos como un héroe, como algo excepcional.

A propósito de la cuadra: en mi barrio no nos ubicábamos por números de calle, sino por peculiares nomenclaturas de las esquinas: *La vuelta del Negro*, *La Papaya*, *El Chile* o *La Gloria*. Lejos de ser albures, eran poderosos GPS de la época. Usualmente, en esas esquinas había tendejones, ferreterías, tlapalerías o cantinas; estas últimas, las más concurridas.

La casa de ustedes –lectores míos (espero que lo sean)– está entre *El Pensamiento* y *La Violetera*: como escuchan, vivo entre la poesía y la historia. El patio poseía otros tamices: los incesantes pleitos por el nido ajeno; los pichitos escandalosos y bravos en la pelea; los poderosos ladridos de Porfirio, un perro malix de ojos azules, que el abuelo lo nombró así por sus maneras “aspiracionistas”: sólo comía pechuga desmenuzada.

Pero, sin duda alguna, la madre de todas las batallas se daba los domingos, al fondo del patio, cubierto de enormes árboles de ramón, huaya y ciricote. Las campanas de la Ermita de Santa Isabel y las de San Sebastián rompían la quietud del pensamiento; sí, la de la esquina y la de esta humilde cabeza. Cada cual, a manera de salvación, convocaba a los nobles feligreses. Una vez imaginé que eran vendedores que ofertaban (¿así se dice?) la salvación al mejor postor, o diezmo, mejor dicho.

¡En esta esquinaaaaa, lucharááá quien descubrió la presencia de Jesús en los pobres, en los rechazados por la sociedad, en los hambrientos y enfermos! ¡Santaaaa Isabel! Y en la otraaa, ¡el Santo que murió dos veces: una lapidado y otra ajusticiado, San Sebastián! ¡San Sebastián!

Caleidoscopio

La pobre abuela Melba, inquieta y buscando no quedar mal con ningún santo, escuchaba dos misas los domingos. La recuerdo con mucho cariño, siempre bien vestida, elegante y olorosa. El talco y el jabón de Maja eran su sello. Recuerdo un martes por la tarde, rehusándome como siempre a la caligrafía, la abuelita le dio un pellizcón “de mentiritas” a mi mamá por haberme dado unas nalgadas (bien merecidas) por no querer hacer la tarea.

—¡No le pegues al niño, si no lo quieres, regálamelo! —le dijo.

En premio a los llantos, me llevó al tendejón de la esquina. Compraba unos polvorones en forma de corazón; ilusionado, metía yo la mano en un envase antiguo, como de mayonesa, y sacaba los más grandes. También, por si fuera poco, la abuela me daba un Soldado de Chocolate. Sin duda era generosa y cariñosa. Ésa era mi abuela —mi chichí— Melba Rosaleda Quevedo Díaz, la misma mujer que, en la década de los años sesenta, esperaba a don Cuco y a su esposa, quienes traían a paso lento a las cabritas:

—¡Saquen sus ollitas! ¡Ya vino la cabrita!

Despavoridos, mi mamá y sus hermanos corrían con cualquier recipiente. Juran los tíos que eso les dio defensas más potentes que las de quienes tomamos leche deslactosada light y suplementos vitamínicos.

Caleidoscopio

El abuelo Omar no era de ir a misa. Sostenía:

—Las campanas siempre llaman a misa, pero ellas nunca van, y les va rebién. Son las que están más cerca del cielo. Más valen las manos que hacen que los labios que rezan.

Trabajó toda la vida en la estación de trenes. Contaba que, cuando tenían que cambiar las vías a plena luz del sol, agarraba hojas de ramón como guantes para cargarlas. Un amigo suyo murió prensado entre dos vagones al no calcular bien un movimiento. En su honor le puso su nombre a mi tío, el *X'tupito*: Adolfo Celedonio.

De grandes nos enteramos de por qué era el abuelo era tan seco con todos, incluso consigo mismo. Nació a un costado del Ayuntamiento de Mérida, donde

su mamá –la bisabuela Ana Quevedo– rentaba un cuartito. Ahí dio a luz sola. El abuelito no tuvo papá; bueno, sí tuvo, pero nunca vio por ellos.

El dolor de tener un solo apellido lo carcomía. De joven le gustó “Solís” y se lo puso. El problema fue que su testamento, casa y pensión estaban a nombre de ese Omar Quevedo Solís, que nunca existió. Vaya lío. Décadas después, nos enteramos de eso y más. Pero algo bueno salió de esa compostura: me acerqué más a su memoria.

Caleidoscopio

Mi papá era bailador. De él aprendí a bailar. Íbamos los domingos a Santa Lucía para ver a los jubilados del trabajo o de la vida gastar la chancla. Había uno que hipnotizaba: un adulto mayor flaco, con guayabera y zapato cerrado, sombrero en la cabeza, pero lo fantástico era que durante todo el baile fumaba sin usar las manos. Con habilidad increíble, metía el cigarro dentro de la boca y lo volvía a sacar intacto, sin quemarse y aún humeante. ¡Qué cosa!

Raúl, mi papá, me enseñaba a cambiar las llantas de Juanelo (mi primer coche), a vender lo que fuera. Si algo hay en esta familia es la habilidad de vender y usar la palabra. Él vendió hamacas, longaniza, ollas, carpetas para documentos... ¡qué no vendiste! Aprendí a cocinar postres de elote y de guayaba, a querer a los gatos, a tener carácter.

Es imposible no recordarle meciéndose en la hamaca viendo futbol, o comiendo barras de la Ermita en la puerta de la casa, saludando a cualquier vecino que se asomara. Se extraña tu presencia. Nos queda la promesa de volvernos a encontrar. ¡Qué rápido pasa el tiempo!

Caleidoscopio

Eras noble “viejo”. Cuando llegaste de la Ciudad de México, trajiste “cola”. Hablaste con mis abuelos para que permitieran vivir en la casa a tu invitado. Una mañana cualquiera, desperté de manera abrupta y escuché un ruido en el comedor. Curioso, observé los espacios del cuarto: mamá no estaba acostada a mi lado. Decidí ir a donde esos sonidos se hacían más fuertes.

Lo vi. Temeroso, llegó a esa casa tan mía como suya desde ese momento. Era como un párvulo esperando nido. Me llamó la atención su cuerpo; como de niño pequeño acurrucado a las faldas de su madre; su piel extremadamente blanca; sus manos anquilosadas, sin expresiones. No hacía falta, pues colmaba palabras desde sus intrépidos ojos que recorrían cada espacio, cada objeto, cada ruido. Pese a las arrugas de los años, su rostro, enmarcado por notorias canas, estaba

expectante; poseía un semblante que calmaba. Intentó hablar, pero sólo sonidos articulados brotaban de sus labios. Mi papá lo entendía de inmediato, yo no. Su cuerpo reposaba en una portentosa y vieja silla de ruedas, con llantas gastadas y pliegues sucios. Me imaginaba los caminos andados, los espacios habitados y los silencios compartidos. Me vio y me sonrió a su manera. Lo admito: me dio miedo al inicio. La diferencia termina por cegarnos. Me acerqué.

—Es tu tío Chavito —dijo mi papá.

Se había ganado ese título desde su infancia, unos 60 años atrás, cuando, siendo el último hijo de la familia, nació con una discapacidad motriz severa. Sus padres lo amaron desde el primer día. Los médicos le dieron dos años de vida; era imposible rebasar esa expectativa. Vivió 75.

Recuerdo que me molestaba cuando inventaba que mi mamá era su novia, a lo que mis papás respondían con risas. Recuerdo cuando comenzó a platicar conmigo, cuando empecé a entender sus gestos y sonidos. Recuerdo cuando a mi papá lo llamabas “Mayu”. Recuerdo cuando reíamos en la mesa, cuando se tomaba una copa de vino Jerez y se quedaba dormido.

Recordándolo, lo recuerdo siempre dispuesto, siempre conforme con lo que la vida ofreció; siempre acompañante, siempre silencioso, agradecido, de ojos expectantes y manos inquietas.

Un día le pedí un consejo. No sé por qué sentí la necesidad de platicarte lo mal que me sentía: mis compañeros de secundaria se burlaban de lo que no podía cambiar. De cierta manera, la discapacidad nos brindaba el derecho de aconsejarnos. Era una tarde. Me escuchó. Me dijo que estuviera tranquilo, que “Dios me acompaña”. Cuando murió, a “Mayu”, mi papá, sentí que le había dolido más a él que a mí. No pudo ir al velorio, no pudo verlo en el hospital, pero siempre, en su cuarto, estaba pendiente del sonido de las llaves de la entrada para preguntar cómo estaba.

Nunca me detuve a pensar, sino hasta ahora, lo duro que debió ser para él perder a su compañero de vida. Su cuarto extrañará la silenciosa convivencia; mi madre se quedó sin su compañero de pláticas largas y cenas amenas. Su silla portará una ausencia que rebasa los adjetivos posibles.

Caleidoscopio

A eso de los 10 u 11 años, Humbertito, acostado en la hamaca, escuchó a su mamá platicar con las vecinas:

—El dinero ya no alcanza.

Y más desde la muerte de los abuelos y el pleito de los tíos por la casa donde vivíamos. El inicio de clases sería en unos días y no tenían para los útiles, zapatos nuevos y, muy pronto, ni para el techo. Ya éramos más: Rosaleda, la nena, acababa de nacer.

En ese momento, simulando estar dormido, el niño entendió que las cosas tienen dueño, y que no por usarlas o vivir en ellas ya te pertenecen. Supo entonces, gracias a escuchar una plática de adultos, que la casa en donde habitaba, pese a tener sus raíces incrustadas en las fotos y las mismas venas amalgamadas con los ecos de las habitaciones, pertenecía a muchos, pero no a él ni a sus papás.

No lo entendía; él había plantado la naranja agria en el fondo del patio, sabía cómo nadie alimentar a los toloks de la albarrada; sus juguetes, sus “negociantes” y suspiros se esparramaban en todo espacio vacío. Lamentablemente, los ojos de un niño no ven las cosas de los adultos, y tal vez es mejor de esa manera. Desde ese día surgió en el pequeño una enorme ansiedad por perder el techo que velaba sus sueños. No durmió. Pensó en toda opción posible, hasta que los hilos de la hamaca lo terminaron arrullando.

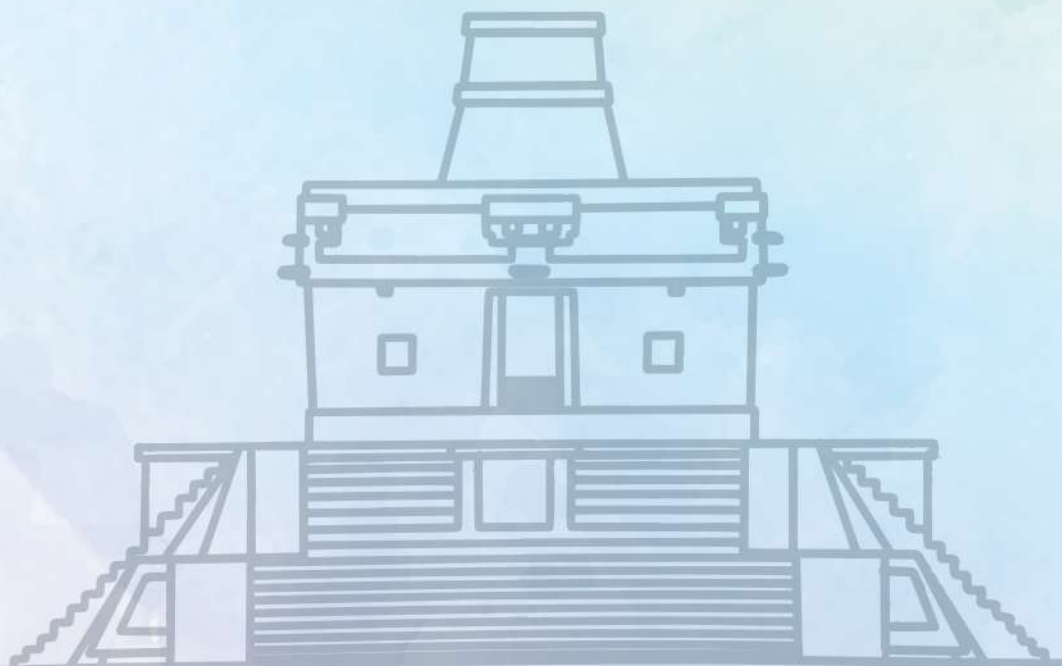
Inicio de clases; una nota para la maestra: “No hay dinero, no hay útiles, mi esposo no trabaja aún, deje entrar a Humbertito”. Esa mirada de conmiseración jamás se me olvida: la de la profesora, la de mis compañeros y la del mundo mismo. Fue en ese justo momento cuando todo cambió. Las malas calificaciones, ser expulsado de tres primarias. Surgió la necesidad de un niño por comprar una casa que ya era suya.

Sale de la escuela, deambula para no llegar a la casa. De pronto, se encuentra en el “ex rastro”, ve un edificio, un supermercado, el sonido de las cajas, el cuchicheo de la gente. Hay otros como él. Pide trabajo. Le dan una semana para juntar su uniforme. Sus papás, ni enterados. De la 1 a las 6 de la tarde, su primer turno. El miércoles 10 de septiembre de 1997, Humberto comenzó a empacar sus propias metas.

Su primer sueldo: 16 pesos. Emocionado, compró pan dulce para que cenaran en su casa, un boli de uva y unos cacahuates. Su mamá no dijo nada, entendió su lucha, la que ya ha dado frutos, pues la casa de estas memorias, la de paredes anchas y caleidoscopios de emociones, la de las risas de vecinos, la de recuerdos anclados a las habitaciones, 26 años después, es y será el nido de sus días, la memoria que no abandona y lo sigue significando.

“Chavito” ríe, mi papá baila, mi madre vive y Humbertito escribe.

ENCIMA EL VIENTO EN SIGNO: LA VELETA



MÉRIDA DESPUÉS DE LA LLUVIA:
EL PERIODISMO DE CRISTINA MARTÍN BERLANGA
(GABRIEL PAZ)

Rosely E. Quijano León

“Son las 4 de la tarde. Pienso que Mérida a esta hora es toda luz”¹⁶.

Es diciembre de 1981, llueve, y esto lo escribió Gabriel Paz en su columna semanal titulada “Desde Inglaterra. El árbol dormido”. Lo escribe desde la nostalgia que a todo meridano o residente le embriaga cuando está lejos de su ciudad. Gabriel Paz es el seudónimo de la escritora y periodista española Cristina Martín Berlanga, exiliada en México durante la Guerra Civil, quien llegó a Mérida en 1952 y estuvo por más de 33 años residiendo y escribiendo en esta ciudad que no dejó nunca de admirar y enaltecer con su pluma y sus acertados comentarios y críticas en sus columnas en el *Diario de Yucatán*; las condiciones de la ciudad y sus pequeños retratos pintados con palabras que sus ojos de mujer extranjera y exiliada miraban a una Mérida que la recibió con su paz y su calidez, sus árboles, su quietud infinita y sus flores, pero también con su intenso calor, son los tópicos que abordará recurrentemente.

Martín Berlanga colaboró como columnista del *Diario de Yucatán* de 1981 a 1985; tuvo una pluma crítica, culta, cosmopolita y bastante productiva, pues enviaba entre 2 y 3 columnas a la semana para ser publicadas en este rotativo, y en el cual abordaba los más variados temas desde política local, nacional e internacional, hasta temas actuales de la sociedad, o sobre eventos culturales, arte, economía, o sucesos internacionales; tampoco escapó de su pluma hablar sobre escritores y novedades literarias; fue una mujer que a pesar de su exilio nunca perdió la conexión con España y todo lo que acontecía en el viejo continente, y en todo el mundo, en una época donde la radio, el correo postal, la prensa, el teléfono y la televisión eran nuestras ventanas para mirar y enterarnos de lo que sucedía en el resto del mundo; en un tiempo también en que probablemente publicar con un seudónimo masculino le diera más credibilidad a sus opiniones, razón por la cual es muy probable decidiera seguir publicando como Gabriel Paz, nombre que la enorgullecía porque en realidad

¹⁶ Gabriel Paz (1982, 13 de enero). “Desde Inglaterra/ El árbol dormido.” *Diario de Yucatán*, tercera sección; p. 3 C.

era un homenaje a una maestra francesa llamada Gabrielle Hielle quien ayudó a su familia y a cientos de refugiados, antes de su exilio a México; y adoptó el apellido Paz justo por el antagonismo con el conflicto que orilló a su familia a abandonar su país. No sería raro entonces que, a diferencia de otras escritoras, se sintiera más libre y cómoda publicando bajo ese nombre, pues incluso, varios de sus libros, aun siendo textos de creación literaria, aparecen como autoría de Gabriel Paz, como su libro de cuentos “Yo tengo un castillo”, publicado en 1997 por la UADY, por mencionar un caso.

En varias ocasiones Mérida es el motivo de las columnas de Martín Berlanga, en especial para expresar sus opiniones como habitante de esta ciudad que no deja nunca de halagar su belleza, su tranquilidad y sus árboles, pero también para señalar que carece de servicios públicos de calidad, como la recolección de basura, el transporte público, la limpieza de calles, entre otros servicios, utilizando su espacio de opinión para alertar a las autoridades y los ciudadanos, siempre con un tono más de propuesta que de queja.

Así lo notamos en su columna de septiembre de 1981, valga la oportuna coincidencia, titulada “El próximo alcalde. La herencia municipal”, donde expresa su descontento por el servicio de recolección de basura y las calles sucias:

Como no existe un servicio de recolección de los desechos, la gente los lanza a la calle. Suplico al próximo alcalde que se dé un paseo por la colonia García Ginerés, por ejemplo, para que vea la de bolsas de basura y animales muertos que su gente sin servicio de recogida de basura nos lanza diariamente. La parte de la Clínica de Mérida que da a la calle 30 es el escenario de un gran basurero. Quien lo desee, puede hallar allí desde gatos muertos, hasta zapatos de variados colores.

Y lo mismo se repite en las demás colonias meridianas, a lo que hemos de añadir el aspecto del centro¹⁷.

De igual forma, en la misma columna también habla de los baches: “En cuanto a los baches de las calles, afortunadamente yo no manejo ningún automóvil, pero ¡pobres de los que lo hacen, y sobre todo, en temporada de lluvias!”

¹⁷ Gabriel Paz (1981, 21 de septiembre). “El próximo alcalde/La herencia municipal.” *Diario de Yucatán*, p. 3.

De 1981 a la fecha ¿algo ha cambiado?, bastará salir a las calles de Mérida para ver cerros de basura acumuladas en las esquinas ante las fallidas campañas de descacharrización que lo son, por la falta de operatividad de las autoridades, pero también por la falta de concientización de la gente, así vemos colchones, equipos de cómputo, cajas, papeles y cuanta cosa se nos ocurra tiradas en las esquinas, ante la falta de una oportuna comunicación de lo que es la “descacharrización”. Ahora Mérida luce exactamente así como en 1981 describía Cristina.

Y en cuanto a los baches, pues está exactamente igual o peor, después de las lluvias tan añoradas, no hay calle en todo Mérida y su periférico que no estén dañadas.

Después de la lluvia Mérida siempre nos deja unos paisajes hermosos con tonalidades púrpura o rojos crepusculares, como diciéndonos es mejor mirar al cielo que al suelo, porque las calles quedan inundadas y llenas de baches.

En otras de sus columnas de enero de 1982 titulada “Mérida, ciudad peligrosa. ¡Pobre del peatón”, Gabriel Paz intenta hacer conciencia a raíz de la indignación que le causó la muerte de 3 niñas atropelladas por la ex Fuente Maya de la colonia Miraflores, y dice:

Los peatones de Mérida somos los más desamparados de la Tierra”. Las calles de Mérida son para los que van en automóvil” [...] ¡Hay que ver la velocidad de carreras usadas en la Avenida Colón y en el Paseo de Montejo! Y en esas calles apartadas donde no se tiene en cuenta la dirección que han de llevar los vehículos” [...] “Con sobrada razón ha ganado Mérida la fama de ser una de las ciudades donde la gente de automóvil conduce peor en todo el mundo¹⁸.

Poco más de cuarenta años después, aquí seguimos con el mismo problema que sólo se ha agudizado, pero tenemos otras voces señalándolo como la de Grace Carrillo, experta en políticas urbanas, que en TikTok expone de manera clara y puntual las problemáticas que enfrentamos todos los habitantes de esta ciudad en estrepitosa expansión.

Estos serán los temas frecuentes en sus columnas, como en esta de febrero de 1982 “El problema de la basura. La limpieza de Mérida”:

¹⁸ Gabriel Paz (1982, 29 de enero). “Mérida, ciudad peligrosa/ ¡Pobre del peatón!” *Diario de Yucatán*, p. 3.

Así quisiéramos ver a nuestra ciudad: limpia y reluciente como un espejo. Porque la amamos, porque deseamos mostrarle a cuantos forasteros llegan, pretendiendo que de ella se lleven la impresión de una ciudad ejemplar en todos los aspectos.

Pero ¡ay! en éste de la limpieza, Mérida deja mucho que desear. Vemos calles que no son calles sino verdaderos basureros”¹⁹.

La imagen de ciudad blanca, ciudad limpia existe sólo en el imaginario del turista que sólo pasea por las calles del centro histórico y la avenida Paseo Montejo.

En febrero de 1982 aborda un tema polémico para la sociedad conservadora meridana del momento, la creación de la famosa “zona de tolerancia”, en su columna titulada: “Las Eréndiras de Mérida” donde manifiesta su descontento alegando que es una forma de encubrimiento de la explotación de la que son víctimas las mujeres:

Todas las voces que se han alzado para comentar ese proyecto lo han censurado, repitiendo que la prostitución es una consecuencia de la falta de educación y justicia, así como de la gran pobreza y explotación en las que se debaten las mujeres carentes de otros modos para subsistir²⁰.

Su genuina preocupación por los servicios públicos de la ciudad, así como su imagen y sus problemáticas sociales, serán abordados en otras de sus columnas.

Pero a Cristina también le maravillaba el paisaje de Mérida, y en varias ocasiones también elogió la naturaleza, las flores, y sobre todo los árboles. En su columna, de la cual he tomado el título para este trabajo “Mérida después de la lluvia. Árboles, flores y pájaros” de 1983 se aprecia una mirada que ese día decidió destacar lo bello de esta ciudad, muy a pesar de sonar “cursi” como ella misma afirma:

Ha llovido después de muchos días secos. Todo parece limpio y reluciente, como si un líquido brillante y verde hubiera caído sobre las plantas vistiéndolas de nuevo [...] ¡Qué bella se ve Mérida florida!

Hablar de árboles y flores y pájaros en estos tiempos conflictivos, puede colocarnos en la peligrosa situación de llegar a lo cursi. Pero vale

¹⁹ Gabriel Paz (1982, 13 de febrero). “El problema de la basura/ La limpieza de Mérida.” *Diario de Yucatán*, p. 3.

²⁰ Gabriel Paz (1982, 27 de febrero). “Zona de tolerancia/Las Eréndiras de Mérida.” *Diario de Yucatán*, p. 3.

la pena correr este riesgo y poner una nota de color y alegría entre las noticias de las negras tragedias que entristecen al mundo y lo entristecerán aún más²¹.

Mérida en el caleidoscopio de Cristina Martín Berlanga, verdadera piel y rostro de Gabriel Paz, nos deja ver que ayer como hoy Mérida no se ve igual desde la ventana de un departamento de lujo en una torre ubicado al norte, ni tampoco a los ojos de los turistas montados en calesas eléctricas paseando por Paseo Montejo; Mérida no es la misma desde la periferia, ni desde los antiguos barrios vueltos a colonizar por los extranjeros que nos recuerdan que ya no nos pertenecen las calles donde nacieron y transitaban nuestros abuelos; ni tampoco es la misma desde los fraccionamientos carentes de identidad que se encuentran después de periférico, salvo por los puestos de cochinita los domingos a los que ningún yucateco puede faltar; Mérida no es la misma desde la mirada de sus comisarías olvidadas, ni desde sus colonias del sur. Mérida no es la misma después de la lluvia y sin embargo, cada año después de la temporada de lluvias, florece. Ojalá tomáramos más en cuenta la opinión de quienes se preocupan genuinamente por esta ciudad, como lo hizo Cristina y como lo hacen cada vez menos, pero todavía algunos periodistas que opinan o hacen una crítica constructiva en redes sociales o en los pocos espacios que aún quedan para la opinión pública con objetividad y sensatez. Qué mejor caso que el más reciente de las bancas verdes de la plaza grande que fueron devueltas después de que la ciudadanía externó su descontento ante un proyecto al que a nadie le consultaron como si las decisiones de una plaza pública fueran exclusivas de la autoridad. Ojalá devuelvan también los árboles, aunque Cristina una vez más igual vaticinaba su desaparición en una de sus columnas:

En esta era de tanta deforestación suicida, realizada por la ciega ambición comercial, es una alegría ver los hermosos árboles de Mérida, un rico patrimonio cuyo cuidado no hemos de olvidar²².

Cuando Cristina deja Mérida para trasladarse a vivir a Toluca sus últimos años escribe una bella columna de despedida donde le invade la duda; es 1985 y la titula “¿Despedida? Mérida” y ahí dice:

²¹ Gabriel Paz (1983, 10 de julio). “Mérida después de la lluvia/Árboles, flores y pájaros.” *Diario de Yucatán*, suplemento dominical, p. 1.

²² Gabriel Paz (1982, 29 de junio). “Las cosas buenas/ Árboles del futuro.” *Diario de Yucatán*, p. 3.

¿Seremos capaces de apartarnos de una ciudad en la que hemos hallado la paz, esa paz que no conocimos en otros lados? [...] Sé que irá con nosotros toda la memoria de Mérida: parques y calles, plazas y flores, y amigos, excelentes amigos meridianos²³.

Las miles de almas que vivimos en esta ciudad sabemos que a pesar de todo nuestra Mérida conserva su paz, su calidez humana y sus flores, nos toca a nosotros proteger y conservar todo lo bueno que aún nos queda en esta ciudad, nos falta ser más partícipes como ciudadanos y unir voces para que éstas sean tomadas en cuenta. Mérida sigue floreciendo después de la lluvia, pero ¿y su un día ya no?

Referencias

- Paz, Gabriel. 1981, 21 de septiembre. "El próximo alcalde/La herencia municipal." *Diario de Yucatán*, p. 3.
- Paz, Gabriel. 1982, 13 de enero. "Desde Inglaterra/ El árbol dormido." *Diario de Yucatán*, tercera sección, p. 3 C.
- Paz, Gabriel. 1982, 29 de enero. "Mérida, ciudad peligrosa/ ¡Pobre del peatón!". *Diario de Yucatán*, p. 3.
- Paz, Gabriel. 1982, 13 de febrero. "El problema de la basura/ La limpieza de Mérida." *Diario de Yucatán*, p. 3.
- Paz, Gabriel. 1982, 27 de febrero. "Zona de tolerancia/Las Eréndiras de Mérida." *Diario de Yucatán*, p. 3.
- Paz, Gabriel. 1982, 29 de junio. "Las cosas buenas/ Árboles del futuro." *Diario de Yucatán*, p. 3.
- Paz, Gabriel. 1983, 10 de julio. "Mérida después de la lluvia/Árboles, flores y pájaros." *Diario de Yucatán*, suplemento dominical, p. 1.
- Paz, Gabriel. 1985, 13 de noviembre. "¿Despedida? /Mérida." *Diario de Yucatán*, tercera sección, p. 4 C.
- Sánchez Novelo, Fauro. S/F. "*Cristina Martín Berlanga. Índice de artículos 1981-1985*". Col. Cuadernos de La Hemeroteca José María Pino Suárez. Enero-Junio, año 5, núm. 27.
- Vicens Vega, Laura. 2021. *El yo de las escritoras del exilio republicano de 1939 en las obras testimoniales de Luisa Carnés, Mada Carreño, Silvia Mistral y Gabriel Paz (Cristina Martín)*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras; Universidad Autónoma de Barcelona, España.

²³ Gabriel Paz (1985, 13 de noviembre). "¿Despedida?/Mérida." *Diario de Yucatán*, tercera sección, p. 4 C.

ESTUDIO 57

Dominga Adriana Vargas León

Prólogo

Esta narración es una presentación breve de un momento determinado en 2003. Se trata del estado de las artes visuales en Yucatán que tuvo como escenario la casa-estudio de David Sierra, punto de encuentro de muchos artistas. Fue un espacio que se transformó en la galería Estudio 57, nombre derivado de su ubicación en la calle 57 No 461 (entre las calles 52 y 54 del centro histórico de Mérida), en el barrio de La Mejorada, famoso corredor cultural por su templo, museos, edificios arquitectónicos e históricos.

En realidad, el predio es hasta hoy una casona antigua de tipo colonial, que tenía seis habitaciones; de éstas, dos se habilitaron como salas de exhibición para la galería, que además ocupó la terraza y un gran patio rústico arbolado para diversas actividades relativas a la expresión artística. La casona se transformó en una galería con todas las características museográficas, cuya finalidad fue exhibir la producción local de las artes visuales. Este proyecto resultó de las protestas de la comunidad artística contra la administración de la cultura en Yucatán de aquella época.

El fragmento siguiente titulado “introducción” es en realidad el inicio de un trabajo más amplio, ahora en proceso de elaboración. La reconstrucción de la historia comienza a partir de los documentos de mi archivo periodístico: fotos, actas notariales, publicaciones hemerográficas, invitaciones, recibos de pago, textos de presentación, diversos escritos, y también de mi memoria en virtud de que participé como productora, periodista y promotora cultural.

En pocas palabras, cuento los hechos según los recuerdo con el refuerzo de las fuentes documentales en las que apoyo mi relato de las cosas que pasaron en esa época. Primero procedo a describir el lugar y el ambiente que allí había antes de convertirse en la galería Estudio 57.

Introducción

La casa-estudio de David Sierra era un caserón cuya fachada derruida y polvorienta tipo colonial escondía una hermosa hoguera ambarina que engalanaba la oscuridad nocturna. Al cerrarse, la puerta de madera carcomida, a semejanza de un umbral, te atrapaba en un universo vibrante, ardiente, con obra monumental envolvente. Los artistas plásticos yucatecos sostenían

profusas discusiones conceptuales, de carácter bien definido, matizadas con cierto misticismo, reverenciado por sus autores en esencia rebeldes. Allá me llevó el crítico de arte Jorge Cortés Ancona, quien en aquel tiempo trabajaba en los textos de la folletería de la colección de la exposición Huirolandia de David Sierra. Antes de entrar al lugar, cautamente me advirtió sobre qué clase de monstruo vibraba en aquel lugar artísticamente orgiástico y misógino. De inmediato, me exorcizó.

Sin embargo, a una joven periodista de la cultura qué podían amedrentarle las locuras étlicas o sobrias de dichas potestades artísticas de espíritus desnudos. Así que, en breve, ya estaba en el centro de la discusión en la noche más bohemia de mi vida, departiendo con los genios de la pintura y el arte yucateco. Algunos reconocían mi nombre, otros no tenían ni la menor idea de quién era la mujer que debatía con el mismo ímpetu que ellos sentada sobre una mesa de trabajo como corsaria, llena de collares y pendientes filibusteros, ataviada con una vestimenta que parecía traída de otros mundos, dueña no de una “belleza atemporal” como afirmó alguno, sino de una energía que no conocía el miedo.

En realidad, yo era la única mujer que se atrevía a desafiar el tiempo y a la oscuridad, con carcajadas, chispazos de ingenio y libertad. De lejos, el dueño de la casa-estudio me atisbó con cierta extrañeza y yo a él con cierto desprecio, apenas cruzamos palabra, pero allí estaba del otro lado de la sala, robando la atención de todos, erigiéndose como el gran personaje que era, sin duda el origen de las historias más increíbles y bizarras del momento que lo convertían en una leyenda urbana del centro de Mérida. Frecuentemente, cruzaba las calles, el arte y la cultura igual que un fantasma malgenioso al que no se le podía llamar con facilidad.

Esa noche, el maestro David Sierra –autor de “Eros en el Closet”, “Huirolandia” “Amortajados” y “Mérida Total”– era una entidad brillante, de pasión vehemente; estaba en medio de la gran sala, con las paredes manchadas de colores y trazos profusos hechos a despropósito durante las largas horas de trabajo a las que diariamente se entregaba el artista. En esa casa estaban por donde quiera montones de cuadros, esculturas, herramientas, materiales, pintura y más pintura. Cuadros acabados, por lo menos temporalmente, tapizaban las paredes de cada una de las habitaciones. Incluso en el baño te desnudabas a vista

y paciencia de los personajes creados, y no había manera de escapar de ese hechizo artístico.

La música de Brian Eno ambientaba el lugar, acompañaba la charla y no de café que estaba muy alegre. Sin embargo, abruptamente “Deivid” despidió a todos, exclusivamente por decisión propia, y nos fuimos por donde llegamos, dejando atrás al hombre de las soledades más descarnadas que he conocido en la intimidad. Así era la casa-estudio de David Sierra, cuya pintura vibrante ha marcado sin quererlo ni desearlo un camino, con imitadores o personas bien influenciadas en cuyas obras se vislumbra su “escuela o estilo”, consistente en una profusa mezcla de expresionismo, surrealismo y conceptualismo que bien se podría denominar “Sierrismo”. La residencia era un espacio siempre fresco para vivir un rato la quimera de ser artista en un ambiente cultural árido y con una administración pública de la cultura deficiente, sólo digerible después de un par de tragos de cerveza bien fría.

Este recinto artístico, que todavía me parece un bucle perpetuo que a veces se tornaba psicodélico, era impenetrable para algunos, abierto para otros en días y horas no establecidos, sólo marcados por la coincidencia hedonista de unos cuantos hombres; a veces había mujeres, nunca princesas sólo ondinas. Todos eran navegantes atrapados en las raíces del tiempo, en el ulular de los búhos que anunciaban el amanecer entre árboles de mangos y sauces llorones. Allí, en la casa-estudio de la calle 57 No 461 entre 54 y 52 del centro de Mérida, el arte cobraba vida y se volvía ceniza con cada tertulia. Fueron muchos los caminantes que llegaron a compartir los avances de su obra, a platicar de las exposiciones, de las puestas en escena, de las esculturas en los espacios públicos, de la factura de la obra; todos esos encuentros y desencuentros parecían *performances* muy locos, nada más que sí eran escenas reales producto de la emoción e intelecto de algunos o del amor y el desamor de otros. Algunos murieron apenas maduros, yacen en una cripta sin memoria, y sólo quedaron vestigios de lo poco o mucho que crearon, desperdigados en las casas de algunos mecenas del arte como Miguel Bojórquez, Gaspar Gómez Chacón, quien fue un promotor tenaz de Estudio 57, Cholaín Rivero, los Torre, y otros que ahora no recuerdo.

En el año 2003, Sierra intentaba sin poder lograrlo la exhibición de su homenaje a la ciudad de Mérida –“Sueños Chucuros”–, realizada como becario FOECAY (Fondo Estatal de Cultura y Arte de Yucatán) 2002. Finalmente, por

medio de mi producción y como consta en la historia documental del Congreso del Estado de Yucatán, la colección de cuadros de gran formato se expuso por primera vez en el Lobby del Congreso del Estado de Yucatán durante la LVII Legislatura, y no fue la única exposición que se hizo en ese recinto, sino que también se rindió homenaje pictórico al mal logrado gobernador socialista de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto.

Precisamente en este punto, la galería inició su historia con un movimiento cultural que logró unir a muchos artistas e intelectuales de diversas disciplinas. Primero se realizaron reuniones, después asambleas, un pliego petitorio con las demandas de la comunidad artística firmado por 100 personalidades de renombre de la época y notariado, la fundación de la galería Estudio 57, exposiciones individuales y colectivas de artes visuales hechas con todo profesionalismo, realizadas por especialistas que colaboraron gratuitamente y mecenas del arte que desinteresadamente apoyaron. La idea era fomentar un lugar para presentar y comercializar la obra de arte de los creadores locales.

Cada instalación requirió mucho trabajo. La museografía y la curaduría la hicieron los expertos Gildo Gonzáles y Manuel May Tilán, con el apoyo de Eduardo Serrano y Roy Sobrino. Los escritores Joaquín Bestard Vásquez y Roldán Peniche Barrera crearon los textos de sala. Yo –Adriana Vargas León– hice las relaciones públicas, el enlace con los medios de comunicación y la producción artística. En la dirección general de las exhibiciones, estuvo el propio David Sierra. La galería funcionó alrededor de un año. Al principio, en horario vespertino trabajó todos los días; tiempo después abrió intermitentemente y luego sólo cuando se inauguraba una exposición; posteriormente en forma privada a los visitantes que querían conocer o comprar alguna pieza. Lamentablemente, la galería poco a poco dejó de existir por falta de recursos para su administración, la cual no se costaba con la venta de la obra que regularmente se lograba el día de la inauguración de la exposición, en la que se repartía vino y bocadillos. Todo era fiesta.

Estudio 57 hizo historia desde la primera exposición de artes visuales que presentó en sus salas de exhibición “Sueños Chucurus” del autor David Sierra; esa vez se ejecutó uno de los primeros *performances* realizados por un artista de la localidad –Enrique Parada Ovalle– quien, ataviado con un traje negro, cargó una cabeza de cochino, comprada en el “Mercado Grande”, la paseó por

toda la sala de exhibición ante el público y le pintó la palabra “cultura”. El ejecutante levantó del piso, entre hojas de plátano, unos recortes de periódicos con las notas publicadas sobre la protesta de los artistas y las engulló. El hedor a sangre y carne descompuesta era insoportable, la “cultura en Yucatán estaba podrida” y los espectadores impactados. Este exitoso suceso motivó la realización de las exposiciones colectivas “Grandes Obras en Pequeño Formato” y “Huellas de Vida o Muerte”, con la participación de notables figuras de la cultura en Yucatán, y la comercialización de obras de arte.

Colofón

En Estudio 57 nacieron muchos proyectos colectivos o individuales como el programa radiofónico “Sonidos del Arte”, transmitido por Radio Ecológica; “Camaleón”, Premio Nacional de Revista Independiente de Arte; el 1er y 2º Simposio Internacional de Escultura en Mérida, Yucatán, y muchos otros más que surgían al calor del debate de las tertulias apasionadas de los artistas.

El centro de reunión bohemio llegó definitivamente a su fin cuando una funcionaria panista adquirió el predio, lo remozó e instaló un hotel que pintó de un horrible color gris. El negocio aparentemente no alcanzó gran relevancia pero, cada vez que paso por ese edificio colonial, todavía puedo escuchar la música y risas de quienes le dieron vida al arte de la localidad y que con sus espíritus libres de prejuicios originaron en materia de artes visuales el movimiento modernista de Yucatán.

DEJA TE CUENTO
SOBRE LA ESCRITURA DE LAS JUVENTUDES
DE LA PENÍNSULA YUCATECA

Eloísa Alcocer Vázquez
Universidad Autónoma de Yucatán

Entre estas miradas hacia el sureste, su literatura y cultura, comparto un acercamiento a un proyecto de formación de lectores y escritores, conocido como “La Liga de lectura”, que aspiró a desarrollar experiencias lectoras y ser un modelo de activación lectora para jóvenes de bachillerato, docentes y bibliotecarios de los estados de Yucatán y Campeche.

El proyecto se gestó en el marco de los Programas Nacionales Estratégicos (Pronaces) del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología (Conahcyt), hoy, Secretaría de Ciencia, Humanidades y Tecnología (Secihti). Los Pronaces se dividieron en 10 áreas estratégicas que plantearon problemas prioritarios para la realidad de nuestro país como son la seguridad humana, la soberanía alimenticia, entre otros. En el caso del Pronace-Educación se declaró el desarrollo de la competencia de lectoescritura como un indicador para observar la inclusión social (Conacyt, 2021). La lectura y la escritura se consideraron como un fenómeno social en tanto permiten el diálogo y la participación social, cultural y crítica en el entorno inmediato: leo y escribo y con ello reconozco otras voces, otras ideas, y a la vez inserto la mía desde mi lugar particular en el mundo.

Un punto para notar en las convocatorias del Pronace-Educación fue que anunciaron el fomento de la escritura creativa como una de las demandas y parte del anhelado impulso por construir ciudadanía (Conacyt, 2019). Es decir, la convocatoria abrió la puerta para trabajar con la competencia de lectoescritura desde procesos creativos, y no solamente desde pruebas estandarizadas para evaluar la comprensión lectora.

Nos propusimos echar andar un modelo de activación lectora, y cuando escribo nos, es porque somos muchos y muchas detrás de él. La Universidad Autónoma de Yucatán retoma su camino previo trabajado en esta área y propone sumar a este modelo a profesores e investigadores de la Universidad

Autónoma de Campeche, la Universidad Autónoma del Carmen, el Tec de Monterrey, la asociación de escritores y estudiosos de la literatura mexicana UC-Mexicanistas, la asociación civil Rutas literarias y la Sala de lectura el estudio de Damiana.

Se conforma una propuesta colectiva que busca explorar y responder ¿por qué insertar la lectura y la escritura en las actividades cotidianas de jóvenes de bachillerato del sureste mexicano? ¿Por qué tratar de ganar un espacio en el tiempo de ocio, en los intereses y las inquietudes de las y los jóvenes? ¿Por qué convertir la escritura como una opción para relatar su sentir en medio de sus carencias, la violencia que nos rodea como país, o por el simplemente hecho de estar en una edad donde se está construyendo la identidad?

De esta manera, uno de los ejes del proyecto fue el fomento a la escritura creativa a través de una serie de estrategias. En primera instancia, las y los jóvenes participaron en talleres de fomento a la lectura donde el acto de leer se vinculaba directamente con actividades de escritura creativa: ¿qué parte de la historia reescribes de acuerdo con tu contexto? ¿qué otros finales o personajes propones para la historia? Estas actividades estuvieron acompañadas por una serie de conferencias con escritores y escritoras. Las y los jóvenes entraban en diálogo con quienes han hecho de la lectura y la escritura una profesión. El trasfondo de estas actividades fue acercar el rol del autor –ese que firma con su nombre un relato, esa voz que plasma sus imaginarios– a las juventudes.

El eco de Paulo Freire resuena en esto. En su libro *La educación como práctica de la libertad* (2020) apunta a que leer y escribir es más que un mecanismo de expresión, se trata de un proceso de toma de conciencia con miras a la integración de un sujeto que participa activamente en la construcción de su historia y de la historia, es decir, de su realidad nacional (p.15). El acto de leer no termina hasta que el sujeto encuentra y logra manifestar su voz propia.

Freire (2020) apuntaba a que la participación de nosotros en la construcción de cultura es cosa de sujetos y no de objetos. La humanización versus la deshumanización radica para él en nuestra capacidad de crear, recrear y decidir, tres verbos en infinitivo poderosos que nos alejan de los animales y nos acercan a vivir nuestras propias transformaciones sociales como actores y autores de la palabra que diseña nuevas realidades:

A partir de las relaciones del hombre con la realidad, resultante de estar con ella y en ella, por los actos de creación, recreación y decisión, éste va

dinamizando su mundo. Va dominando la realidad, humanizándola, acrecentándola con algo que él mismo crea; va temporizando los espacios geográficos, hace cultura. Y este juego de relaciones del hombre con el mundo y del hombre con los hombres, desafiando y respondiendo al desafío, alterando, creando es lo que no permite la inmovilidad, ni de la sociedad ni de la cultural (p. 35).

Con esta invitación de participar creando, recreando y decidiendo, se planteó, además de los talleres de fomento y activación lectora, el concurso de creación literaria ¡Deja de cuento! La primera edición del concurso se realizó en 2022. Se recibieron más de 150 cuentos de jóvenes yucatecos y campechanos que asumían la autoría de un relato, lo sometían al concurso y a partir de ello, se generó una antología de 30 cuentos. En esa edición participaron como jurados Ana Clavel, Ana García Bergua y Raúl Lara Quevedo.

A continuación, comparto el análisis de las entrevistas y los cuentos que realizaron las y los jóvenes seleccionados del plantel Progreso del Colegio de Bachilleres del Estado de Yucatán (COBAY) para conocer y documentar los significados que le atribuyeron a su participación en el concurso y posteriormente la publicación del libro.

Lo primero que quisiera compartirles es que existe un trayecto entre la convocatoria y la participación en el concurso. Uno de ellos, me decía claramente, que tuvo que vencer la vergüenza, y el miedo, no de escribir, actividad que practicaba de manera frecuente, si no de acercar eso que escribe a los otros; que conocía a muchos compañeros que estaban interesados en la convocatoria, pero el miedo les ganó, y no sometieron su escrito. Al final la batalla era con uno mismo, una batalla de autoestima y autoafirmación, reconocimiento de tu voz como válida y querer compartir con otros tus historias. Otra estudiante me compartía que está habituada al Wattpad, escribe y publica de manera constante, pero con seudónimos, el participar en el concurso significó poner su nombre en un relato por primera vez y eso la aterraba.

Es esta conciencia de autoría, lo que también los lleva a reconocer estrategias de lectura y escritura que harían únicos sus cuentos. La autora del primer lugar, Jessica Bautista Hernández, del plantel Cobay Progreso, me compartió que a ella le gusta la criminalística, que tiene libros sobre ese tema, diccionarios, que de manera constante revisa el uso de vocabulario y términos en esa área. Su historia se construye a partir de esa pasión: tratar de entender

cómo se urde un crimen, sus motivos y posteriormente el hecho de hacer justicia. En su cuento titulado “El juicio” relata la historia de alguien condenado por un crimen que no cometió en la época colonial, pero aparece otro alguien que narra la historia, sueña con ella a partir de haber encontrado el archivo de este testimonio 55 años después y darse cuenta de que la condena se construyó por la condición de marginación del sujeto más que por el crimen cometido.

En el siguiente cuento bajo la autoría de Jade Monstserrat Pérez Ku los personajes son gatos, una gata mestiza y un gato siamés. Para contar la historia, revisó documentales para entender a los gatos, leyó relatos narrados por animales. Era claro para la joven escritora que su narrador al ser una gata, tenía que ser convincente, pero es también ella la que me cuenta que revisó el cuento más de una vez. Releyó y editó, sabía que iba a un concurso y que eso requería añadir a su cuento un toque diferente tanto en el fondo y como en la forma.

Iván Leonardo Cob Escobedo construyó su cuento de manera diferente, y fue a partir de observar su entorno y su empleo: vender paletas en el malecón de Progreso. Se propuso contar sobre las personas que se acercan, y piden una paleta. La reflexión lleva al lector hasta cuestionarse sobre quién las puede comprar, cómo las pide y cómo trata al otro “¿se le antoja una paletita de limón para este calor?” El autor es consciente de que su lugar, el malecón, implica en sí un hecho antropológico profundo; está parado en un lugar de paso de muchos extranjeros, pero también de locales, de relaciones desiguales entre los que están de viaje y los que trabajan para ellos, y donde a todos se les antoja una paletita fresca, pero todos las piden desde una posición y voz diferente. Me cuenta que él le pidió apoyo a su bibliotecaria ante su inquietud “no sé qué escribir” y ella le dijo, observa tu entorno, en él encontrarás tu tema.

En estas charlas con los ganadores seleccionados del plantel Progreso se observó una construcción consciente del proceso de escritura que se alimenta de otras lecturas, pasiones y construye redes de apoyo para superar el miedo a escribir y compartir. ¿Literatura menor? ¿medio autores o amateurs? O más bien, un proceso de participación de sujetos que narran desde su propio lugar en el mundo. Pablo Gael Gallegos de Ciudad del Carmen relata un cuento de un perro y un pájaro que viven la escasez del agua, pero lo hace con conocimiento pleno de su peninsularidad. Sabe que por mucho mar que vea todos los días, el agua salada no se toma. Entonces los personajes de su cuento sufren sin aliento

el que no encuentran tinacos con agua para beber, ni cubetas aun estando en lugar, como podría ser ciudad del Carmen, rodeado irónicamente de pura agua.

En este recorrido de experiencias hay un punto significativo que también ha resultado sorpresivo en el análisis. Se han realizado presentaciones del libro en la FILEY, la Feria del libro y la lectura de la Universidad de Campeche, el teatro Felipe Carrillo Puerto de la Uady y la biblioteca de la Universidad Autónoma del Carmen. En estas actividades los protagonistas son las y los jóvenes autores. Al público se han unido los padres de familia, en un rol pasivo y principalmente para escuchar los relatos de sus hijos, sobre qué escriben, sus temas, sus intereses y la descripción que hacen sobre la experiencia de escribir. Las autoridades educativas de cada plantel también permanecen atentas y en silencio para dar lugar a la voz de las juventudes.

El bachillerato es una etapa de transición, algunos de ellos continuarán con su educación y llegarán a la universidad, otros no. A diferencia de la primaria y la secundaria, la eficiencia terminal de bachillerato es un reto nacional todavía. Para el ciclo 2022-2023 se reportó en primaria un 97.7% mientras que en bachillerato es del 72.9% (INEGI, 2024). Es decir que hay un porcentaje considerable de jóvenes en el país donde este será su último encuentro con sistemas educativos. Platicaba con los ganadores sobre sus expectativas y planes de vida, me hablaban de la universidad, y de carreras afines a estos intereses, aparece en el mapa estudiar literatura, derecho, educación, continuar escribiendo. Es una etapa en la que es importante y parte de nuestra labor reafirmar vocaciones, construir autoestima, dotarlos de herramientas para poder comunicar sus intereses y contar con redes de apoyo.

En las presentaciones de la serie de los libros *¡Deja te cuento!* se reconoció la voz de las y los jóvenes por parte de sus padres, familiares, autoridades educativas y docentes. Considero que esto no es un dato menor, el proyecto logró establecer una serie de estrategias de acompañamiento para fortalecer la voz de las y los jóvenes de la península yucateca y permitirnos escucharlos y porque también nosotros somos sujetos y no objetos los invito a la lectura de estos libros.

Referencias

- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (2019). Convocatoria 2019-08 Para la Elaboración de Propuestas de Proyectos de Investigación e Incidencia Orientados al Fomento de la Lectoescritura como Estrategia para la Inclusión Social. https://secihti.mx/wp-content/uploads/convocatorias/fordecyt/fordecyt_2019-08/FORDECYT_CONVOCATORIA_%202019-08.pdf
- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (2021). Convocatoria 2021-2024 Proyectos Nacionales de Investigación e Incidencia Orientados al Fomento de la Lectoescritura como Estrategia para la Inclusión Social. https://secihti.mx/wp-content/uploads/convocatorias/programas_nacionales_estrategicos/educacion/2021/Bases-Convocatoria-Pronaces-Educacion-VF.pdf
- Freire, P. (2020). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI Editores.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2024). *Eficiencia terminal por entidad federativa según nivel educativo, ciclos escolares seleccionados de 2000/2001 a 2023/2024*. https://www.inegi.org.mx/app/tabulados/interactivos/?pxq=Educacion_Educacion_12_987437b7-5398-4067-8b19-a1cd2ec36b7b
- Lara Quevedo, R., Espinosa Granados, B. y Pérez Brito, M. (2023). *¡Deja te cuento! Concurso de creación literaria edición 2022*. Casa Editorial Universidad Autónoma de Yucatán. https://libreria.uady.mx/products/deja-te-cuento-concurso-de-creacion-literaria-edicion-2022?_pos=2&_sid=afe6e9f0e&_ss=r

COMO EL PANORAMA / RARO DE UN EXÓTICO JARDÍN DE VELETAS



GEOMETRÍA DE LAS MÉRIDAS DE MÉRIDA

Roberto Azcorra Cámara

Las granjas avisan que vamos a entrar a Umán, tal vez en 30 minutos estaremos llegando. Es un tramo de varios kilómetros con aroma a desechos de gallinas, pero que la esperanza de la cercanía disimula el aire abrasante en las fosas nasales. Por fin las pequeñas casas de la entrada y el asfalto en buen estado nos dan la bienvenida a la ciudad que servía como nodo para seguir hacia Mérida o desviarte al puerto de Sisal. Muchos veranos mi única tía materna contrataba a Popocha, un mal encarado chofer dueño de un tétrico automóvil negro para que nos llevara al puerto, ese puerto de pescadores tan diferente al otro que era Chelem donde mi tía paterna manejaba su camioneta dando vueltas peligrosas con nosotros zangoloteándonos en la parte atrás.

El taxi estaciona brevemente junto a un campo de sóftbol, puede verse la entrada lateral, siempre cerrada, de la parroquia de San Francisco de Asís. Es la primera parada oficial, algunas personas bajan, muy pocas en realidad. Los demás esperamos que pronto se encamine a la salida. Dentro del vehículo los extremos se juntan: hay frío o calor de sauna. Parecemos muñecos de mesa de futbolito unidos en una fila, casi inmóviles, ilusionados y suplicantes para que el viaje termine pronto. Por fin le decimos adiós a la última gasolinera del poblado que es también nuestra primera señal de llegada. Avanza la unidad, se puede observar a la izquierda un enorme silo de Holcim, donde una vez estuvo Carghill. Pasan frente a los ojos de los pasajeros de la derecha vulcanizadoras, bodegas sospechosas, gasolineras, OXXOs, procesadoras de alimentos, pequeños toldos que prometen delicias a un precio razonable. A los de la izquierda les desfilan talleres de *clutch* y frenos, la fábrica de jabón La corona, lotes baldíos, OXXOs y bodegas sospechosas.

En la bifurcación de la taquería El zurdo la carretera Umán-Mérida cambia de nombre y se bautiza como Avenida Internacional. A unos kilómetros, hace muchos años, un enorme espectacular presumía Pizá 1902 y su lema de “sabor insuperable”, un licor “acoñacado” que el gran director de teatro Wilberth Herrera promocionaba en un comercial a color. Ahora alguna bodega o maquiladora ha ocupado esa referencia de que estábamos cerca de entrar a Mérida. A unos minutos aparece la galletera Dondé, un edificio sin gracia y sin

el aroma que en su fábrica frente al monumento de Miguel Hidalgo sí logra embriagar con las notas horneadas de sus manjares.

La carretera cambia, ahora tiene las características de una calle mejor hecha. Estamos por entrar a *Jo'*, como le decía mi abuelo. El vapor de la termoeléctrica nos recibe como una muestra de que llegábamos a la modernidad, atrás quedaban las calles polvorientas, la vida a una infravelocidad, una tranquilidad ya perdida.

La zona industrial se abre ante la mirada de los que viajamos regularmente, nos parece trivial, pero es una clara señal de que nuestro destino se vuelve una realidad. Pasamos a un lado de la Bimbo, que una vez fue la Trevi; unos kilómetros más adelante, casi frente a la Junta de Conciliación y Arbitraje, la entrada curva nos descubre el mítico motel San Rafael, apodado San Rach, sobre la avenida Benito Juárez que parece sobreponerse al nombre de la Avenida Internacional. Al superar el semáforo de la entrada al aeropuerto, varios miran hacia esa calle que pareciera la esperanza de otras vidas. En el patio de maniobras alguna máquina se mueve, pesadamente, con su nariz achatada y ventanas como ojos insomnes. Se acomoda en los caminos asfaltados, lista para romper la velocidad que transporte a sus huéspedes apoltronados en su barriga de metal.

El arco amarillo, que ahora ya no está, recibe al pequeño taxi colectivo y le da la bienvenida a la gran capital de Yucatán.

Los pasajeros se desperezan, estiran las piernas hasta donde pueden, mueven a sus acompañantes para alistarse para la segunda parada. Apenas cruzamos la frontera que representa Circuito Colonias, donde el nombre trasmuta a Avenida Itzaes, algunos piden parada. Antes de llegar, a la derecha podía verse la línea de embotellado de Coca Cola, que ahora sólo son cristales sucios que albergan una tienda de autoservicio. La unidad detiene su marcha, por fin llegamos al carretero, un icono para los que venimos del sur. Esa misma avenida de vendedores callejeros de elotes, ciruelas, mangos cortados, jícamas en tiras, “zunchos” esponjosos y rosados, cacahuates y “nailons” cuando llueve, que sacian los antojos del día, durante la noche son sustituidos por venteros que sacian otras hambres.

Algunos hombres y mujeres se levantan trabajosamente de sus asientos, pidiendo permiso para salir. El conductor, pequeño, todos son pequeños, baja de la unidad lanzándose hacia el asfalto. Abre la cajuela y ayuda a sacar las

cajas, maletas, mochilas que sus clientes han metido casi como un acto de magia en ese espacio diminuto. El hombre sube de nuevo, ya nadie pedirá parada, todos sabemos que la próxima es el parque de San Juan.

Para los que decidimos llegar hasta el final, nos esperanza la cercanía del Centenario, escuchar un rugido, el olor de almizcle, los clamores de los niños, la tristeza de los grandes felinos, pero el taxi tomará la calle 71, cuatro esquinas antes. Se meterá por caminos de una ciudad híbrida, machacada por las tendencias modernas y desabridas de la arquitectura funcional y geométrica.

El tráfico se vuelve pesado, los olores a caucho quemado, aceite, gasolina, los últimos humos de algún automotor destartado, inundan todo, inclusive a los vehículos con los cristales subidos.

Desde la esquina del semáforo, bajo el arco de San Juan Bautista, podemos ver el sitio de taxis y el parque repleto de puestos de comida. Todos los pasajeros estamos despiertos, algunos se despegan de los asientos como si salieran de ellos. Los niños luchan por mantener los ojos abiertos y sus madres intentan explicarles lo que significa “ya llegamos”. El taxi colectivo dobla hacia la derecha y entra al estacionamiento de uno de varios sitios de transporte foráneo. El conductor mira por el retrovisor y hay una señal inequívoca de satisfacción. Vuelve a saltar hacia el piso. No hay ninguna necesidad de obviar que es el final del viaje.

En esta Mérida de los foráneos, en este trazo que seguimos y que alguien dibujó para nosotros, somos el espejo de los demás. Intercambiamos miradas de alivio, sutiles porque era menester comenzar nuestra metamorfosis para encajar en la ciudad blanca.

En otros tiempos, bajaba de la unidad y cargaba con una mano mi maleta y con la otra una caja de 15 kg con zapatos, que debía entregar en el mercado a un cliente de mi abuelo y mi papá. La calle 67 hacia el oriente con sus tiendas naturistas, ópticas, panaderías, tiendas de productos chinos, loncherías, mercancía colgada que te impedía el paso, era el camino a mi primer destino antes de dirigirme a la casa donde me hospedaba. En los callejones y atajos del mercado que pocos conocen, caminaba con mis dos cargas, con una mano soportando la fricción del “sosquil” que yo mismo trencé para evitar tirar la mercancía y con la otra, la bolsa con ropa y el “tuper” con la comida del domingo.

Pero si esa semana no había entrega de zapatos, bajaba en el carretero. A pesar de que eran dos camiones los que debía tomar, era más rápido llegar a la casa. Esperaba que el taxi reanudara su camino para ponerme en la fila del siguiente viaje. Los autobuses de la ruta de Circuito Colonias siempre estaban repletos, parecía que la ley física de la impenetrabilidad otorgaba un permiso de excepción para permitir que un cuerpo ocupara el espacio de otro al mismo tiempo. Mientras me aferraba a la barra de metal y acoplaba al zarandeo del vehículo, contaba con la esperanza adolescente que la numeración del boleto sumara 21.

El siguiente transbordo era para buscar la ruta de Tapetes. Cruzaba la avenida transitada hacia el paradero con el cansancio del viaje y el hartazgo de la jornada. La pasarela de taxis colectivos cambiaba a automóviles privados y de modelos recientes. Circuito Colonias era la otra frontera a la Mérida del norte.

Después de ese trayecto, ver el Tecnológico donde estudié ingeniería, las canchas de basquetbol donde entrenaba y me enamoraba un poco de las jugadoras, la Cocinita express donde comía cuando era quincena, cruzar bajo el puente que era frontera hacia la carretera a Progreso, entrar a la avenida arbolada y después a Cordemex, me regalaba una calma que apaciguaba mi ansiedad.

Reconocer la oficina de Correos, el mercado, la cantina El bullpen me hacía sentir en la Mérida que comenzaba a aceptar. Cuando el autobús giraba hacia la derecha, frente al café Ponte Xux, hacia la normal Rodolfo Ménendez de la Peña, que ahora alberga las oficinas de un capricho atroz, pedía parada para caminar la explanada del parque del maestro, respirar un poco el privilegio del aire libre antes de encerrarme en la casita roja donde viví cuatro años. Supe desde ese momento que en esta geometría apenas seríamos el factor de una ecuación donde el único regalo era la memoria y los amores.

MÉRIDA Y SUS ESPACIOS

UNA CRÓNICA SOBRE LA EX HACIENDA EL ROSARIO O WALLIS

Rita Castro Gamboa

Un día de 1975 a mi padre le autorizaron su crédito para adquirir una casa. Desde que se casó con mi mamá había firmado contratos de renta. Mis primeros años de vida los recuerdo en la calle 58, a media esquina de “Hamacas El aguacate”, de la familia Marrufo, y muy cerca del mercado grande donde mi mamá acudía para hacer sus compras. Se trataba de una casa antigua cuya dueña, doña Nata, contaba que Felipe Carrillo Puerto había asistido a uno de los bailes que se hacían en la amplia sala. Después nos cambiamos a la calle 78, a la primera casa de una fila de seis que se ubicaba a espaldas de la entonces Facultad de Antropología. El dueño de aquellas viviendas era don Esteban, quien vivía en la esquina, en una casa donde aún se almacenaba agua de lluvia en un aljibe.

La Mérida de entonces era muy distinta a la de ahora. Aún los coches de caballito eran una opción para transportar a la gente; las telenovelas venezolanas con un joven José Bardina como galán, mantenían cada tarde a las señoras frente al televisor y los niños esperábamos con ilusión el mes de diciembre para ver el programa que patrocinaba la marca Lili Ledy. Mediante una llamada telefónica al canal 3 local se podía responder la pregunta que hacía Gonzalo Domínguez Soto para ganar uno de los juguetes que promovía. La frustración de que la única línea de la televisora siempre estuviera ocupada nunca aminoró nuestra ilusión infantil.

A mi madre le hubiera gustado que su nueva casa se ubicara en el fraccionamiento La Huerta que se estaba haciendo en esos años, pero, no fue así. Tuvo que conformarse con estrenar casa en el segundo fraccionamiento que hizo el INFONAVIT en Mérida, de nombre Wallis, ubicado en el oriente de la ciudad y a poco menos de cuatro kilómetros del centro histórico.

Nos cambiamos a mediados de los años setenta. La casa era completamente nueva al igual que las otras. Estaban pintadas de blanco y las había de un piso o de dos como la mía.

La principal diferencia entre ellas se encontraba en los techos. En cada uno había un tinaco de agua en forma de cubo o gran dado pintado de azul,

naranja, amarillo u otro. Filas de dados de colores captaban la atención de quien llegaba al lugar. De los pocos vehículos que transitaban en las calles puedo mencionar los triciclos llenos de plantas que los jardineros salían a vender. En poco tiempo mi casa ya contaba con tres áreas de jardín en las que mi mamá empezó a sembrar rosales y otras flores. Entre los recuerdos que guardo de mi niñez se encuentran los miramelindos y el placer que sentía al oprimir sus botones maduros para ver cómo las semillas salían disparadas y se esparcían en la tierra.

A lado de la casa aún se encuentra un parque donde niñas y niños nos reuníamos por las tardes para jugar elástico, kimbomba, pesca pesca, chicote o busca busca. Existe en él una gran base rectangular de piedra, probablemente vestigio de alguna construcción, que me servía de escondite.

La libertad de nuestros juegos tenía un límite que se llamaba “la casona”. La primera vez que escuché hablar de ella fue durante la visita a mi casa de uno de los ingenieros que construyó el fraccionamiento, quien le contó a mis padres lo siguiente:

—En la época de los españoles todo esto eran los terrenos de la hacienda de un militar que mató al gobernador. Vivía en la casona que está a dos calles.

De esta forma, crecí con la idea, al igual que los demás niños de Wallis, que la casona o casa principal de la ex hacienda era un lugar donde rondaba un alma en pena. El abandono en el que estuvo por muchos años sólo sirvió para agrandar nuestro temor.

De pronto escuchaba a mi mamá:

—¡Cuidadito que vayas a la casona!

O a una de las vecinas:

—¡No vayas al tercer parque! ¡En la casona asustan!

Historias y más historias para no dormir en paz. Una de ellas la contó mi amiga Elisa sobre la chimenea:

—¿Sabían que allá tiraban a los muertos? Está llena de huesos de la gente que mataban por acá.

Así, la vieja chimenea se convirtió gracias a la imaginación de Elisa en una tumba colectiva.

Estos relatos, junto con el constante reclamo de mi madre a mi papá de que nunca debimos vivir en Wallis, sino en el fraccionamiento La Huerta, generaron una especie de aversión hacia aquel lugar donde viví por once años.

Un lugar de gente trabajadora, de mujeres que estaban a cargo del cuidado de su casa y de sus hijos, y de niños que disfrutábamos jugar en la calle, bañarnos bajo la lluvia, bogar agua, caminar a la escuela y salir los primeros meses de diciembre a cantar “La rama”.

Nada o poco queda de aquel tiempo. La gente envejeció al igual que la casona de la ex hacienda Wallis, alguna vez bautizada como “El Rosario”.

Con los años, los relatos fantásticos de mi niñez dieron paso a los datos históricos. A través de estudios sobre el lugar como el de Iván Franco e Israel Cetina pude enterarme de que “Walis” está asociado con la denominación del río *Balis* o *Walix* en Belice y que la palabra “Walis” deriva de la voz maya *belix* que significa fangoso o regado. La propiedad fue una estancia ganadera y hacienda de la Mérida colonial. Construida en el siglo XVIII tuvo varios dueños, entre ellos el joven Teniente de Milicias español Toribio del Mazo, quien la habitaba cuando fue acusado de asesinar al gobernador y capitán general Lucas de Gálvez en 1792. Al ser sentenciado se le trasladó a San Juan de Ulúa, donde pasó ocho años, siendo liberado después de que los autores intelectual y material confesaron el crimen.

Del Mazo, sobrino del entonces obispo de Yucatán Luis de Piña y Mazo, nunca pudo recuperar su hacienda por más que lo intentó, así que, frustrado y sin recursos, regresó a España, dejando tras de sí una leyenda negra a su alrededor y una huella imborrable en la historia de nuestra ciudad y estado. Un reciente reportaje de Emanuel Rincón Becerra sobre los hechos ocurridos hace doscientos treinta y dos años que repasa el historiador Víctor Arjona Barbosa, lo confirma.

Además, ¡Sepa Dios cómo estarían entretejidos los hilos del poder! Porque resulta, según el estudio de Franco y Cetina, que la hacienda arrebatada a Toribio del Mazo fue adquirida en remate en 1796 por el hacendado Miguel Quijano, miembro de la familia Quijano señalada en nuevas investigaciones como la cuna de los autores intelectuales del crimen de Lucas de Gálvez.

A mediados del siglo XIX, la hacienda era propiedad de algunos familiares del militar Manuel Cepeda Peraza. Luego fue vendida a Candelaria Cámara de Cantón; y Delfín G. Cantón figuraba como propietario en 1881. Años después la adquiere el General Teodosio Canto, gobernador interino en los periodos 1880-1881, y 1885. Es su nieta, Esperanza Sobrino Canto, quien como heredera decidió venderla a principios del siglo XX. Entre 1915 y 1940 se crearon varias

colonias en lo que fueron sus amplios terrenos, como la colonia Esperanza, nombre de la última propietaria.

Concluyo con una invitación. Recorramos de nuevo los caminos por los que hemos transitado a lo largo de nuestra vida en esta Mérida tan cercana. Leamos su historia, valoremos su arquitectura, hurguemos en nuestra memoria lo vivido en ella. Pienso que sólo de esta manera podremos preservar su gran riqueza patrimonial y protegerla del desinterés y la ignorancia. Porque la Mérida nuestra es mucho más que un lugar vendible al mejor postor o para el turismo. Mérida y sus espacios es, sobre todo y antes que todo, emblema de identidad cultural, referente de quiénes somos.

Referencias

Franco, I., Cetina, I. (2 de agosto de 2020). “La hacienda Walis, memoria urbana de la ciudad”, *Mérida en su historia*.

<https://meridaenlahistoria.com.mx/2020/08/la-hacienda-walis-memoria-urbana-de-la-ciudad/>

Rincón, E. (23 de abril de 2024). “La historia del magnicidio que cimbró a Yucatán”, *Diario de Yucatán*, Sección Imagen, p. 2.

Irigoyen, Renán (1978). “Corazón de un obispo enterrado en Santiago”, *Yucatán Ancestral*. <https://yucatanancestral.com/corazon-de-un-obispo-enterrado-en-santiago/>

HASTA EL CREPÚSCULO CON ESA *MÉRIDA SIN ARREBOL*

Fer de la Cruz, M.A.

He vivido fuera en varias ocasiones. En cada caso, siempre he regresado a una Mérida constantemente renovada. Al prepararme para un nuevo regreso, pienso en mi hijo Santiago, en mi pareja Ileana, en mi familia, amistades, colegas... Siento un antojo culpable por la cochinita del domingo, el puchero de tres carnes, el frijol con puerco... Al mismo tiempo, me voy mentalizando para la transición desde mi actual entorno académico, silencioso y lleno de árboles –en la Universidad de California, Irvine–, hacia la mega urbe meridana cuyas estridencias y ajetreos marcarán mis días durante la visita que tanto anhelo, al igual que mis futuros retornos.

Giro el caleidoscopio levemente. Alguna vez, hace 20 años, entrevisté en la radio a un colega y paisano, el poeta Saulo de Rode. En ese entonces, me desconcertó su afirmación categórica –muy a su estilo– de que, en Mérida, el escritor es lobo del escritor. Para esas fechas, en una conversación telefónica con Joaquín Bestard, cuando hablábamos sobre los talleres literarios de la época, me dijo lo mismo con otras palabras. En 2024, a cien años del magnicidio de Carrillo Puerto, a cincuenta del igualmente horrendo asesinato de Charras, pudiera parecer que la reacción ha prevalecido por sobre las propuestas de cambio en el sureste del país. Pese a sus diferencias, ambos escritores concordaban en que, en Mérida, no necesitamos a un estado con modalidad/moralidad presidencialista que nos asedie desde su eminencia, en la verticalidad jerárquica de su poder. ¿Nos fastidiamos de veras los unos a los otros desde la horizontalidad fraternal de Caín y Abel?

A modo de ejercicio mental, pensemos en esta charla como un caleidoscopio espacio-temporal en el que, en uno de sus giros, podemos hablar del siglo XXI en el pasado. Aquel primer cuarto de siglo cuando la humanidad había sobrevivido una pandemia global que paralizó las actividades y ya la gente se olvidaba de lavarse las manos antes de comer o de taparse la boca antes de estornudar. Los populismos de izquierdas y derechas iban en aumento en diversas regiones de un mundo polarizado. En el país, la política económica garantizaba los salarios bajos para el empresariado y prácticamente cualquier empleador. En Yucatán proliferaban las mega granjas porcícolas cuyos

desechos fecales –que llamaban *purines*– contaminaban el mayor tesoro de la nación: las reservas acuíferas antes prístinas. En Mérida, el tráfico, los embotellamientos y estridencias de frenos y de cláxones eran propios de una mega urbe en vías de desarrollo. Empero, la ciudad se vendía al turismo nacional e internacional como escaparate o relicario de lo maya muerto, lo que con tanta razón incomodaba a la intelectualidad entre los mayas vivos. Mérida aún era conocida en el país como “la ciudad blanca”, con cuestionable orgullo de la población local. ¿Y a todas estas, cómo representaban a Mérida sus artistas de mediados de los años veinte del siglo XXI?

En otro giro del caleidoscopio, es septiembre de 2024. Estoy próximo a defender una tesis doctoral en la que propongo una lectura –novedosa en la academia– de la poesía maya actual a partir de una ontología propia de los pueblos originarios de Abya Yala. Hablo del “buen vivir”, el hermoso concepto traducido del quechua *sumak kawsay*, llamado en aymará *sumaq qamaña* (De la Cadena, 2015); en tzeltal *lekil kuxlejal*, y en tojolabal, *sak'aniltik*, según apunta Mariana Mora (2017). En *maaya t'aan* o maya yucateco, *míul kuxtal*: vida colectiva, vivir juntos o ámbito “en donde conviven por igual ser humano, naturaleza y astros”, nos dice Feliciano Sánchez Chan (2023). También hay quien lo llama *u'uy kuxtal* o “vida sensitiva” (Ferrera-Balanquet, 2023).

Comparto con ustedes un breve fragmento de la sección teórica de mi tesis doctoral: El llamado “buen vivir” es un movimiento de los pueblos originarios de Abya Yala según el cual los bosques, los árboles, los animales, las montañas, los astros, los cuerpos de agua... poseen personalidad jurídica y tienen derechos. Ha dado en llamarse Cosmopolítica, bajo la idea de que el ser humano no es el único ser social –como predica el Naturalismo de Occidente– y de que el *cosmos* (la naturaleza) también lo es. *Cosmopolítica indígena* lo llama la antropóloga peruana Marisol de la Cadena (2015), concepto vinculado a lo que su colega brasileño Eduardo Viveiros de Casto llama *Perspectivismo amerindio* (Danowski y Viveiros de Castro, 2019). Como ejemplo de este movimiento, la constitución de Ecuador de 2008 le otorga derechos a la Pacha Mama, a la Madre Tierra, a pesar de que empresariado y gobiernos de izquierdas y derechas conciben a los bosques, aguadas, desiertos y montañas como tierras “ociosas” o “improductivas”, a priori dispuestas a la devastación extractivista de los ecosistemas.

Otra vuelta al caleidoscopio. En su ensayo “Mérida: ‘Ciudad Blanca’ (entre comillas, plis)” (*Ciudad blanca*, 15), Edgar Rodríguez Címé –de quien tomo prestado el título de esta charla– acierta en desmitificar el origen de este sobrenombre. Nos dice que:

Según el historiador francés Michel Antochiw Kolpa, el mote de “ciudad blanca” deviene de una misión de los Montejó [...] quienes por razones de seguridad ante la rebeldía permanente de los mayas quisieron hacer “una urbe para ellos, los blancos” (15).

Lucía Guerra, en *La ciudad ajena* (2014), nos recuerda que en el centro de cada plaza principal o ‘de armas’ había una picota para mantener a los de abajo en su lugar; argumenta que la ciudad fue empleada como instrumento de guerra en los territorios conquistados, y agrega que

el primer trazo biológico del concepto de raza se da en España con la ‘pureza de sangre’ impuesta a los conversos por el inquisidor Torquemada. El imperialismo europeo creó la categoría de raza como una diferencia inherente y biológica asignando a los colonizados un lugar inferior (24, nota 2).

Por su parte, Eugenia Iturriaga, en “Las élites de la Ciudad Blanca: discursos racistas de la otredad” (2018) presenta un estudio de cómo dicho pensamiento de Torquemada sigue internalizado en la inconciencia de las élites meridianas. Lo hermoso de su investigación es que no se limita a evidenciar cómo “Los discursos racistas de la otredad a nivel simbólico moran en el imaginario de jóvenes de la élite” (como señala Castellanos Guerrero en su prólogo), sino que, en forma propositiva y esperanzadora, trabaja en la creación de conciencia en las y los jóvenes participantes, quienes en el proceso abrieron los ojos y reflexionaron sobre el papel que juegan en el estado de las cosas.

Giremos el caleidoscopio nuevamente. Para los pueblos originarios, la naturaleza no sólo tiene personalidad legal sino personalidad en términos ontológicos, como se refleja en sus relatos fundacionales y en el conjunto de sus saberes tradicionales. *Míul Kuxtal/Sumak kawsay/buen vivir* es entonces una eco-onto-epistemología. Entender esta filosofía milenaria es una de las claves para mejor acceder a sus literaturas antiguas y contemporáneas; y no importa si alguien lo asume como una ontología, como cuestión de fe o como simple fundamento legal para proteger los mantos acuíferos de los purines porcícolas, por ejemplo. ¿Ven por qué sufro y gozo mi añoranza por la cochinita

como un antojo culpable? Lo importante es prestar oído a los saberes ancestrales de los pueblos originarios y seguir su guía; preferir especies endémicas con respecto a las importadas, los pluricultivos de milpa y de traspatio por sobre los monocultivos (henequén, cítricos, soya, caña o el pasto verde propio del American Way of Life como nos fue vendido) que conducen a la desertificación y a los calores que cada año se sufren con mayor intensidad.

Otra vuelta de tuerca a este caleidoscopio imaginario: Entonces, ¿qué escribían de Mérida sus escritoras y escritores allá por la segunda década del siglo XXI? Entre sus poetas hubo quienes evadían el tema social buscando alejarse de toda intención que se leyera como panfletaria. Prefirieron centrarse en su percepción de la vivencia humana o en el silencio poético atisbado acaso en las esferas de lo inefable; postura respetable que, en efecto, produjo creaciones muy hermosas. Para todo hay poesía. Quienes no tuvieron reparo en poetizar el bien y malestar individual y colectivo fueron poetas mayas, al atestiguar –con creaciones también hermosas– cómo su lengua perdía terreno ante el español que se imponía implacable desde las aulas, el púlpito, los *masamedia*, la telebasura... y también poetizaron la defensa de su identidad y la vigencia de sus saberes ancestrales. Alguno que otro satirista se daba un festín poético con la desaforada realidad que le tocó vivir. De uno u otro modo, la poesía documentaba el espíritu de su momento, lo mismo que la narrativa, la dramaturgia y la crónica oficial o no...

La última vez que recuerdo una convocatoria para contar, cantar o poetizar a la Mérida de Yucatán fue hace siete años. Caí en la cuenta de que tenía ya muchos poemas sobre mi ciudad multicolor, pero que todos versaban sobre aspectos demasiado realistas o poco halagadores. Entre mis poemas humorísticos sobre la sempiterna situación de los cheques que no salen para quienes laboran en el sector público (maestros de contrato para ser precisos), seleccioné uno sobre los sueldos miserables que, para sobrevivir, obligan a enseñar “quinientas horas semanales” (69), como reza el poema de Parra. Mientras leía mi poema en el Centro Cultural Olimpo, ante un público selecto de colegas artistas, gente de academia y autoridades diversas, había alguien al fondo que escuchaba mi poema, se atacaba de la risa y hacía gestos celebratorios de que alguien por fin escribiera sobre esta situación tan naturalizada que, quien no la sufre, no se entera. Más tarde, esta persona se me acercó para felicitarme. Era Cristina Rivera Garza, días antes de recibir el Premio Excelencia en las

Letras “José Emilio Pacheco”. El poema fue incluido en el libro *Mérida, palabras y miradas II* (2017).

Y bien –un nuevo giro del caleidoscopio–, entre el “Bienvenido a Yucatán” y el “¿Cuándo te vas?”, ¿cómo nos perciben quienes se han refugiado en estos tórridos lares? “En Mérida no te matan; nomás no te dejan vivir”, reza el refranero local del siglo XXI en boca de quienes se han refugiado aquí de otros estados, enfrentando a veces una xenofobia digna de los Apalaches en los tiempos de Donald Trump. Ciertamente que hay capitalinos que llegan con prepotencia de explorador británico decimonónico, misma que meridianos tienden a replicar en las otras ciudades del estado, cuyos habitantes a su vez reproducen en sus comisarías, en un colonialismo fractal, caleidoscópico.

Otro giro fascinante: Un nutrido grupo de mujeres valientes escribe eslóganes sobre los monumentos de paseo Montejo, y la prensa se indigna contra ellas. Reza un eslogan: “Un monumento puede ser restaurado, pero la vida de una mujer, no”. La acción cumple con su doble objetivo de visibilizar la indignación contra la misoginia naturalizada y generar diálogo, en el marco de la no violencia. Notamos que, de esos monumentos sobre Paseo Montejo, tres están dedicados a figuras masculinas concretas: Los Montejo, nuestro muy querido y admirado don Felipe –como respetuosamente lo llamaba mi tío abuelo– y Justo Sierra O’Reily, finísimo escritor que viajó a la Unión Americana a pedirles que trajeran a su ejército para apaciguar a los mayas sublevados, y de paso a quedarse con Yucatán. Eran otros tiempos. Sólo el último de los monumentos al final del paseo se le dedica a una figura femenina, no concreta sino abstracta: Una hermosa representación escultórica de la Madre Patria. El Paseo de Montejo –alguna vez llamado Paseo de Nachi Cocom– está dedicado a cuatro hombres concretos y una mujer abstracta.

Sigo leyendo a Lucía Guerra:

Si, en la divinidad femenina, se conjugaba la creación y la procreación, en el proceso de un pensamiento ahora abstracto, la actividad creadora de un dios masculino se empezó a simbolizar por “el nombre” y “el soplo de vida” que anuló lo concreto biológico [...] Y en el panteón de los dioses, la diosa madre devino en consorte, en versión domesticada de las antiguas diosas de la fertilidad (*La mujer fragmentada*, 36).

En las últimas décadas vimos que, en nuestros billetes, Sor Juana valía mil pesos y ahora sólo vale cien, y que Lázaro Cárdenas llegó a valer diez mil, en tanto Frida sólo figura a espaldas de Diego. ¿Cómo no empatizar con la causa justa del feminismo internacional? El Ayuntamiento de Mérida y el INAH ya reparan los monumentos, pero las muertas de Juárez, de la Narvarte, y de todo el país, no han sido halladas vivas.

Habrán notado que no trabajo para la secretaría de turismo. Creo en la sátira como instrumento para generar conciencia de los aspectos naturalizados de la realidad. Creo en la sátira cuando se escribe de abajo para arriba, pues si alguien dispara saetas lúdicas contra quien carece de poder, comete *bullying*, como el que he observado en algunas manifestaciones de teatro regional. La o el satirista, pues —como cronista no oficial—, irremediablemente incomoda, pero es sano que en todo grupo haya por lo menos una voz que disienta del resto, como el No. 8 del jurado en la película de 1957 *12 Angry Men*. La o el satirista cumple la función que, en la historia eclesiástica, cumplía la figura del “abogado del diablo”, un doctor en derecho canónico designado para cuestionar y examinar críticamente los argumentos a favor de candidatos a beatificación o canonización, hasta que Juan Pablo II eliminó el cargo para beatificar y canonizar al por mayor a candidatos reales o ficticios.

Nuestra “Ciudad blanca”, “Ciudad de Paz”, la “muy noble y muy leal”, “donde no pasa nada”, la “Mérida de mis amores”, dime de qué presumes y te diré de qué careces. En aquel problemático inicio del siglo XXI posterior a la pandemia del Covid y previo a la garciamarquiana enfermedad del sueño, casi nadie estuvo despuesto ni dispuesta a dejar de comer cochinita los domingos, ni las tortas de lechón, ni el frijol con puerco los lunes o cualquier día de la semana. Un boicot contra las mega granjas —¿cochinita de tofu?— era impensable; total, los garrafones de agua que compraban venían libres de purines y virus y bacterias. Eso sí, hubo mayor conciencia sobre la importancia de plantar árboles que cobijaran con su sombra la mega acementada y asfaltada Comala, la de Yucatán.

(Paréntesis: Aquel insoportable verano de 2024 de temperaturas récord, coleccioné cincuenta memes y toda clase de posteos que llegaron a mi *smartphone* convenciendo a todo mundo de plantar árboles, por mera iniciativa e ingenio populares). Lo que salvó a la humanidad —incluida la gente de nuestra Mérida caribe, centroamericana y mexicana— fue precisamente eso: La

conciencia social y medioambientalista aunada a la capacidad de diálogo, quizá no de todas, todos y todes pero sí de suficientes, suficientes y suficientes. La gente y, eventualmente, las instituciones por fin aprendieron no sólo a valorar los aspectos positivos de su herencia occidental (la prédica del amor al prójimo, el reconocimiento legal de la dignidad humana...) sino también a reconocer los negativos (la tonta noción de que unos humanos valen más que otros; la idea igualmente desacertada de que todo es mercancía susceptible a los caprichos del mercado, y el arrogante convencimiento de que la dignidad –el derecho a la vida digna– es un atributo exclusivamente humano).

Aquella generación del sufriente siglo XXI aprendió que fastidiar al prójimo equivalía a fastidiarse a sí misma. También aprendió a escuchar los saberes ancestrales de los pueblos originarios y a vivir en armonía, vivir juntos (*múul kuxtal*), por igual el ser humano y la naturaleza. ¿Estaré poetizando o ficcionando utopías caleidoscópicas?

De vuelta en el aquí y el ahora, me vuelve a la mente la transición que estoy próximo a vivir entre el entorno universitario actual, en un condado afluente del sur de California, con normativa estricta del color de las fachadas de casas y edificios, hacia las estridencias visuales y sonoras de la Mérida multicolor. Aquí la paleta oficial se impone en serio: todas las fachadas, sin excepción, lucen algún tono de khaki o de beige. Se ve elegante, ciertamente, en el sentido pequeño-burgués, pero también se ve distópico en el más amplio esquema de las cosas, cuando pienso en la disparidad monumental que en California también es notoria, en las masas de personas sin hogar y en los paisanos residentes de zonas vecinas que son desplazadas por efecto de la gentrificación. Estoy enfermo de beige; cansado de perderme entre la uniformidad. Lo que voy a añorar de aquí es el silencio que permite apreciar el susurro de los árboles al ser atravesados por la brisa, algo que sólo recuerdo haber disfrutado en Mérida durante la pandemia de Covid. Debo asumir los cláxones, frenos, bocinas a todo volumen y fachadas de los colores más dispares como parte del encanto de mi Mérida caleidoscópica en donde también me pierdo, pues todas las avenidas parecen desplegar los mismos comercios de todas las ciudades mexicanas, y los nuevos fraccionamientos meridianos gradualmente renuncian a la personalidad, puntos de referencia y marcas distintivas que aún distingue a las colonias tradicionales como Chuminópolis, Itzimná y la García Ginerés que me vio crecer. Me duele notar que Mérida

también tiende a la uniformidad exterminadora de identidad. Aún creo en las instituciones (por eso las critico) y confío en que el municipio y el estado ayudarán a crear conciencia de la identidad sin caer en xenofobias ni regionalismos que devienen en odio políticamente explotable. En este nuevo regreso a Mérida, aún guardo esperanza para el futuro de mi hijo Santiago y para las generaciones postpandémicas. Nib óolal.

Referencias

- Castellanos Guerrero, Alicia. Prólogo. “Las élites de la Ciudad Blanca: discursos racistas de la otredad”, de Eugenia Iturriaga. UNAM, 2018.
- Danowski, Déborah y Eduardo Viveiros de Castro. *¿Hay mundo por venir?: Ensayo sobre los miedos y los fines*. Traducción de Rodrigo Álvarez, Caja Negra, 2019.
- De la Cadena, Marisol. *Earth Beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds* / Marisol de La Cadena; Foreword by Robert J. Foster and Daniel R. Reichman. Duke University Press, 2015.
- Ferrera-Balanquet, comunicación personal. Sep.-nov. de 2023.
- Guerra, Lucía. *La ciudad ajena: Subjetividades de origen mapuche en el espacio urbano*. Ceibo, 2014.
- . *La mujer fragmentada: Historias de un signo*. Cuarto propio, 1994.
- Mora, Mariana. *Kuxlejal Politics: Indigenous Autonomy, Race, and Decolonizing Research in Zapatista Communities*. University of Texas Press, 2017. JSTOR, <https://doi.org/10.7560/314463>. Accessed 11 Feb. 2024.

LOS LEONES DEL CENTENARIO

Silvia Alejandrina Rojas Sánchez

No sé cómo empezó la tradición, pero en casa de mis abuelos, amigos y vecinos, en la mía, hay un muro en la sala dedicada a los retratos. Comienza con el cuadro principal que es la boda de la pareja, de los hijos, las primeras comuniones, los quince años de las hijas, y así se va agrandando con el tiempo. A veces, ocupan otras paredes de la casa pues las familias son numerosas.

En casa de mis abuelos también hay un retrato de él cuando era joven con su quepí de ferrocarrilero.

En mi casa, junto a la fotografía de mis papás, están los de mis hermanas que ya cumplieron XV años y las de nosotros, los varones, cuando hicimos la primera comunión. En la de en medio, admiro sus posturas y el traje blanco de encaje hermoso que luce mi madre, él está con un traje oscuro y corbata de moño, se ven felices; las tres hermanas de ella fueron sus damas; los amigos de mi padre, sus acompañantes, con quienes, en algún tiempo practicó beisbol, todos tienen cuerpos atléticos; ellas, guapísimas con sus ramos y tocados de boda. A los pies de mi madre está una de sus primas de cinco años de edad, sentadita, fungió como paje y tiró los pétalos de rosa antes de pasar al altar.

En otras imágenes están mis hermanas al cumplir quince años con vestidos vaporosos confeccionados por mi madre, sus tocados y ramos elegantes. Así lucirán de bonitas cuando se casen y sus retratos adornen las paredes.

Me gusta admirar estas constancias del tiempo.

Mis padres ya no están como en la foto de boda, ahora tienen hijos grandes, soy el xtup. Mis hermanos dicen que soy el consentido, yo digo que no, pues mi padre viaja con frecuencia y cuando está en Mérida, platica mucho con ellos, se entienden de maravilla; conmigo tiene poca comunicación, ya no tiene ganas de jugar en el patio. Mi madre nos atiende a todos, está preocupada por la educación escrupulosa de mis hermanas, las enseña a bordar, a cocinar, a realizar las labores de casa con dedicación y esmero. Conmigo de repente platica y me regaña cuando me porto mal o hago alguna travesura, un día me subí al árbol de grosellas y al querer alcanzar un racimo, me caí, vinieron mi

abuela y mis tías; de suerte no me pasó nada, unas ramas aminoraron el trancazo, sólo me pusieron naranja agria con sal y papel estraza en mi chuchuluco.

Mi padre impuso la costumbre de hacer un retrato de los varones al cumplir diez años en algún lugar emblemático de la ciudad como fondo. A veces nos lleva de paseo al parque Centenario, mi mamá prepara deliciosos sándwiches y disfrutamos el día completo para visitar a los animales, viajar en el trenecito, subir a las lanchas, nos divertimos sin parar. Me gusta ir a la jaula de los leones, su rugido me impresiona y no dejo de admirar su porte, su ferocidad y su pelaje. En la puerta principal hay una figura de león en el que montamos imaginando que lo podemos domar.

Como mi padre es guía de turistas, nos lleva también a las zonas arqueológicas, principalmente a Chichén Itzá, Uxmal. Nos cuenta de primera mano de las indagaciones y descubrimientos sobre la cultura maya, sus amigos antropólogos nos enseñan la importancia de su cuidado y conservación, explican y muestran sus hallazgos; por eso nos sentimos orgullosos de ella.

Vivimos en el mejor lugar de Mérida, en La Plancha, cerca de los patios de embarque y cambio de vías de los trenes que al llegar, disminuyen la velocidad. Por las mañanas damos la bienvenida especialmente al “tren huayero”, lo llamamos así porque las venteras de los pueblos cercanos al llegar a la estación y vernos corriendo a la par del tren, nos agasajan con huayas, cocoyoles, nances, caimitos, lo que traen para vender, les gusta vernos correr tras las joyas frutales y con ello agradecen su primera venta pagada con sonrisas. Aunque caigan al suelo, las recogemos para aprovecharlas en deliciosa agua para el almuerzo. Mi abuela nos regaña porque en su patio hay lo que quieras: plátano, ciruela, mango, tamarindo, choch, pero no importa, eso nos da la oportunidad de compartir con nuestros amigos y primos la aventura.

También cuando mi padre está en casa, se reúne la familia, se oyen los acordes de la guitarra de mi tío y sus amigos, juntos forman un trío con el que interpretan la trova, los acordes melodiosos hacen la tarde alegre con los adultos cantando boleros y los chamacos reunidos para jugar chácara, quimbomba, busca, busca. Nos divertimos castigando a los perdedores haciéndolos dar vueltas hasta marearse o correr alrededor de la casa de los abuelos y el premio mayor es el chocolate caliente del batidor de madera, espumoso que anticipa el correteo para ganar la mejor hamaca.

Mis hermanas ya comienzan a tener novio, reciben a su visita en la puerta de la casa, ellos no pueden pasar hasta que el compromiso sea serio. Mi madre las acompaña cuando vienen los galanes y tal vez pronto habrá boda. Cuando sea, los retratos no cabrán en la sala, los pondremos en otras paredes, se quitarán algunos para sustituir con otros.

Pronto cumpliré diez años, mamá me dio a escoger entre diversos guisos para el almuerzo: puchero, escabeche, cochinita; escogí mi favorito: queso relleno. Fiel a la tradición papá me tomará una foto para la pared de la sala. En esta ocasión especial la pediré junto a los leones de la entrada del Centenario, el mejor lugar en el que me divierto con mi familia. No pienso mucho en el futuro, algún día no viviré aquí; cuando me vaya, lo primero que me llevaré será mi foto con los leones del Centenario.

EL CENTENARIO. UN CARNAVAL DESDE LA HAMACA

Melba Alfaro

Sí, así sucede, que el tiempo es arenilla acuñada en la palma y a un soplo desaparece; que nos hacemos amigos en la mar o algún atracadero, que pensamos en la niñez y otras etapas, que nos extraviados en lo cotidiano, que tenemos combates por supervivencia y hasta por otros, y entonces, un día, una espléndida mañana nos reencontramos para hablar de la familia, de lo que somos.

A veces, la modernidad y los círculos banales se infiltran hasta la ronquera y no queda voz para motivar lo filial, la convivencia. Hoy hice una escala, arribé a la añoranza, a mi avenida favorita, a la memoria. La Avenida Itzáes se abrió en 1923 durante el gobierno de Felipe Carrillo Puerto y unió al extremo de la Avenida Colón con el Parque de la Paz. En la calle 59 de esta avenida se encuentra El Centenario, ahora moderno parque zoológico con múltiples atractivos llenos de color y para diversión y esparcimiento, el cual tiene cuatro entradas dignas de admiración y estudio.

Hasta hoy día se debe ingresar al parque con sumo cuidado por el paso del trenecito, el cual, por las vías recorre la periferia del zoológico produciendo emociones alegres desde su salida frente al arenero y la fuente de chorros donde se refrescan y juegan niños, jóvenes, adultos y personas de la tercera edad, hasta el asombro al surcar por el área de fauna y flora, y los gritos involuntarios cada que cruza el túnel en la oscuridad campante que nos muestra la luz al final del mismo; qué alivio lleno de risas al sentirnos iluminados.

La entrada principal se encuentra al norponiente y llegábamos a pie. La Mérida de la segunda mitad del siglo XX se caminaba toda, con los amigos fui por ella con sol leve o calor de cuarenta grados centígrados, con lluvia o cielo de nubes en el azul y el deseo de la oportunidad de hacerla mía.

Este septiembre 2024 llegó con las lluvias puntuales celebrando el mes de la patria y con el veliz de recuerdos infantiles y adolescentes. Doña Melba Gómez Gorocica, mi madre, fue una mujer con voz de soprano, su canto arrulló y volvió melómanos a hijos, nietos, sobrinos, así como a familiares y amigos que gustaban de las reuniones los días festivos y cumpleaños como sucedía en la mayoría de las familias Yucatecas. Huérfana a los dos años, viuda a los treinta

y ocho y con seis hijos trabajó durísimo, pero siempre robó tiempo al descanso nocturno para cumplir los sueños de quienes amaba. Así diseñó y cosió los trajes de carnaval para llevarnos a chicos y adolescentes a festivales escolares y al derrotero del carnaval, pues a los disfraces había que sacarles provecho, usarlos antes que dejaran de venirnos y darlos en herencia a otros.

En los años 70' y 80' el desfile de carros alegóricos surcaba por los dos carriles de la avenida Itzáes. Doña Melba Asunción nos encaminaba al parque zoológico el domingo o el martes, los días donde el carnaval se realizaba por las mañanas.

Desde la escuela primaria Rita Cetina Gutiérrez, ubicada cerca del parque de San Juan, nos enseñaron acerca del emblemático Centenario llamado así debido a su fundación en el año de 1910, con motivo del centésimo aniversario de la independencia de México, supimos su función como jardín botánico y parque recreativo. En 1962 este lugar fue convertido en zoológico. En ese entonces mi padre vivía y la familia entera acudió. Treinta años después se construyó un aviario y llevé a mis hijas e hijo.

Para mí, El Centenario representa el sitio donde depositamos emociones, sorpresas, aventuras, amor y accidentes, pues los chicos suelen andar en la travesura, como el día que se abrió la cabeza mi hijo Santiago al deslizarse por la resbaladilla, caer acostado y en el intento de incorporarse un tubo con gran desgaste le abrió una herida horizontal a tres centímetros de la frente emulando con la sangre un Cristo coronado de espinas.

Yo tengo vínculos estrechos con el sitio. El primero el año de mi nacimiento: 1955, fecha de la inauguración del trenecito, las excursiones y meriendas en ese lugar con la familia nuclear para la diversión y el pilón del paso de los carros alegóricos y las comparsas en el mes de febrero.

Mis amigos enamorados de la historia y nuestra ciudad me contaron: Hasta el siglo XVIII los carnavales sólo eran para la gente blanca, la población indígena y mestiza actuó como simple espectadora cuando sus recorridos se realizaron por el Paseo de las niñas bonitas, luego por el Paseo Montejo, y cuando quienes sólo observaban se integraron a los desfiles, la comitiva llegó hasta el parque de San Juan y se extendió una época a la Avenida de los Itzáes.

Cuando estuve en la preparatoria y la universidad en los setentas y ochentas, muchas familias pudieron ser público de la batalla de flores desde la hamaca colgada entre los antiguos árboles del ahora zoológico. En realidad,

para esas fechas ya no eran sólo flores reales o de papel y las lloviznas de serpentinas y confeti, lo que se tiraban de una a otra camioneta adornada sino globos con agua, puñados de harina que caían en muchas ocasiones a los caminantes, por ello hubo trifulcas sobre todo entre grupos de estudiantes y comparsas de los diversos barrios; pero los seis hijos de doña Melba disfrutábamos el paseo. Esos días, desde muy temprano mi madre preparaba tortas de pollo asado con cebolla curtida, de paté delicioso y de ensalada rusa a la yucateca, extraordinaria por cierto. Los más pequeños podían ir libremente a la admiración frente a la jaula de cada animal con el embeleso puro e increíble que un niño pudiera experimentar ante aves, reptiles, mamíferos, seres de tierra y agua, figuras exóticas: papión, jirafa, hipopótamo, león...

Desde la hamaca, en tanto los chicos iban al lago, al arenero, a la atmósfera límpida por los pasajes arbolados, se veía el tránsito de gente disfrazada de personajes de cuentos como Alicia en el país de las maravillas o ídolos como Elvis y los Beatles, hawaianas, rumberos, chinos, gitanos, faquires, ratones, búhos, águilas reales, mestizas, jaraneros, payasos, apaches, negritas y negritos, charros y chinas poblanas, odaliscas, reyes y reinas con su corte, coches, carros alegóricos, camionetas con rediles llevando personas de toda edad con disfraces y sin ellos.

Por la tarde no podía irme sin visitar a la boa constrictor, qué larga, qué ojos larguísimos con pupilas redondeadas, qué color café oliva, qué panza tan roja. El rugido del león era el llamado para correr a verle y decir hasta pronto.

Siempre felices llegábamos a casa, mamá nos servía leche rosa y una concha de chocolate, después de la procesión para lavar los dientes nos besaba y en mi oración nocturna pedía por los que hacen felices a las personas en El Centenario y durante el carnaval. Ah, sí que tuve dulces sueños.

A MÍ ME HA DADO POR VOLAR VELETAS



NARANJA AGRIA

Gará Castro

Guardo en mi paladar el sabor de la naranja agria. Tina cargaba tantas en los brazos aquel día, que parecía llevar a un niño envuelto en un manto verde. Las había bajado del árbol de la casa, y cuando exprimió el jugo con sus manos fuertes, el olor agrio del cítrico acaparó los olores de la cocina.

Fue orden de mi abuela, se sentía con derecho, porque nos regaló la semilla que había crecido del árbol de su madre, y así, hasta llegar a los antepasados de la colonia. Nuestro árbol de mamey tiene más linaje que los miembros de la familia, y el de ciruela campechana remonta el suyo hasta el siglo XVI, cuando los habitantes de Campeche eran atacados por piratas europeos, con todo y el permiso de sus reyes. Las naranjas agrias servían para cocinar, y para abastecernos de calcio, fósforo y hierro, porque mi madre tenía la obsesión de las vitaminas y los minerales.

Ese mediodía de septiembre mis padres se encontraban de viaje y la abuela Elena llegó de visita. Se sentó en una mecedora de petatillo para abanicarse con su abanico andaluz, pintados a mano con chapa de nácar. Era gorda, su vestido de lino lucía arrugado, y aunque tenía la cara bañada en sudor, destacaban un par de hoyuelos en sus mejillas.

Leonor y yo le hacíamos compañía, cuando la puerta de la casa se abrió y Cecilia, nuestra hermana, entró como una ráfaga de oscuridad. U remolino de aire negro. Mi abuela suspendió la agitación del abanico para verla pasar. Cecilia estaba negra como carbón. Su figura parecía la sombra de una joven de dieciséis años proyectada en el muro azul cielo. Los ojos brillaban entre su piel quemada y charolada. “¡Abuso de sol!”, dijo la abuela. “Pero dónde tendrá esa niña la cabeza”. Fue tal la sorpresa de mi abuela ante la intensidad de su color, que no se fijó en los ojos de Cecilia, enamorados, y extraviados en un paraíso. La abuela se levantó con brusquedad, cerró de un golpe el abanico y levantó la voz para ser escuchada:

¡Naranja agria!

Entre sus secretos por descubrir, la naranja agria tiene cualidades blanqueadoras para la piel. Por eso, a pesar de la resistencia de Cecilia, la metió

en el cuarto de baño, le ordenó que se quedara en calzones, se sentara en un banquillo, y se abstuviera, si le hacía el bendito favor, de darle manotazos a Tina, quien con una esponja la marinaba con el jugo del cítrico, aderezado con un poco de bicarbonato en un recipiente de cocina. Leonor y yo presenciábamos la operación hasta que nos corrieron por la imprudencia de Leonor de preguntar si además le pondrían sal. Es que daban ganas de ser impertinente, si hubieran visto la mirada tiesa de Cecilia, lo habrían entendido. La abuela y Tina dejaron a nuestra hermana a purgar su sentencia por haber sucumbido ante la seducción del sol. Dos horas debía quedar remojada en aquel zumo antes de abrir la regadera. Dos horas, para que hiciera efecto el remedio a ese color que no cedía y que se empecinaba en anunciar nuestra mezcla con los indios, nuestro cruce con los moros y la atracción de nuestros antepasados por las negras de las islas caribeñas que desembarcaban meneando las caderas en esta tierra de árboles sagrados.

Cinco minutos después, una cubeta se estrelló contra la pared del baño. El banquillo de madera rodó y se escucharon proyectiles golpearse contra el espejo.

—¿Qué pasa? —preguntó la abuela con cara de susto.

—Está encabritada —contestó Tina.

Mi abuela tocó la puerta. No hubo más respuesta que el agua de la regadera.

A la hora de la comida, dudé del buen juicio de la abuela. Con voz suave pero insistente, habló sobre los colores prohibidos para Cecilia. “Te lo digo por tu bien, para que te veas bonita”. Desde entonces, Leonor, a pesar de ser la menor, articulaba las palabras mejor que yo. Y dijo lo que yo pensaba:

—Pero si ya es muy bonita.

Cecilia tenía ojos grandes y al reír mostraba los hoyuelos de la abuela y sus dientes blancos.

—Voy a usar el rojo —sentenció Cecilia—. Así era ella, una yagua difícil de domar.

Ya exasperada, la abuela fue al grano:

—¿Te das cuenta que con el rojo te ves más morena?

Entonces empezó el cataclismo: mi hermana aventó el plato y los restos de sus alimentos volaron y terminaron en el piso. Una de las papas, con todo y

su potasio, fue a dar a mi plato. Cecilia temblaba de pura rabia. Fue difícil moverla de la silla. Necesitábamos ayuda.

—¿Qué sucedió? —preguntó el doctor Ibarra— Está niña está en una crisis nerviosa.

Cecilia temblaba como cuerda de guitarra.

—Es que mi abuela está loca —dijo Leonor.

Difícil creer que tal comentario hubiese salido de la boca de esa niña pequeña con bucles de querubín. Rubios, como le gustaban a la abuela.

En un abrir y cerrar de ojos, la abuela envejeció más que Matusalén. Dijo que ignoraba tanta sensibilidad en Cecilia. Que lo sentía mucho. Que a ella la habían enseñado a cuidarse del sol.

El doctor Ibarra puso los ojos en blanco.

—Es posible que esta fue la gota que derramó el vaso —dijo.

La abuela torció la boca. Dijo que apenas su nieta volviera a hablar (no había dicho palabra desde la comida) se regresaría a su casa. Sus hoyuelos desaparecieron de sus mejillas. Se veía más viuda que nunca.

La abuela sintió dolor en el pecho. El doctor la ayudó a sentarse en una hamaca colgada para su siesta. Era de hilos de crochet y los bordes tenían flores y pájaros tejidos a ganchillo. Sólo las abuelas se recostaban en esas; nosotras a conformarnos con las de algodón. Peor en los pueblitos, gente duerme en hamacas de cuerda de henequén. Esa sog a veces pincha. Una vez me recosté en una y cientos de agujas me espolearon el cuerpo. Pobre de los pobres, de verdad.

Tina dijo a Leonor que fuese por un vaso de agua hervida para la abuela. Aquí es mejor tomar agua purificada, el agua de la llave está llena de bacterias. Hasta cuando nos lavamos los dientes debemos tener cuidado de no tragar ni una gota. Una vez que lavaron el tinaco, encontraron en el fondo un zorro muerto, además de lagartijas y un par de culebras.

Mi abuela pareció reconfortarse con el movimiento de la hamaca. Dijo estar apenada y que tendría más cuidado con sus palabras.

El doctor revisó si la pastilla administrada a Cecilia había hecho efecto.

—Se despertará hasta mañana —se despidió.

Cecilia respiraba en un sueño profundo ayudado con tranquilizantes. Pensé en la última gota que rebosó el vaso. No tenía que ser gorda. La imaginé cayendo en la superficie del agua y enseguida el desbordamiento.

Cinco días después, llegaron mis padres. Cecilia juró encerrarse en su recámara para siempre. Tomaba sus alimentos en la cama y se entretuvo con un libro de amores prohibidos, que mi hermanita y yo hojeábamos a menudo. A escondidas de mi madre, claro. Cuando Tina lo encontró bajo la cama, mi madre mandó registrar los cajones para sacar de la casa esa basura. El resultado fue que mamá corrió a la librería y llegó a casa con una bolsa repleta de libros.

Estamos en la mesa con los huevos con longaniza frente a los ojos, la leche con milo, el pan de cocotazo. Escucho el sonido de la bolsa cuando mi madre introduce la mano, mis ojos atentos a sus movimientos, el olor de la tienda se impone sobre la cena. Todo deja de existir, el aire se detiene durante los segundos que tarda en sacar el primer libro: “Platero y yo.” Sigue con “Los viajes de Gulliver,” “Las mil y una noches. Tiendo la mano para recibir “Las Aventuras de Tom Sawyer.”

Una semana después, Cecilia no asomaba la cabeza. No le gustaban los clásicos infantiles y mató el tiempo leyendo la vida de Josefa Ortiz de Domínguez, corregidora de Querétaro. Yo, nacida con la maldición de creer todo lo que escuchaba, pensé que mi hermana permanecería enclaustrada hasta peinar canas.

Ese lunes llegó a casa la *sister* Juanita. Impartía clases en mi escuela con todo y su acento de Nueva York. Se dijo preocupada, mi hermana no se había presentado. Mis tías no entendían a *sister* Juanita, se ponía bermudas, jugaba *volleyball*. “¿Qué hacía una monja jugando *volleyball*? La *sister* Juanita traería problemas. Permitía a las jóvenes de la preparatoria hacer lo que les viniera en gana. Descubrió que nadaron sin ropa en la piscina del colegio y lo tomó como travesura. Y dejaba que usaran la falda del uniforme por arriba de la rodilla. Pero eso no era nada en comparación con sus ideas, creía que las jovencitas podían ser astronautas. ¡En qué mundo vivía esa Juanita!

Mis padres no sabían que pensar de ella, pero se mostraban maravillados ante su presencia, tanto así que aceptaron su visita.

Cinco minutos antes de su llegada nos llamaron a capítulo. Capítulo es cuando te advierten todo lo que no debes hacer. Leonor no podía decir nada más que “buenas tardes *sister* Juanita”, de preferencia no abrir la boca y menos quedársele mirando descaradamente. Yo tenía que hacer un esfuerzo sobre humano y contestar cuando me preguntara algo.

Si ese día Cecilia le abrió su corazón a la sister quedó en incógnita. Un par de horas estuvieron a puerta cerrada, dándole a las cartas. Esa tarde mi hermana aprendió a jugar póker. Pegó en su clóset una postal del Capitolio. Aunque mejoró su humor y dijo estar interesada en conocer el mundo, no abandonó la recámara.

Cecilia terminó su encierro, después del milagro del sábado a la medianoche. Nos metimos a la cama después de lavarnos los dientes y rezarle al ángel de la guarda. Ya entrada en sueños, caminaba en una casa inmensa con anchas columnas de piedra y piso de conchuela. En lugar de muebles había árboles de frutas. De los árboles colgaban hamacas, todas blancas. Parecía el cielo. A lo lejos, música de guitarras, unos acordes traídos por un viento suave. Una canción se acerca tanto a mí que puedo escuchar las palabras junto al oído: *¡cómo te quiero morenita de mi vida, cómo te extraño morenita de mi amor!*

Abrí los ojos y vi a Leonor sobre una silla frente a la ventana. La música entraba por el jardín. Me uní a ella y vi lo siguiente: junto al enrejado de buganvillas, tres hombres con guitarras tocaban una canción de amor. Unos pasos al frente, un chamaco alto, flaco, con un mechón de pelo encima de los ojos, miraba hacia la ventana de Cecilia. En la oscuridad de la noche parecía encontrar valor. De vez en cuando, miraba hacia la recámara de mis padres y era cuando se jalaba los dedos y se echaba para atrás el flequillo que le caía sobre la frente. Apoyados en el muro, dos muchachos fumaban cigarrillos y miraban toda la escena. Digo toda, porque nos saludaron con la mano a Leonor y a mí que nos creíamos escondidas en la oscuridad de la noche.

Terminó la serenata y la luz de la recámara de Cecilia se encendió por un segundo, lo suficiente para que el joven sonriera y mostrara sus dientes de caballo.

Corrimos a ver a mi hermana. La encontramos de pie junto a la ventana que abrió por completo. Respiraba hondo, como si quisiera absorber cualquier nota suspendida en el aire. La luna redonda asentaba una pálida luz sobre sus mejillas, sobre su sonrisa temblorosa. Yo también respiré profundo y sentí un perfume suave, dulce, desconocido, como de naranjas agrias en almíbar.

UN PASEO POR MÉRIDA EN RESISTENCIA

Karla Poot

Me he enterado de que llegaste a la ciudad de Mérida y quisiera invitarte a dar un paseo para conocer los alrededores de la ciudad. Prometo que no será un recorrido aburrido. Además, llevas años viviendo fuera, ya es una década sin visitarla. Será un paseo corto, no hay suficiente tiempo para explicarte, como máximo serán diez minutos, nuestras paradas serán muy breves.

Nuestra salida será desde La Florida, y no, no hablo de los Estados Unidos, sino de un fraccionamiento ubicado al norte de la ciudad. Te estuve buscando por los monumentos, en los museos y en los gremios de las iglesias, pero no te encontré, así que vine por ti. Partiremos desde el norte de la ciudad. Aunque, pensándolo bien, aquí en el norte no está lo que te quiero mostrar. A excepción de que quieras tomar un café en Otro Sempere o leer un libro en el Centro Cultural Lorca. Estas opciones son una muy buena combinación, pero como te dije, no tengo mucho tiempo.

Para empezar nuestro trayecto, tendrás que saber que Mérida es luminosa, está hecha de pequeñas partes que con su brillo deslumbra a más de uno. Sé que esto ya lo sabes, porque has regresado. Si tomas mi mano giraremos en círculos hasta llegar a un punto colorido. El punto colorido está en el centro, es el corazón de Mérida. Es un corazón que conecta con calles, avenidas, lugares y un edificio con un reloj; cuando en el reloj den las diez en punto, nuestro recorrido habrá terminado. La sangre que corre desde el corazón representa a sus habitantes encargados de darle vida, son la sangre, el rojo vivo.

Si miramos desde arriba, estaremos viendo figuras cuadradas con un brillo verde. Bueno, el brillo verde ha bajado de intensidad. Extraño el destello verde. Desde arriba se ven veredas y cuadrados, resultado de la colonización en busca de calles rectas. Estoy en busca del color esmeralda, mejor te muestro la naturaleza viva. Si escuchas el ruido de un trenecito, es que nos estamos acercando. Quiero subirte a un vagón mientras como un algodón. Quiero mostrarte la creación de Dios, que no puede hablar, pero nos hace sentir felicidad y temor a la vez, uno que otro es feroz. En esta estación podremos encontrar varios colores, algunos con manchas y formas, formas pequeñas y grandes. Aquí, aún disfrutan del color esmeralda.

En este momento, quiero llevarte a un parque para que nos miremos de frente mientras nos sentamos en las sillas confidentes. Aquí, la gente se reunía para platicar y cantar. Se escuchaban las carcajadas al son de las copas, mientras algunos podían brindar. Hace una década te fuiste, y hace tres años regresaste; tiempo que sirvió para un cambio. El parque únicamente tiene acceso para unos cuantos. Aquellos que se ganaban la vida deambulando fueron desplazados. El baile de punta y talón se volvió una mercancía de nuestra cultura. Las copas y carcajadas son para unos pocos, mientras muchos buscan un nuevo espacio.

Partimos del norte, ya fuimos al centro de la ciudad. Ahora nos moveremos a otro punto cardinal.

En este lugar encontraremos una jaula de cuatro paredes situada dentro de la ciudad. La hegemonía cree que aquí todo es gris, sin saber que también cuentan con costumbres y creencias que le dan un toque pintoresco. En esta parte de la ciudad la ayuda no siempre llega. En este lugar habita lo subalterno, como diría Gramsci. La lucha y el esfuerzo son su principal motor, y no ven obstáculo alguno para detenerse. Al final, siempre estamos luchando.

Ya que hablamos de hegemonía y de formas, quisiera mostrarte una que se ha gestado en los últimos años. Regresaremos al principio. La sociedad ha cambiado, antes eran castas, ahora son figuras. Nos moveremos un poco. Este lugar es de color dorado, lo blanco tiene mucha presencia. Aquí no existe la desigualdad, ni la injusticia. Su forma es triangular. Hace unos años lo nombraron el triángulo dorado de Mérida. Lugar que carece de compasión, según sus creadores. Me parece que la figura asignada es la correcta, tiene tres lados, tres verdades y tres mentiras. La luz dorada me lastima los ojos, quisiera evitarla con un poco de realidad.

Ya no habrá más paradas pero, como te habrás dado cuenta, Mérida está repleta de figuras y colores ¿Sabes qué tienen en común algunas de estas figuras con las zonas de la ciudad?

Las aristas. Te preguntarás cómo encontramos estas aristas en una ciudad con desigualdad. Estas emergen cuando los habitantes de las diferentes zonas de la ciudad se encuentran, de esta manera crean un tejido social. Estas aristas las podemos ver en cada encuentro literario, una noche al aire libre llena de eventos por Paseo de Montejo, en los rincones de Yucatán con los promotores de la lectura, en la feria del libro, que reúne a más de mil visitantes de distintas partes del Estado, en una tarde en el Centro Cultural José Martí escuchando la

presentación de un libro mientras se intercambian opiniones. En cada encuentro o reunión, las aristas crean espacios de ejes articuladores.

La voz de la gente está en cada rincón de la ciudad; recordarás que nos hemos quedado sin el brillo del color esmeralda, pero fue la voz de la resistencia la que no permitió que este color desapareciera. El rojo latente que representa a la sociedad, está luchando en cada protesta, derramando gotas de agonía como resultado de una liberación para preservar la cultura de Mérida.

La resistencia también está en el habla. Sobre nuestro Estado habita una espiral que da vueltas y contiene una carga cultural. Han intentado borrar esa gran curva que representa a la lengua maya. Nuestra lengua no está muerta. Sigue presente entre cada habitante cuando comparte un poema, un escrito o un cuento en lengua maya. Ni la vergüenza, ni la presión social han podido con ella. Han llegado otros modismos y otras tonalidades de voz, pero nuestras vocales siguen dándole ese sonido que caracteriza a cada habitante al hablar.

Nuestro recorrido ha terminado. Hemos girado en círculos, has tomado mi mano y te he mostrado la resistencia que habita en Mérida, una resistencia que no le teme al cambio, pero sí a las injusticias. ¿Te volverás a ir otra década o te quedarás conmigo?

“NO VENGAS NUNCA AL PAÍS DE LOS RÍOS”:
MÉRIDA, MEMORIA Y MARAVILLA

Is González Sosa

*A Sara Poot Herrera y a Teté Mézquita Méndez,
las de caleidoscópica mirada.*

Con su *Río subterráneo*, una de las mejores antologías de cuento en nuestro país, Inés Arredondo ganó el Premio Xavier Villaurrutia en 1979. El texto que da nombre a la colección es un viaje en espiral hacia un abismo de locura sobre el cual fue edificada una casa. Arredondo maneja una narración epistolar en la que su protagonista advierte al destinatario: "no vengas nunca al país de los ríos".

Si bien los ríos en la Culiacán de Arredondo corren a flor de piel sobre los campos, en la Mérida que compartimos esta noche y todos los días, los ríos se mueven —ocultos— por debajo de la superficie, conectándose para crear recovecos, remansos, cuevas, pasadizos y, ultimadamente, cenotes: los secretos de una tierra golpeada por roca.

El agua, conducto de la memoria, evoca en el país de Yucatán a una serie de irrigaciones que guardan el recuerdo de lo insólito, eso que se mueve entre la realidad y la ficción, entre el recuerdo y el hecho, entre la leyenda y la historia, entre lo creíble y lo increíble. Junto con Arredondo, hay en la literatura mexicana una tradición narrativa de lo acuático subterráneo que desata lo fantástico y lo insólito, como la gran “Fiesta brava” de José Emilio Pacheco y el “Chac Mool” de Fuentes. Hoy, el agua fantástica de nuestros ríos converge en el abrevadero de la reminiscencia, mostrando sus aguas ocultas, endulzadas por la oscuridad y aclaradas por el filtro kárstico de nuestra tierra. Hoy hacemos el recuento de todo lo que en la Mérida de Yucatán resulta justamente así: insólito.

Cuenta la leyenda que cuando a Dalí le preguntaron si regresaría a México, el pintor aseguró que nunca volvería a un país que es más surrealista que sus pinturas. Ciertamente es que, de haber conocido Mérida, se habría topado con una ciudad no solamente surrealista por antonomasia sino también repleta de

sucesos fantásticos insospechados (y desde luego, al contemplarlos todos, no hubiese vuelto nunca a este país de los ríos subterráneos).

Mérida nos da historias que bien podrían ser un cuento de Cortázar o de la dinastía real-maravillosa de los Buendía de García Márquez. Podrían ser una novela de Elena Garro y desafiar los planos de la realidad, la vida y el tiempo. Y podrían ser un cuadro de Dalí, una cinta de Buñuel, una pintura de Leonora Carrington, una foto de Man Ray tomada sin esfuerzo, sin planearlo, pues sólo con observar y sacar el disparo sería más que suficiente para tener toda una puesta en escena. Sí, Mérida bien podría ser todo eso. Pero no lo es. Mérida no es historia de ninguno de ellos, sino nuestra para vivir. Para crear. Para imaginar. Mérida nos pertenece para trazar un recorrido de lo insólito que inicia en el punto de reunión que toda persona emeritense conoce perfectamente si un día ha tenido una cita importante: en la cruz del atrio de la catedral.

Mérida, la ciudad de lo insólito, capital del *Yucatán insólito* de Roldán Peniche Barrera, descanse en paz. Mérida, donde se dice de su catedral que se confundieron los planos y que otra fue construida en su lugar. Donde, al entrar en ella, se oyen las voces de los muertos por estar caminando sobre sus tumbas. Donde, en una calle, hay un cura que vigila desde lo alto pese a no tener cabeza (y que por las noches se baja de su nicho para caminar por el barrio). Mérida, donde hay museos que tienen caras de monstruos y espantos en su fachada. Donde hay casas que se duplican, se clonan, se repiten tanto que las llaman “gemelas”. Donde en una villa de nombre “María” a la medianoche se aparece en el frontón la cara del diablo. Mérida, donde en las casas hay cocodrilos que se tiran desde la escala y van panza abajo para llegar al primer piso. Donde en un palacio rosa llora el fantasma de una mujer encerrada por la locura que desató la mordida de un murciélago vampiro. Mérida, donde en un parque de cien (¡doscientos!) años hay un tren que va para ninguna parte (y que, aun así, es capaz de darnos el recorrido de nuestras vidas). Mérida, con un parque que, en vez de ser uno, son cuatro, en el que en una sola tarde se pueden visitar los más de treinta y cinco países del continente americano sin tener que subirse a un avión.

Mérida, donde hay conchas en la tierra, caracoles olvidados del pasado acuático antes de que una isla emergiera desde la profundidad de las aguas. Donde se decía que el queso estaba hecho de papa y, al mismo tiempo, uno no podía decir la palabra “queso”. Tenía que pedirle, con toda discreción al

encargado de la tienda, “un cuarto de rebanada”. Mérida, la ciudad donde los negocios cerraban, las calles se vaciaban y la gente desaparecía cerca de las dos de la tarde, secuestrada por la frescura que ofrece el cuarto de uno para escapar del calor y echarse una sacrosanta siesta. Mérida, donde a las cinco reaparecían todos con los cuellos pintados de blanco y una silla en la calle para hablar de todo y de nada. Mérida, la ciudad donde el plátano es un sabor de refresco, donde el caballero pobre es el más rico, donde la cochinita no tiene nada de pequeña, donde el lechón no tiene leche, donde los soldados son de chocolate y se han vuelto un añoro compartido y soñado.

Donde hay un remate que no remata, sino que inicia. Donde “La Trevi” no es Gloria, pero... ¡qué glorias! Donde en sus mercados se vende el pepino kat, que no tiene nada de pepino. Donde hay retornos para dar vuelta en “u” pero sólo un “El Retorno” para dar vuelta hacia el sabor de la infancia. Donde la Ibérica no es la península europea sino un hermoso parque donde, si uno tiene mala (¿o será buena?) suerte, lo corretea un ganso llamado Coco. Mérida, la única ciudad de México en donde —como bien apunta Villoro— las galletas “Marías” se llaman “Alicias”.

Mérida, la ciudad donde los insectos se engalanan con joyas para ser lucidos sobre la ropa. Donde los molinos no muelen granos y se llaman veletas. Y donde esas veletas no tienen gallos que señalen al Este, sino que sacan el agua sobre la cual estamos parados. Donde la ciudad vecina es un puerto en el que hay una casa hecha de pastel. Mérida, la ciudad donde para ir al banco se entraba a una casona de casi quinientos años. La ciudad donde, como en muchas otras, regresan los muertos una vez al año y se les recibe con un banquete de fiesta. Donde, si se nos pierden las cosas, los culpables son unos duendes y, si se nos pierde el marido, la culpable es una mujer que salió de un árbol. Mérida, donde las bombas no estallan, pero sí te hacen explotar de risa. La ciudad donde la gente duerme suspendida en el aire, protegidos sus sueños por redes de reconfortante suavidad.

Mérida, donde para tomar el trolebús no se paga boleto, pero sí la cuenta en “El Impala”. Donde las calles tienen esquinas en las que se aparecen personas, cosas y animales; la ciudad donde desfilan juntas La Sirena, Las Quince Letras, La Honradez, El Tucho, El Chemulpo, El Coliseo, La Perla, El Tívoli, El Turix y La Torcaza. Donde los parques están hundidos y donde una estrella cayó del cielo (o lo que es lo mismo, Pedro Infante cayó de un avión;

también descansen en paz). Donde el cono de helado durante el invierno se convirtió en marquesitas para toda la vida. Donde las marquesitas no son hijas de ningún marqués, sino de Don Polo, el de Santiago. La ciudad donde el pan puede ser francés o de Don Hucho. Donde las piedras se comen (con salsa de tomate, cebolla, repollo y chile habanero) y donde se sabe que el ingrediente secreto para maximizar el sabor de un tamal es una buena untada de merengue de pastel. Mérida, donde en la pastelería Delyt había una máquina de coser con la que se hacía la ropa de las muñecas de azúcar desde 1950. Mérida, la ciudad donde buscar es encontrar. Donde cualquier objeto puede convertirse en negociante sin necesidad de abrir un negocio. Donde hay un cohete que nunca despegó. Donde las glorietas las nombra la gente y no el gobierno: no es la glorieta de Lavín, es la glorieta del Pocito; no es el monumento a Miguel Hidalgo, es la glorieta de la Galletera “Dondé”; no es la glorieta de La Paz, es la de la Ignominia, la del 4 de julio, la del Paso Deprimido y, sobre todo, la glorieta del Burger King. Mérida, la ciudad que también es la de Venezuela, la de Filipinas, la de España. La ciudad que tiene un león en su escudo cuando con trabajo y se mira un jaguar. La ciudad que jura y asegura estar en tierra de faisanes cuando lo único que hay es pavo de monte. La ciudad a la que llaman blanca ignorando que es de todos los colores. Mérida, la ciudad con una revista que siempre estará viva. La ciudad que, contra todo pronóstico en un país machista, es la cuna de la lucha de las mujeres. Donde una Antimonumenta nos recuerda que esa lucha sigue.

Mérida, donde el mejor truco de un mago fue volverse el tío de todos los niños. Donde erigir estatuas a dioses paganos da como resultado la llegada de huracanes. Donde para entrar al Olimpo sólo se paga un boleto (y, a veces, es gratis los fines de semana). Donde un terreno baldío puede convertirse en un improvisado malecón con la cantidad precisa de lluvia. Donde hay un fraccionamiento erigido sobre ruinas mayas en el que se declaró actividad alienígena en televisión nacional. Mérida, donde los ceviches son terrestres y no marítimos. Donde Gilberto, Isidoro, Wilma y Milton no son nombres muy populares entre los niños. Donde el confidente no es una persona, pero en él se cuentan muchos secretos. Donde para matar al pavo no se necesita matar y tampoco se necesita un pavo. Mérida, donde se puede venir del Líbano, de China, de África y de Corea, y seguir siendo meridano.

Mérida, ciudad sobre la que un hombre proveniente de la luna trazó el meridiano para concluir que todos sus habitantes algo hemos de padecer de la cabeza. Mérida, la de *Sizigias y cuadraturas lunares ajustadas al meridiano de Mérida de Yucatán por un anctítona o habitador de la Luna, y dirigidas al Bachiller Don Ambrosio de Echeverría, entonador que ha sido de kyriés funerales en la parroquia del Jesús de dicha Ciudad, y al presente profesor de logarítmica en el pueblo de Mama de la Península de Yucatán, para el año del Señor de 1775* de Manuel Antonio de Rivas, primera obra de ciencia ficción en lengua española.

Mérida, donde el queso más icónico de la península no es de la península y llegó en un naufragio, como en un naufragio llegaron también Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, casi por error y definitivamente por accidente. Donde, a los españoles que vinieron antes que ellos, les dijeron “Ma’anaatik ka t’ann” (“Mira qué raro hablan”) y eso se convirtió en el nombre de este lugar. Mérida, donde caminamos en un suelo sobre ríos subterráneos que conducen la memoria del tiempo, el paso de siglos y milenios, un agua de eras arcanas. Mérida, erigida sobre una tierra que fue impactada por una colosal piedra voladora que vino del cielo y se estrelló hace más de 65 millones de años. Mérida, la placa terrestre que quedó de un meteoro disuelto cuyos ácidos descendieron hacia las raíces de la tierra para crear cuevas, túneles y cenotes.

Mérida, la de Yucatán, el país de los ríos. Mérida, la que se añora, la que se extraña, la que se quiere. Mérida, la ciudad por la que debemos luchar y alzar la voz. Mérida, la que se debe defender, no de amenazas de afuera (¿realmente hay una amenaza allá afuera?), sino de los poderes que –sin consultar, sin averiguar, sin preguntar– nos la quitan, nos la cambian, nos la venden. Mérida, la ciudad que no se llama Mérida, sino Jó’ o Ichcaansihó. Mérida, la nombrada a partir de Roma y por no saber entender la belleza de lo maya. Jó’, la que aún existe y debe ser vista. Mérida la emérita, la de la gran valía, la ciudad que de manera insólita ha reunido esta noche a un buen número de sus hijas e hijos para seguir hablando, justa y precisamente, de su naturaleza insólita. ¿Qué diría, pues, Cortázar? ¿Qué diría Garro? ¿Qué diría García Márquez? ¿Qué diría Dalí? ¿Qué dirían Buñuel, Man Ray y Carrington? ¿Qué dirías tú si una vez te digo: “no vengas nunca al país de los ríos”? Mérida, la ciudad donde “toda luna, todo año, todo día, todo viento camina y pasa también”. Mérida, la ciudad donde “también toda sangre llega al lugar de su quietud” – *Chilam Balam*.

TRANSFORMANDO LA TRADICIÓN: LOS NUEVOS EPICENTROS LITERARIOS DE MÉRIDA

Laura Espejo

En la presente reflexión, se aborda la importancia de revitalizar los espacios literarios y culturales desde una perspectiva que combina el reconocimiento de las tradiciones con la necesidad de garantizar entornos seguros, inclusivos y representativos. Este ejercicio no sólo implica valorar las prácticas y aportaciones literarias que han dado forma a nuestra cultura, sino también comprender las luchas que han construido dichos espacios, con el propósito de asegurar que reflejen la diversidad de voces y visiones que los nutren.

Asimismo, este análisis busca destacar la relevancia de abrir caminos a nuevas generaciones y fomentar una literatura incluyente que dialogue con los desafíos del presente. Bajo esta premisa, se pone de manifiesto la necesidad de construir un horizonte literario más amplio, capaz de integrar las múltiples realidades culturales y sociales que conforman nuestro entorno.

Con esta ponencia busco abogar por una literatura viva y en constante transformación, que reconozca el pasado y que abra caminos hacia un futuro literario más inclusivo y diverso.

Quiero comenzar esta ponencia con una frase de bell hooks en *Todo sobre el amor*, que dice “sin un espacio para soñar, imaginar, y crear, no podemos tener una vida vibrante” (2021:149). Rondaba el año 2011 cuando mi madre, la señora Silvia Torres, la primera devoradora de libros y cuentista apasionada que conocí en mi vida, vio un anuncio en el Diario de Yucatán, que promocionaba un taller de verano en la Biblioteca Manuel Cepeda Peraza y que prometía impulsar la lectura y la escritura en niños y jóvenes.

Dediqué mis días de verano de ese año a ir a la Biblioteca, entusiasmada porque sólo conocía el imponente edificio por fuera. Esos días los recuerdo con mucho cariño y estoy completamente segura de que no estaría en este espacio, ni compartiendo con tantos colegas si mi madre no hubiera visto ese anuncio.

Este pequeño relato personal no es fortuito para esta ponencia, todo lo contrario. Ahora, con una mirada más madura, crítica y encaminada al fomento y activación lectora, principalmente de jóvenes, reconozco el valor de estos espacios y de volverlos nichos personales para las nuevas voces.

Durante esos días, leímos, escribimos, exploramos los rincones del antiguo edificio. Esta iniciativa de rehabilitar el espacio fue propuesto y realizado por estudiantes de la carrera en Literatura Latinoamericana quienes rompieron de alguna manera las técnicas de promoción entorno a espacios consagrados e institucionalizados de manera tradicional.

Después de esta experiencia, la Manuel Cepeda ya no era imponente, misteriosa e enigmante, se convirtió en un espacio real, funcional y alcanzable. En este espacio tan simbólico para la Universidad Autónoma de Yucatán hice mis primeras amistades literatas, descubrí que existía la carrera de Literatura Latinoamericana. Entonces podría decir que todo comenzó en ese espacio.

Ahora, lo que quiero decir es que Mérida es una ciudad que respira historia y cultura en cada esquina, ha sido a lo largo de los años un epicentro de actividad literaria y artística.

Desde sus icónicos teatros y casonas hasta los espacios íntimos donde escritores y artistas se reunían, la ciudad ha presenciado la evolución de las letras yucatecas y su relación con los entornos culturales.

En Yucatán es de agradecer la presencia de las escuelas de formación creativa y de escritores que hace poco más de un lustro vieron luz en la ciudad, donde instituciones como la Universidad Autónoma de Yucatán y la Universidad Modelo ya se habían asentado sendas carreras de investigación literaria.

Es importante comenzar reconociendo la invaluable aportación de aquellos que, en su momento, lucharon por la creación de espacios culturales en Mérida. Lugares como el Teatro José Peón Contreras, el Centro Cultural Olimpo, la biblioteca antes mencionada o la Casa de la Cultura han sido pilares para la difusión de la literatura y el arte en la ciudad.

Estos sitios no sólo sirvieron como escenarios para el desarrollo de las artes, sino también como testigos de la creación de una identidad cultural única, en la que lo maya y lo mestizo se funden en la narrativa literaria. La tradición y el legado de estos espacios son innegables, y resulta imprescindible tener presente su influencia al analizar la escena cultural contemporánea.

Al recorrer la historia literaria de Yucatán y de Mérida podemos darnos cuenta de que siempre se han formado grupos en distintos órdenes, respondiendo a sus propios tiempos, que mirados desde este presente fueron, son y serán los actores que nos han dejado tradición y nos han hecho aparecer

en el mapa mundial de la creación literaria; nombres como Peón Contreras, Antonio Mediz Bolio, Eligio Ancona, Ermilo Abreu, Juan García Ponce, Nidia Esther Rosado, entre otros que nunca terminaría de enlistar, continuaron irradiando la tradición de un Yucatán colmado de historias y poemas.

De acuerdo con Olga Lucía Molano, “la identidad está ligada al patrimonio cultural, debido a que no existe sin la memoria colectiva, [...] sin la historia que ayuda a identificar el pasado y ayuda a construir el futuro” (2027:74). La cultura, en este contexto, se convierte en un vehículo para la transmisión de valores y creencias, lo que es esencial para la cohesión social y el desarrollo de una identidad cultural y, en este caso, literaria, sólida.

Después de esta experiencia, que sembró este virus de la literatura y la creación, se me infectó la mente, el corazón y todo. El resultado fue contagiar a más jóvenes en la preparatoria y crear nuestro propio espacio para soñar, imaginar y crear: “El club de Lectura UADY”, un juego de chicos que nos llevó a conocer un espacio de la ciudad todavía más grande que la biblioteca. La Feria Internacional de la Lectura (La FILEY) que nos mostró la manera en que los espacios se habitan y se resignifican. Hoy, Mérida experimenta un renacer literario, protagonizado por una nueva generación de escritores y creadores que, sin olvidar la herencia de los espacios consagrados, buscan establecer sus propios refugios creativos.

Carlos Monsiváis afirma en su libro *Rituales del caos* que la cultura popular es la gran organizadora de la vida urbana. En sus manifestaciones colectiva, ofrece a la multitud un espejo donde reconocerse.

La cultura popular no sólo es entretenimiento o una actividad pasiva, sino una fuerza organizadora que estructura la forma en que las personas interactúan, se reconocen y se definen dentro del entorno urbano.

En un espacio donde las jerarquías tradicionales (familia, religión, etc.) pierden influencia, la cultura popular –con sus festivales, manifestaciones artísticas y eventos masivos– se convierte en el medio principal a través del cual los individuos encuentran sentido de pertenencia. Es un “espejo”; porque refleja las identidades colectivas y permite a las personas verse a sí mismas como parte de un grupo, validando sus experiencias, gustos y formas de vida.

A medida que el mundo cambia, también lo hace la forma en que se conciben y se utilizan los espacios culturales. Los escritores y creadores de hoy encuentran en Mérida un terreno fértil para innovar, para desafiar lo establecido,

y para reimaginar cómo y dónde se desarrollan sus obras. Nuevos espacios emergen, ya no necesariamente los grandes auditorios o las casas de cultura tradicionales, sino cafés, galerías, parques y hasta espacios virtuales que se adaptan a las nuevas formas de consumo y creación literaria. Estos sitios ofrecen una libertad creativa distinta, donde las voces emergentes no sólo encuentran un espacio para ser escuchadas, sino donde también pueden cuestionar y romper con los moldes de lo ya consagrado.

En los últimos años, ha emergido una nueva generación de escritores y creadores que buscan redefinir el concepto de espacio literario en Mérida. Nuevos cafés, centros comunitarios y espacios virtuales están surgiendo, ofreciendo plataformas más flexibles y accesibles para la expresión artística. Estos nuevos epicentros no sólo promueven la innovación en formatos y contenidos, sino que también reflejan una mayor diversidad en términos de género, orientación sexual y antecedentes culturales. Este cambio responde a una demanda creciente de espacios que no sólo sean físicos, sino también inclusivos y adaptables a las necesidades de una comunidad diversa.

La renovación cultural es esencial para mantener viva y dinámica la escena literaria de Mérida. Adaptarse a los tiempos modernos implica incorporar nuevas tecnologías, metodologías y perspectivas que permitan a los escritores conectarse con audiencias más amplias y variadas. Sin embargo, esta renovación no debe implicar el olvido de la herencia cultural. Al contrario, se trata de construir sobre los cimientos establecidos por las generaciones anteriores, integrando sus enseñanzas y luchas en un contexto contemporáneo. La transformación de los espacios culturales es, por lo tanto, una manifestación de respeto hacia el pasado y una apuesta por el futuro.

Inclusión y seguridad en los nuevos espacios

Uno de los aspectos más cruciales en la creación de nuevos epicentros literarios es la garantía de que estos espacios sean seguros e inclusivos para todas las diversidades. Ya nos lo dijo Manuel Puig en el icónico libro de *El beso de la mujer araña*: “No me siento seguro en ninguna parte, porque no me dejan estar en ninguna parte como soy realmente. [...] Me dicen que soy raro, que no encajo”; La comunidad LGBTQ+ y otras minorías a menudo han enfrentado exclusión y discriminación en espacios culturales tradicionales. La nueva generación de escritores y gestores culturales debe estar comprometida en erradicar estas barreras, promoviendo ambientes donde todas las voces puedan

expresarse libremente y sin temor. Esto implica no sólo la creación de políticas inclusivas, sino también la sensibilización y educación continua dentro de la comunidad literaria.

Este movimiento hacia la creación de nuevos epicentros literarios no se da en el vacío. En su núcleo, encontramos a una generación que enfrenta nuevas luchas y reivindicaciones. El arte, y en especial la literatura, se convierte en una herramienta para expresar las demandas de inclusión, respeto y seguridad.

En este sentido, la transformación de los espacios literarios en Mérida no sólo es una cuestión de renovación física, sino también simbólica. Se trata de reimaginar cómo queremos que se experimenten y vivan las letras. Los escritores emergentes están redefiniendo lo que significa crear literatura en un mundo que demanda respeto, inclusión y equidad. Esta transformación no implica el olvido de los espacios consagrados, sino más bien la creación de un diálogo entre lo que ha sido y lo que está por venir.

Retomando una idea de Monsiváis, estos espacios de creación y expresión son lugares donde se libran luchas por el reconocimiento cultural y social, y donde la identidad se negocia constantemente en medio de las tensiones entre la tradición y las influencias modernas. En resumen, son fundamentales para que las nuevas generaciones forjen su identidad, sientan arraigo, se representen y expresen su diversidad.

Mérida, entonces, se convierte en un crisol donde lo tradicional y lo emergente coexisten, se retan y se complementan. Mérida es caleidoscopio, se reinventa a través de los ojos de una generación que respeta su herencia, pero que también entiende la urgencia de construir nuevos espacios donde todos, sin excepción, puedan habitar la literatura.

Referencias

- Puig, Manuel (2022). *El beso de la mujer araña*. Madrid: Planeta.
- hooks, bell (2021). *Todo sobre el amor*. Madrid: Paidós.
- Molano L., Olga Lucía (2007). "Identidad cultural, un concepto que evoluciona". *Revista Ópera 7* (2007): 69-74. (Colombia. Universidad Externado de Colombia).

FEMINISMO EN LA *CIUDAD BLANCA* MEMORIA ITINERANTE DE LAS DESOBEDIENTES

Virginia C. Carrillo Rodríguez, CEPHCIS, UNAM

A la dominación sexista que Celia Amorós (1995) llama razón patriarcal y Pierre Bourdieu (2000) razón androcéntrica, Rita Segato (2019) le llama patriarcado, vocablo que por su potencia y agilidad semántica ha sido adoptado por el feminismo que toma las calles en marchas y manifestaciones. Estas actividades con frecuencia y, sobre todo en esta *ciudad blanca*, suelen resultar escandalosas y provocar pánico moral que prende como fuego en estopa entre la gente de buena conciencia que custodia la blanquitud de su ciudad –al modo de Bolívar Echeverría–, con el rosario en una mano y la ley pública en la otra.

Las mujeres que marchan buscan desdecir de manera tanto enérgica como disruptiva los mandatos patriarcales, la violencia instauradora del sistema sexo-género y reclamar su lugar dentro de la categoría de lo humano universal. Se trata de las incómodas, las aguafiestas, las desagradables, las desobedientes que sujetan un bote de aerosol para pintarraजार de manera grosera la sagrada memoria edificada de la muy noble y muy leal, dejando estupefacto y confundido al gentil trovador, aquel que desea cantarles la representación hegemónica de la mujer meridana cuyas blancas manos de armiño no pueden hacer otra cosa que ser hostias para comulgar.

En lugar de eso, irrumpen en las calles con sus manifestaciones ruidosas que, ¡Ay, Jesusito! duran unas pocas horas, pero dejan una huella que tarda y cuesta mucho borrar. Por cierto, acá enfrente sigue el INAH, ocupado en la restauración del monumento a Justo Sierra O'Reilly que ha aguantado con una impasibilidad de siglos, pinta tras pinta, negra, morada, verde y roja que le deja el paso de las desobedientes. ¿Por qué son así? ¿Por qué prefieren humillar a nuestra blanquísima ciudad con sus rayones cuando las cosas pueden arreglarse de manera educada y respetuosa? ¿Por qué se enojan y gritan si se consigue mucho más con sonrisas y modales apropiados? ¿A dónde las educaron? ¿Dónde estarán sus madres? Seguro son fuereñas –habrá dicho *el diario*– que han venido a corromper a las desprevenidas de aquí.

¿Qué le reclaman las desobedientes al patriarcado? La invención de la culpa femenina, pretexto de su inferiorización. La dominación masculina ha

elaborado el mito del castigo de las mujeres, éste tiene carácter arcaico porque se expresa y justifica en las narraciones míticas de origen de una gran cantidad de pueblos. En tales relatos ocurre que una mujer desobedece, comete una falta y es castigada, así se narra el acto de disciplinamiento de aquella primera mujer por una ley masculina. En occidente, tal mito de origen judeocristiano está contenido en el Génesis de la Biblia. Eva fue castigada por desobedecer a Dios, ese es el paso con el que inicia el camino humano, mediado por la imposición de un principio patriarcal. La estructura del mito adánico se repite en múltiples pueblos de los cinco continentes. Su difusión universal es prueba de su profundidad histórica. Como mito requiere de una narrativa para fundamentar las razones de la dominación, si la subordinación femenina resultara de las características biológicas, de nuestra anatomía, no le haría falta la narrativa para legitimarse y organizarse. Este mito es el desenlace y resultado de una primera guerra humana que resultó en la subordinación de una parte de la humanidad; se trata de “la primera conquista, en la que el cuerpo de las mujeres pasa a ser la primera colonia.” (Segato, 2019, p. 38).

De este modo las mujeres de diferentes formas y maneras, quedamos en cada mundo cultural excluidas de la educación, de las decisiones para establecer la ley que rige a los pueblos, del desempeño de cargos de autoridad, de “hablar con el dios” y de decidir sobre nuestro cuerpo, para convertirnos, como lo explicó Claude Lévi-Strauss, en el máximo regalo que se dan los hombres entre sí, para simbolizar sus alianzas y blindar la herencia y el patrimonio (Rubin, 1986).

En Mérida el movimiento feminista ha sido un proceso de gran fuerza que ha tenido hitos dignos de la memoria nacional en clave femenina. Recorrer las calles de la ciudad, teniendo como guía el recuerdo de las acciones feministas permite recapitularlo y observar la dimensión de sus conquistas.

Para hacerlo, propongo un viaje sin movernos de la ciudad. El itinerario se asemeja de manera importante a la ruta trazada por la colectiva *Ya no somos invisibles* que ha colocado placas conmemorativas desde 2022 en sitios significativos del andar de las feministas meridianas de otras épocas. Busquemos como primer destino a la Mérida del siglo XIX, echemos para atrás el calendario, caminemos por el túnel del tiempo a lo largo de 154 años.

Así, aparecemos en mayo de 1870 en la calle 59 por 52, donde podemos ver a Rita Cetina, Gertrudis Tenorio y Cristina Farfán trabajar incansables

porque están a punto de abrir las puertas de su escuela laica para niñas “La siempreviva”. El deseo de ganar espacios para las mujeres no se reduce a la escuela, también han fundado una sociedad literaria y una revista, escrita y editada por mujeres y para mujeres. Su propuesta educativa y periodística levantó polémica entre los sectores conservadores cuando tocaba temas relativos a la biología y la reproducción. Ahí es donde vemos emerger el pánico moral que provoca la lucha feminista desde entonces y hasta ahora. Las mujeres ilustradas del siglo XIX tuvieron como asunto central en su agenda de lucha el acceso a la educación y al trabajo remunerado.

Si nos encaminamos a la calle 57 casi esquina con 50, en el año 1909 encontraremos a Dominga Canto Pastrana dirigiendo ahí el Liceo de Niñas. Y al avanzar un poco más en el tiempo, nos amanece a comienzos de enero de 1916, para ver hospedarse en tal recinto a profesoras llegadas de diversos lugares de Yucatán para participar en el Primer Congreso Feminista, convocado por el Gral. Salvador Alvarado. Entre las organizadoras y participantes podemos reconocer a la misma Dominga Canto, a Consuelo Zavala, Adriana Vadillo, Candelaria Ruz, Rosina Magaña, Francisca Ascanio, Rosa Torre, Candelaria Gil de Carrillo y su hija, Piedad Carrillo Gil... Ya es 13 de enero y presenciamos en el Teatro Peón Contreras la realización del acto inaugural. Hay cerca de 700 personas adentro. Después, un funcionario del Departamento de Educación lee en su ausencia la ponencia de Hermila Galindo que alude al conocimiento de la biología y a la liberación sexual de las mujeres (Peniche, 2019, p. 66). El teatro estalla en gritos de protesta y una participante, Isolina Pérez, pide que el texto sea quemado por inmoral. A pesar de ello, uno de los primeros temas tratados en las mesas de trabajo ha sido el de los “secretos arcanos de la naturaleza” (p. 68).

Ahora vamos a 1921, estamos en el Ateneo Peninsular, a un costado de la Catedral, sobre la calle 60. Es 14 de noviembre, ahí se constituye La Liga Feminista “Rita Cetina Gutiérrez”. Elvia Carrillo Puerto dirige la liga, su hermano Felipe ha sido electo gobernador, unos pocos días antes, el 6 de noviembre. El lema de la liga es “Por la instrucción, progreso y derechos de la mujer” y está adscrita al Partido Socialista del Sureste.

Ahora estamos en marzo de 1922. En la *ciudad blanca* se acaba de publicar *La regulación de la natalidad o la brújula del hogar, medios seguros y científicos para evitar la concepción* título con el que se tradujo el manual *La*

limitación de la familia de la enfermera estadounidense Margaret Sanger que explicaba los métodos disponibles en la época. Los al menos 500 ejemplares del fascículo se distribuyeron en el estado a través de las ligas de resistencia socialistas y del Registro Civil donde se otorgaba a las parejas recién casadas.

Por sus *propuestas inmorales para evitar la procreación* la reacción conservadora meridana (disculpen el pleonismo) emprendió una contra campaña que tuvo eco en la capital de la república. Tal hecho motivó la instauración del Día de la madre en el país a iniciativa de Rafael Alducín, director del periódico *Excélsior*. Marta Acevedo en su libro *A cien años del 10 de mayo* dice, a propósito de esta celebración, que “su origen no es tan trivial: entre esa fiesta escolar y de familia existen insospechados nexos con movimientos sociales que se dieron en Yucatán a principios del siglo XX” (2023, p. 18).

En abril de 1922, Alducín escribió en su periódico: “Hoy, que en el extremo meridional del país se ha venido emprendiendo una campaña suicida y criminal en contra de la maternidad, cuando en Yucatán elementos oficiales no han vacilado en lanzarse a una propaganda grotesca, denigrando la más alta función de la mujer que no sólo consiste en dar a luz sino en educar a los hijos que forma su carne, es preciso que la sociedad entera manifieste, con una fórmula banal si se quiere, pero profundamente significativa, que no hemos llegado de ninguna manera a esa aberración que predicen los racionalistas exaltados, sino que, lejos de ello, sabemos honrar a la mujer que nos dio vida” (Acevedo, 2023, p. 20).

Por otro lado, durante ese año se da la discusión pública sobre el sufragio femenino, el derecho a votar y ser votada, la vemos ocurrir en el congreso estatal y reflejarse en la prensa meridana. Aunque parecía que la propuesta de la Liga “Rita Cetina” por el sufragio femenino iba a aprobarse, el 6 de septiembre los diputados de la comisión correspondiente suspendieron de manera indefinida la iniciativa.

Sin embargo, Elvia Carrillo consiguió, con el apoyo de su hermano, que “el Partido Socialista del Sureste lanzara la candidatura de Rosa Torre al cargo de regidora del Ayuntamiento de Mérida, en 1922” (Peniche, 2019, pp. 126-127). Así, el 7 de noviembre, Rosa Torre González se convirtió en la primera mexicana en acceder a un cargo de elección popular.

Demos vuelta al calendario, ya es agosto de 1923. En el local de la liga feminista “Rita Cetina” han comenzado las pláticas sobre control natal, dirigidas a las clases proletarias. Rosa Torre aprovecha que se está celebrando un congreso de periodistas en el Teatro Peón Contreras, para distribuir ahí el folleto de Margaret Sanger. Con entusiasmo “Grupos diversos de mujeres y de feministas hablan por buena parte de la Península sobre los derechos y la emancipación de las mujeres, traducen conferencias al maya y reviven o establecen comités feministas en varios lugares” (Lamas, 2023, p. 13).

La lucha por los derechos de las mujeres avanza en la *ciudad blanca* a pesar del conservadurismo. El 18 de noviembre de 1923 en la elección legislativa ganan por primera vez tres mujeres la diputación: Elvia Carrillo por Izamal, Beatriz Peniche por el segundo distrito de Mérida y Raquel Dzib por el tercero. Sin embargo, no podrán ejercer sus cargos debido al asesinato del gobernador Felipe Carrillo ocurrido el 3 de enero de 1924.

Caminemos rápido hacia 1928. La Liga de Acción Social ha pagado para erigir un monumento a la madre al lado del Peón Contreras con el propósito de honrar la mistificación de la maternidad. En la Liga de Acción Social participan personajes relevantes de la historia local como Carlos Menéndez González, fundador del Diario de Yucatán, y Álvaro Torre Díaz, ex gobernador del estado, así como los escritores José Inés Novelo y Delio Moreno Cantón.

El de Mérida fue el primer monumento de este tipo en México. No fue casual “el hecho de que Álvaro Torre Díaz, miembro fundador de la Liga, así como del Partido Nacional Católico, haya sido gobernador en la segunda mitad de la década de los años veinte, cuando se estableció el Día de la Madre y se construyó el monumento a la madre” (Buck, 2001, p. 38-39). Contemplar tal escultura me remite a la crítica de la investigadora feminista Giulia Colaizzi sobre la mujer como metáfora, en cuanto a que se trata de una representación hegemónica elaborado por la mirada masculina, es decir, “una representación que se basa en la ausencia de la mujer como sujeto histórico”. La mujer como esencia es convertida en metáfora, simboliza el objeto “del sueño y el deseo de los hombres, (...) pero sólo existe en tanto está ausente” (1990, p. 15-16). Su rostro quiere condensar a todas las mujeres, es criatura soñada, se la busca, se la espera, sin embargo, no existe en ningún lugar, su presencia resulta inasible e inalcanzable, su representación producida como texto se evapora y flota en el aire como fantasmático objeto de deseo.

Dejo a la ensoñación masculina sobre la maternidad de 1928 esperar 90 años para la irrupción de la marea verde feminista en 2019 que plasmó en su blanco mármol el reclamo por la autonomía reproductiva de las mujeres. ¡Cuánto pánico moral despertó aquel atrevimiento! La voz del conservadurismo religioso regañó en boca del entonces alcalde de Mérida, ex candidato a la gubernatura de Yucatán, Renán Barrera, a las feministas iconoclastas mediante un video, para después denunciarlas ante la Fiscalía General del Estado.

Como ocurre en todo viaje, nos han quedado lugares pendientes por visitar en la ruta de las desobedientes, pero el tiempo se ha agotado. Dejo para el próximo circuito la promesa de ir a comienzos del siglo veintiuno, para acompañar a otra maravillosa desobediente –Sandra Peniche Quintal– en sus recorridos por el centro histórico con su ConDonTrici con el que promovía la educación sexual y el uso del preservativo. También iremos a la instalación de la Antimonumenta en el remate de Paseo Montejo realizada por colectivas feministas en 2021. Muchas gracias por su compañía e interés. –VCR, septiembre de 2024.

Referencias

- Acevedo, Marta (1982). *El 10 de mayo*. Colección Memoria y olvido: Imágenes de México. Secretaría de Educación Pública/ Martín Casillas Editores.
- Amorós y Puente, Celia. (1995). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Círculo de Lectores.
- Bourdieu, Pierre. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Buck Kachaluba, Sarah A. (2001). “El control de la natalidad y el día de la madre: política feminista y reaccionaria en México, 1922-1923”. *Signos históricos*, núm. 5 (enero-junio): 9-53.
- Colaizzi, Giulia (ed.) (1990). *Feminismo y teoría del discurso*. Ediciones Cátedra.
- Echeverría Andrade, Bolívar (2016). *Modernidad y blanquitud*. Ediciones Era.
- Lamas, Marta. (2023). Prólogo. En Acevedo Marta, *A cien años del 10 de mayo*. UNAM.
- Peniche Rivero, Piedad (2019). *Siempre vivas. Rita Cetina, Elvia Carrillo Puerto, Rosa Torre González y sus tiempos*. Edición de autor.

- Rubin, Gayle (1986). "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo". (Traducción al español por Stella Mastrangelo). *Nueva Antropología*, Vol. VIII, número 30, 95-145.
- Sanger, Margaret (2016). *La regulación de la natalidad o La brújula del hogar, métodos seguros y científicos para evitar la concepción*. Servicios Humanitarios en Salud Sexual Reproductiva.
- Segato, Rita Laura (2019). "¿Ningún patriarcón hará la revolución! Reflexiones sobre las relaciones entre capitalismo y patriarcado". K. Gabbert y M. Lang (eds.) *¿Cómo se sostiene la vida en América Latina? Feminismos y re-existencias en tiempos de oscuridad*. Fundación Rosa Luxemburgo/ Ediciones Abya-Yala, pp. 33-49.

LAS ASPAS INCANSABLES DE LAS VELETAS



ECOS DEL 478 ANIVERSARIO
DE LA FUNDACIÓN DE LA CIUDAD DE MÉRIDA

Margarita Robleda Moguel

Mérida

¿Qué puedo decirte
que no te hayan dicho una y mil veces
los poetas del mundo?
“Panorama de palmeras y veletas”,
reina y señora del sureste;
joven entusiasta que
luce con orgullo
sus primeros 478 años
de transformación y presencia.

La herencia colonial,
mansiones de reminiscencia francesa,
zonas modernas acordes al nuevo milenio;
las aportaciones de tus hijos
a la educación, la medicina,
el deporte, la música y las letras,
así como el orgulloso mosaico
de nuestro mestizaje
multicultural y étnico,
son algunas piezas que tejen
que hilan, que bordan
tu infinita riqueza.

Mérida la blanca
con su túnel verde
paseando por el parque de las Américas
en coche calesa
para admirar la lluvia de oro y los framboyanes,
y cómo las copas de los árboles

se hacen cariñitos y se entremezclan
con el color de las flores
en los huipiles bordados
y los rosarios de filigrana,
que con gran donaire
lucimos tus mujeres
en las fiestas.

Tardes frescas que nos anticipan:
encuentros de charlas amenas,
noches bohemias,
olores seductores de mariposas y jazmines
y la posibilidad cercana
de que, con el eco de las voces de Guty,
Palmerín, Pastor y Manzanero,
de Jorge Buenfil...
volverse a enamorar.

Merengues del Colón,
pan de la Mayuquita,
cochinita pibil de Santa Ana,
panuchos de la Lomita;
señorial Paseo de Montejo,
Ermita de santa Isabel,
Monumento a la Bandera,
encantadora Plaza Grande,
majestuosa Catedral.

Mérida la ideal, la Mérida de mis abuelos, la de mi infancia, la de recuerdos que me llenan de nostalgia; tiempos en los que éramos pocos, nos llamamos por apodos, sabíamos dónde vivían y conocíamos nuestras historias. “¿Qué pata puso ese huevo?”, preguntaba mi abuela y si el “ninio” salía patán, por lo menos era “conocido”.

Y Mérida la real, la que en el hoy cumple 478 años; la que tiene tanto que contar. Y es que son distintas las Méridas, más allá de las de Venezuela y España, aquí tenemos las Méridas del norte, la del sur, la del oriente y el poniente. Cada una con sus historias, sus retos por superar, su aporte y esperanza.

¿Compartimos estas Méridas con nuestros hijos, con los nietos, con los recién llegados? ¿O el punto de reunión son los centros comerciales inventados en otros lares para globalizar nuestra identidad?

Mérida la sobreviviente de tantas batallas que terminan teniendo a los mismos agresores, quienes de, generación en generación, son los que olvidan que, al caer la noche, su casa, su hamaca, están en esta ciudad y que abusar de ella, si bien abulta la cartera, el tamaño de ésta no garantiza que mañana podrán comprar un vaso de agua limpia, respeto, sentido de pertenencia, tranquilidad de circular y crecer a una familia: de tener paz como el fruto mayor de la calidad de vida.

Todavía recuerdo el dolor que sentí en los años 70, al caminar por el Paseo Montejo para constatar la barbarie que el tsunami de la llamada modernidad alcanzó con su atropello y cuya vista despertó en mi a la trovadora que todos los yucatecos solíamos llevar dentro.

Me cambiaron mi ciudad,
me la cambiaron ya,
le quitaron señorío,
por la funcionalidad.
Me cambiaron mi ciudad,
me la cambiaron ya,
por un puñado de plata,
compraron su identidad.
Si el poeta lo viera, lloraría,
aquel que tanto la amaba,
noche y día
y le cantaba:

“Mérida como te quiero,
nunca de extrañar te dejo,
tu quieta plaza mayor,
tu hermoso, Paseo Montejo”.
Me cambiaron, mi ciudad,
me la cambiaron ya...

Gracias a la Feria Internacional de la Lectura Yucatán, UADY-FILEY, y a la Asociación Internacional UC-Mexicanistas por la oportunidad de declararle públicamente mi amor a la Señora y poder compartir mis preocupaciones por su futuro y mejores deseos para que siga siendo la maravillosa ciudad que nos cobija a todos.

Cuando paso por los portales de la Plaza Grande y veo las mesitas de los helados Colón con sus más de 100 años, imagino a mis bisabuelos, con sus trajes de lino blanco y sus largos vestidos de tul y organdí, en las mismas mesas en las que luego, mis abuelos, padres y hermanitos disfrutamos hacer “xuc” una panetela en una champola, un merengue, un helado de coco, de zaramullo, cada quién en su tiempo; siempre deliciosos.

Entonces pienso con dolor, que tal vez no supimos pasarle la estafeta de amor a nuestra cultura a los cachorros de nuestro clan; les hemos negado a las nuevas generaciones, nuevamente en aras de la mal llamada modernidad, el orgullo de nuestras tradiciones y raíces, como la experiencia de participar en la hermosísima serenata con más de 150 trovadores que vivimos anoche para cantarle nuestro amor a la festejada.

Cuántos jóvenes, habitantes del Norte de la ciudad, desconocen la belleza del centro: la Catedral, la Casa de Montejo, el Teatro Peón Contreras, la Universidad; cuántos se han sentado a susurrar cariñitos al oído del ser amado, de la amada, en un confidente de Sta. Lucia. Quizá su única cercanía con el mundo maya es haber ido a “Mayaaami”.

Y es que cada vez me queda más claro que, sólo si nos reconocemos, seremos capaces de reconocer a los demás. Si desconocemos nuestra historia, negamos nuestras raíces; si no sentimos orgullo de nuestro mestizaje, somos híbridos en busca de que alguien o algo nos valide.

Por lo tanto, toca reconocer que nuestra hermosa Mérida nace de las piedras y la sangre de la gran Ichcaanzihó; que nos ha tomado todo este tiempo

ir acomodando el duelo del atropello para zurcir la esperanza de lograr, algún día, una integración respetuosa; que en esto hay dos historias, y que, hoy somos lo que somos gracias a ellas... que, si seguimos viéndonos como distintos, como enemigos, y no logramos remontar la discriminación y los rencores que aun cargamos... seremos tan frágiles como una hoja al viento que la mercadotecnia mundial puede manejar a su antojo y con gran facilidad controlarnos en su beneficio.

Mérida, cuna de mis ancestros, plataforma que nos impulsa a volar, sostén de nuestra hamaca, puerto de abrigo para proteger a los nuestros, estímulo para florecer.

La Mérida de Fernando Espejo, de Héctor Herrera “Cholo”, Wilberth Herrera, Conchi León, Silvia Káter, Gabriel Ramírez, Mary Carmen Pérez, Agustín Monreal, Olga Moguel, Joann Andrews, Socorro Cerón, Judith Pérez y sus Maya Internacional, Sara Poot Herrera y Feliciano Sánchez Chan, entre otros.

¿Cómo ser voz e incluir a todos? ¿De aquellos que vienen huyendo, cargados de miedos y de los que aquí estamos y vemos aterrados que el tráfico se desquicia día con día y la cada vez más lejana posibilidad de poder comprar una vivienda?

Bienvenidos sean los inmigrantes, que, a final de cuentas, todos lo somos desde el inicio de los tiempos cuando salimos de África; incluso los fundadores de hace 478 años que llegaron allende del mar.

Mérida no es la mejor ciudad del mundo, como la han promocionado, pero, si hacemos bien, cada quien nuestra parte para lograrlo, podremos construir una gran ciudad que nos cobije a todos, en lugar del campo de batalla que se avizora puede llegar a convertirse.

Así pues, como simple ciudadana que ama su ciudad, quisiera ser la voz de tantos cuyo silencio obligado y atorado terminará por pasar facturas muy dolorosas que atropellarán sin mirar a quien.

Cómo ser voz, junto con la del Grupo Indignación, sobre la contaminación que nos afecta por causa de las mega granjas porcícolas de Homún, la tala furtiva de la selva maya de Kanxoc, que, si bien se encuentran en otros municipios, los cenotes se intercomunican, cual venas de un mismo río, y el agua llega contaminada a nuestro abasto; la contaminación y la falta de lluvia por la tala nos afecta a todos. Homún, Kanxoc, Mérida y puntos intermedios tendríamos que unirnos para clamar auxilio. ¿Qué vamos a beber, qué respiraremos? Aunque claro, ¿Cómo criar cerdos de una manera sustentable para no perdernos la posibilidad de disfrutar la deliciosa cochinita?

Quiero ser voz de los habitantes de las comisarias que se volvieron islas perdidas entre las bardas de los fraccionamientos que surgieron de repente; comunidades recelosas y asustadas ante tantas miradas voraces de engullirse sus espacios.

De los niños y niñas dispersos, incapaces de relacionarse, adictos a la adrenalina que, a través de la tecnología, que sus padres les dieron desde la cuna para tenerlos tranquilos y controlados, sin considerar que esto, atrofia sus neuronas y evita que desarrollen capacidades motrices y sociales.

Quiero ser voz que se una a los cientos de miles de voces de mujeres en Mérida y en el mundo, que gritan ¡Basta! No quiero... es ¡no quiero! ¡Má, es má! ¡Ni una más!

Basta de violencia contra hombres y mujeres, jóvenes, niños, ancianos, animales y personas por sus preferencias religiosas, políticas y sexuales distintas a las nuestras.

Quiero ser voz de una Mérida ciudad de la paz y la pluralidad, del respeto y la tolerancia, de la inclusión de todas las personas con capacidades diferentes y necesidades especiales.

Cómo explicarles a los padres que el llevar a los hijos a los parques tan hermosos, que tenemos en Mérida, nos conviene a todos; que los niños y las niñas necesitan ejercitar, además de sus dedos pulgares matando

hormiguitas en el celular, sus piernas y brazos; interrelacionarse con otros niños, aprovechar esos espacios abiertos que expanden el alma y nos llevan de regreso al contacto amoroso con la Madre Tierra. Que suden y se ensucien, que esto los fortalecerá para enfrentar otros retos, que construyan recuerdos de convivencia familiar y no terminen colgándose ante la menor frustración dándonos, penosamente, uno de los primeros lugares, a nivel nacional, de suicidios juveniles.

Antes solía decir: “Apagar la televisión y encender a la familia”, ahora, la invitación es dejar la comunicación con el distante, para mirarnos a los ojos y hablar de corazón a corazón con él que está junto.

Toca conectar la de pensar para comprender que, la utilización de tantas caritas en el celular nos está robando las palabras, el lenguaje. Si así seguimos, muy pronto seremos incapaces de decir: perdón, gracias, tengo nostalgia, te amo.

Cómo decirles que los niños y los jóvenes, independiente de su procedencia, son los cachorros de nuestra especie y que a todos nos toca acompañarlos y protegerlos.

Y es que, más allá de nuestro código postal, preparación, lugar de nacimiento, ocupación y estatus, todos estamos en el mismo barco llamado Mérida y, hoy, por nuestro beneficio y el de los nuestros, para que siga cumpliendo muchos años más, toca comprometernos y aprender a remar en una misma dirección: el bien común.

La necia esperanza me dice que nos falta para pisar fondo, que aún toca sobrevivir la oscuridad antes de que amanezca; que el mundo se nos deshace de las manos y frente a esto, señores y señoras, sólo hay dos caminos: participar y comprometernos con Mérida porque somos buenos, lindos y generosos, o, aunque no queramos serlo porque nos dijeron que ser bueno es de seres débiles, somos muy inteligentes y capaces de darnos cuenta de que esto se va a poner peor y nos conviene participar, porque no hacerlo va en nuestra contra y en la de los nuestros; que aún estamos a tiempo de construir una gran ciudad donde

todos, independientemente de nuestra procedencia y actividad, hagamos bien nuestra parte, con pasión y compasión; donde tengamos voz, y nos escuchemos unos a otros; en lugar de pensar únicamente cómo abultar la cartera personal, hagamos crecer la comunitaria invirtiendo en educación y cultura, en el deporte, investigación, ciencia y tecnología; porque el asunto, queridos amigos, es ganar, ganar... ¡todos!

Mérida de mis amores,
cuna de mis raíces,
herencia de mis mayores.

Quiero como el poeta volver a afirmar:
“Mérida quien te conozca no te olvidará jamás.”

En el 478 aniversario de la fundación de la ciudad de Mérida, texto presentado por la Oradora Huésped MRM, enero 6, 2020.

LA MAGIA DE LA LUZ EN LAS TARDES DE SANTIAGO

Silvia Cristina Leirana Alcocer, Universidad Autónoma de Yucatán

De ascendencia santiaguera, buena parte de mi infancia transcurrió en la casa de mi chichí María, que está en la calle 55 entre 70 y 68; dónde ella también vivió su niñez.

En una ocasión tocaron a la puerta, al abrir, escuchamos el canto de la joven que bailaba tocando un pandero, cuya pareja era aún más extravagante: un oso pardo, sobre sus dos patas que le seguía el ritmo. Cuantiosos solecitos iluminaron nuestros cuerpos y también al oso y a los otros gitanos; luego chichí nos explicó que resultaban de la luz del Sol al reflejarse en los lentejuelones de la pañoleta que la bailarina traía en la cabeza. Ella nos dijo que el oso era, en realidad, un muchacho, su novio, víctima de un hechizo, por eso él no se cansaba de estar en pie y era tan cariñoso. Nos pidió agua, trajimos el vaso y él lo sostuvo como una persona, con sus brazos-patas delanteras y se lo llevó a la boca.

—¡Hocico! Que es un animal —Nos corregiría chichí.

—No, mira, es una persona, sólo que le hicieron un encantamiento.

—Mejor no se le acerquen. Qué tal si de repente se acuerda que es una bestia y nos desgarrar a todos. De lejos se ven los toros.

Nos hubiéramos estado ahí, todo el día y toda la tarde, pero después de platicar un rato y de guardar las monedas que les dimos, los visitantes reanudaron el baile, sólo que esta vez avanzando hacia la puerta de la casa siguiente. Mis primos y yo los quisimos seguir, pero nuestra abuela no nos dio permiso.

Otra vez pasó un hombre pidiendo caridad, lo recibió una de mis tías; él, al verla, dijo que era tan bonita como un pichel. Le pregunté a mi madre qué clase de piropo era ese y me dijo que tal vez el hombre bebía mucho y los picheles le parecían preciosos.

El Santo Cristo de la Transfiguración rige la fiesta en la Parroquia de Santiago Apóstol del 21 de julio al 8 de agosto. La celebración inicia con la bajada de la imagen. Cada día entra un gremio a la iglesia, tras lo cual se realiza la misa: los tablarroqueros, los matarifes, las señoritas de la velaperpetua, son algunas de las organizaciones que devota y ruidosamente, con fuegos artificiales

y coloridos estandartes, agradecen al Cristo la bendición de tener trabajo o una vida apegada a las normas de Dios.

A mediados de los años setenta este festejo congregaba a multitud de gente, mis primos y yo disfrutábamos mucho la feria que lo acompañaba. El cuadrángulo formado por las calles que rodean la iglesia se cerraba al tránsito vehicular y ahí se ponían juegos como la rueda de la fortuna, los carritos chocones, el pulpo, el remolino, el tiro al blanco con escopeta, las canicas. A mí el que más me intrigaba era la rifa que se hacía usando un curí, conocido en otros países como cobayo o conejillo de indias. Además, que mi abuelo tenía un amigo con ese apellido.

“La Flor de Santiago”, una antigua panadería tradicional que se ha convertido en un bar recientemente (de unos tal vez 10 años para acá), era otro de los lugares icónicos de este barrio: ahí probé por primera vez leche cortada, con mi abuelo, cuya disciplina para reunirse con sus compañeros de jubilación fue mucho mayor que la que tuvo para trabajar. Muchas veces nos llevaba de ahí pan dulce, yogurt o leche. “La Flor de Santiago” existía hasta 2010, año en que tuve la oportunidad de llevar al doctor Miguel Nieto Nuño, cuando vino a darnos las calificaciones del primer ciclo del doctorado en Literatura y Comunicación con enfoque de Estudios Culturales, impartido coordinadamente por la Universidad de Sevilla, en España y la Universidad Modelo, en México. Por trágica coincidencia, ese día después de pasar una agradable tarde, orgullosa de compartir vivencias relevantes de mi ciudad, me enteré de la muerte del otro abuelo de mis hijas.

“La Nueva Especial” es una farmacia también muy representativa de este barrio, fueron famosas sus bromas, de chicles que picaban, o que sabían a ajo; las cajas de cerillos que al abrirlas se veían vacías y que luego las volvía uno a cerrar y abrir y se llenaban. Formó parte de la tradición embromar al festejado de cumpleaños ofreciéndole un postre, y al servírselo, que él viera en su lugar la réplica de un cacharote de perro, qué puesto en un platito de pastel se veían realmente asqueroso. Como bien recuerda Teté Mézquita, la tinta invisible de “La Nueva Especial” también fue muy recurrida, para castigar a molestosos o para dejar intrigados a los indiscretos.

Los fines de semana, la tradición marcaba que tras salir del cine Rex, uno terminara la noche comiendo en algún puesto del Mercado de Santiago, principalmente en el más famoso, “La Reina Itzalana”. En tiempos de frío un

caldo de pavo era mejor que cualquier abrigo; para el postre, se acudía a helados “Polito”, ahí probé el de aguacate, aunque tenía también sabores más conocidos como el de coco, de zapote, de mamey y de guanábana. Ahí se inventó la marquesita, postre muy popular reconocidamente yucateco.

Este barrio donde crecieron mi abuela, mi madre y mis tías, ha sido locación de algunos cuentos, como *Tal vez pronto* de mi madre, Brenda Alcocer, así como de uno mío que se ambienta en la feria, dónde la luz mágica de las tardes de Santiago permite a un señor transustanciarse para seleccionar los boletos premiados de los concursantes.

Santiago en mi memoria es y siempre será una fiesta, dónde se encuentra el espíritu de gran parte de mi familia extensa. Ahí transcurrió mi infancia, mi adolescencia y mi más tierna juventud.

Referencias

Alcocer Martínez, Brenda. “Tal vez pronto”, *El Cuento. Revista de la imaginación* 29.136-137 (1997): 107-109.

Leirana Alcocer, Silvia Cristina. “El amigo Curi”, *Hilos pegajosos*. Mérida: El Gato Bajo la Lluvia, 2020, pp. 41-52.

EL SANTO OLOR DE LAS PELUQUERÍAS

Jorge Cortés Ancona

Altero el verso de *La Suave Patria*, de Ramón López Velarde, “el santo olor de la panadería”, para aplicarlo a otro de los lugares tradicionales como ha sido la peluquería. La panadería, un negocio de concurrencia general; la peluquería, en cambio, un establecimiento que en gran parte de su historia ha sido lugar de reunión masculina, más allá de los grupos de edad, salvo por algunas mujeres que empezaron a desempeñar el oficio y terminarían por romper las distinciones de género.

En el acervo popular de las historias meridianas figura un barbero que protagoniza una de las leyendas más difundidas, la de “El degollado”. Historia de engaño amoroso en tiempos coloniales, en la que un barbero despechado se corta la yugular con su navaja de afeitar. Y se dice que el sitio donde ocurrió esta desgracia es donde mucho tiempo después habría de instalarse una panadería que se llamó El Degollado y ahora es una sucursal de La Vieja. Ahí entonces se pasó del no tan santo olor de aquella barbería al santito de la panadería.

Hay olores que pueden considerarse como populares y el de las peluquerías lo es. Un olor abundante en humedad, conformado de lociones de penetrante y pegajosa emanación, el anticuado aroma del talco y el tosco del alcohol con que se limpian las tijeras y navajas, junto con una combinación de sudores, desodorantes, desinfectantes y todo lo fragante o atufado que provenga de la calle.

¿Y por qué calificar de santo ese olor? Porque la exhalación de las peluquerías está libre de toda culpa social y política en su enredo de historia colectiva, economía básica, moda de todo nivel y formas tradicionales de comunicación y convivencia.

La peluquería ha evolucionado con lentitud, con persistencias en los instrumentos, los cosméticos y el mobiliario, incluyendo el cajón para los niños y las personas de talla pequeña. La silla de peluquero que vemos en algún museo -como el del profesor Víctor Lara, por ejemplo- podría seguirse empleando sin que se notara su antigüedad. Las peluquerías que aparecen en imágenes de la Fototeca Guerra no parecen diferenciarse mucho de las actuales salvo por las

dimensiones de los interiores, lo cual tal vez daría alguna idea de lujo. Esas primeras décadas del siglo XX eran tiempos de clientela asegurada porque ostentar melena y barba ya empezaba a ser algo muy mal visto, poco higiénico, y era de buen tono cortarse el cabello y rasurarse con frecuencia.

En Mérida el trabajo de peluquero se consideró mucho tiempo como un oficio modesto y tardó en figurar en los directorios de negocios. Sin embargo, su presencia resaltaba en todos los rumbos, a diferencia de ahora, donde en la zona céntrica predominan sólo en sus partes oriente y sur y escasamente en los otros dos puntos cardinales. Los barrios tradicionales contaban con varias peluquerías y había cuando menos una en cada colonia.

El servicio de la peluquería constituye un rito donde contrastan la acción de quien corta y la pasividad del que recibe el corte, inmovilizado -si no es que asfixiado- por la sábana y atendido a la pericia del oficiante con sus indicaciones de bajar o subir la cabeza y sus preguntas sobre el estilo y el espesor de lo que eliminará, hasta concluir con el espejo detrás de la nuca para que el paciente cliente apruebe o desapruebe lo efectuado.

Además de ofrecer los servicios de corte y afeitada y a veces el de masaje, la peluquería ha sido un sitio de reunión donde va gente más que nada a conversar o a dejar encomendados productos, documentos o dinero para que otras personas pasen a buscarlos. Punto de discusión de chismes políticos, sucesos policiacos y hechos de boxeo y beisbol. Sitio de espera y de resguardo, sobre todo en tiempos de lluvia o de extremo sol, donde se mata el tiempo leyendo periódicos atrasados, revistas de política, deportes o historietas e incluso en otros tiempos alguna de aquellas novelitas de vaqueros del español Lafuente Estefanía.

Una foto proveniente del archivo del *Diario del Sureste*, casi seguramente de Goyo Méndez, tomada en la década de 1950, es evidencia de ese lento cambio. La imagen bien podría ser actual, a no ser por el niño limpiabotas, de edad menor a la de los ya escasísimos chavos que ejercen esa actividad ambulante. Pero persisten la vestimenta de los peluqueros, la sábana, la silla, el espejo e incluso la bicicleta -que bien podría ser de algún cliente- y el calendario de pared, que hasta la fecha se imprime y comercializa. Los fotografiados sonríen abiertamente, porque en las peluquerías se relatan anécdotas graciosas y se cuentan chistes y voladas. Usar esos instrumentos que bien pueden

convertirse en armas como las navajas y las tijeras obliga a relajar el ambiente, tal como sentimos al mirar esta foto.



Interior de una peluquería de Mérida en la década de 1950. El autor de la foto es muy probablemente Goyo Méndez, del *Diario de Sureste*.

Peluquerías como las de distintas partes de México y en particular las de Yucatán, sólo las he visto en Panamá, donde dos de ellas, con todo y el peluquero, no guardaban ninguna diferencia con las nuestras.

El poeta Carlos Moreno Medina contaba en 1960 cómo se alivianaban después de las reuniones de la “bohemia planchada y bien peinada” que duraban hasta el amanecer: “No hay problema; al salir temprano, se receta uno un baño de vapor en el Hotel Colón, después, barbería Lizcano, afeitada y masaje facial; luego nos aparecemos por la oficina con aire jovial, rozagantes y primaverales, como quien no ha roto un plato ni matado a una mosca” (Moreno Medina, 2013). Esa peluquería de Lizcano fue famosa por estar frente a la Plaza Grande y creo que persistió por dos generaciones más.

Existen quienes trabajan a domicilio y los instrumentos y productos de aseo que llevan en su maletín parecen los de un médico porque encontramos tijeras, pinzas, algodón, alcohol y curitas. Eso explica que hace unos 50 años un vives enamorado a una muchacha haciendo creer que era pasante de Medicina al mostrarse por las calles con una bata clínica y el mencionado maletín, hasta que fue descubierto atusando el pelo de un cliente en algún jardín de casa rica.

Es triste el paso de la edad para ejercer este oficio, sobre todo por no estar exento de riesgos. Un anciano peluquero nos cortaba el cabello a mis papás y a

mí en mi añorada casa de la calle 66. Me causaba vértigo la cercanía de esas tijeras a pesar de estar manejadas con lentitud, hasta que en una ocasión me hizo sangrar en la nuca y mi mamá sufrió un leve rasgón cerca del ojo. Apenado, el anciano no nos quiso cobrar, pero le pagamos lo que correspondía. Sin embargo, aunque nos dolió tomar la decisión, nunca más se le volvió a llamar y mi papá inventaba alguna explicación piadosa cada vez que se lo topaba en alguna calle céntrica.

Los peluqueros no parecen ser tan frecuentes en la literatura mexicana. Pero, aunque muy distante del Fígaro de las obras teatrales de Beaumarchais, en un monólogo escrito por Alberto Cervera Espejo (1977), titulado “Graciela” los personajes son un peluquero en acción y dos callados clientes denominados 1 y 2. Al peluquero se le muestra con su silla y algunos implementos, y conforme a las acotaciones ejecuta en escena la inveterada rutina. Primero un corte, que en este caso es más bien recorte de puntas, y luego la rasurada. Mientras hace su trabajo, conversa con el Cliente 1 acerca de las costumbres peluqueriles, ya que éste ha llegado a un horario desusado en el que todos están durmiendo la siesta por el excesivo calor. Horarios de tiempos donde se carecía de ventiladores o si los había no eran lo suficientemente motivadores para la clientela. Y es curioso que haga notar que en su oficio no se da fiado, debido a que los clientes sólo van a cortarse el pelo cuando tienen dinero, y si no, se esperan a tenerlo para la pelada.

Este peluquero en acción va pasando de una conversación amable a un tema trágico, el suicidio de su hija embarazada, víctima de la violencia machista y donde sólo quedaría la ley del talión para hacer justicia. En ese monólogo publicado en 1977 es interesante que casi toda la acción corporal consista en el trabajo del peluquero con su cliente sentado pasivamente hojeando una revista. Un trabajo vuelto hecho dramático, con su conflicto y su tensión, y que bien podría representarse en una peluquería con el público alrededor.

En la actualidad hay estéticas, que por lo común no tienen nada de estético, y presuntuosas *barbers shop*, pero también existe la carrera corta respectiva, la de estilista, que como en otro tiempo fueron las de secretaria comercial y contador privado, son muy socorridas para ejercer un oficio digno con que ganarse la vida. Numerosas mujeres trabajan de peluqueras (estilistas, valga el eufemismo) y pueden verse en el Mercado Lucas de Gálvez apiñadas a lo largo de un pasillo que da a la calle 65, o en el Mercado de San Benito en

algunos pasillos interiores. Sus precios son módicos y excelentes para aquellos a quienes nos escasea el cabello.

Y en todas esas estéticas unisex, *barber shops* y modestas peluquerías los cabellos caerán sobre la sábana, la ropa y el suelo y se juntarán con los de otras personas, desechos corporales que serán barridos y arrojados al bote de basura en una mezcla indiferenciada, sinécdoque y metáfora donde nos enredamos en una forma inusitada de igualdad.

No se me viene a la mente algún artista visual que en Mérida emplee el cabello humano como material, pero sí hay muchos artistas mexicanos y de otros países que lo han usado para sus obras. Y es que se puso de moda en el arte contemporáneo emplear cabello por sí solo para dibujos y superposiciones, o bien, como parte de textiles e incluso para elaborar tintas, en algunos casos aprovechando cabellos provenientes de peluquerías de varios países. Así que a lo mejor, sin saberlo, nuestra pilosidad forma parte de alguna de esas obras de arte.

Nuestra vida ha transcurrido en el paso por las peluquerías. Desde que en mi temprana niñez mis hermanas me llevaban arrastrado y pegando de gritos a la peluquería que estuvo muchos años frente a nuestra casa en Tizimín, la resignación de sufrir el cabello corto para no parecer un “sucio *hippie*” como estaba de moda (y es que en la secundaria el agresivo prefecto nos tomaba bruscamente del pelo a los supuestos melenudos y nos aporreaba contra la paleta de la silla). La molestia de las tres sucesivas idas a la peluquería y a las respectivas tomas de fotos porque la señora del Ayuntamiento que autorizaba la documentación para el servicio militar no quedaba satisfecha con mi cada vez más corto cabello y sólo me faltaba pasarme la máquina cero (menos mal que no llegamos a eso, al ponerme el figaro no sé qué menjurje que facilitó echarme para atrás mi escaso pelo). Las discusiones con el peluquero que acostumbraba ver la televisión mientras hacía su trabajo, distracción que me causaba escozor, sobre todo en los instantes de emoción futbolera. Mi sorpresa de treintañero cuando me hicieron notar que ya casi no tenía cabello en los aladares y sin proponérmelo quedara con pelada de hombre de mayor edad. Y estos tiempos donde las peluqueras hacen su trabajo conmigo en escasos minutos y para justificar el pago de 40 pesos me preguntan si me rebajan las cejas o le hacen algún arreglo a mi candado.

Muchas conversaciones, muchas lecturas de revistas y periódicos, mucho refugio de aguaceros y de baños de sol. Mucho mundo en esos odoríferos lugares de la memoria viva que son las peluquerías con sus oficiantes.

Referencias

Cervera Espejo, Alberto (1977). “Graciela”, en *3 en 1 acto*. Ayuntamiento de Mérida, Mérida, México, pp. 9-26.

Moreno Medina, Carlos (2013). “La bohemia de ayer”, en blog *Periodismo Cultural en Yucatán. Textos del escritor Carlos Moreno Medina publicados en el Diario del Sureste*, Gobierno del Estado de Yucatán, Mérida, México. Consultado en: <https://carlosmorenomedina.wordpress.com/category/literatura/page/2/> (Publicado originalmente en el *Diario del Sureste*, Mérida, México, 28 de enero de 1960).

LAS CANTINAS DE MÉRIDA ESOS BELLOS RINCONES DE ESPARCIMIENTO CULTURAL

Luis Herrera Albertos

Desde Leoncitos levantamos las copas y gritamos “feliz vida”: la que había tenido Carolina y que se acababa de extinguir. Ahí estábamos varios amigos suyos haciendo lo que nos pidió: celebrándola en una cantina cual si fuera su fiesta de cumpleaños. La tristeza y alegría juntas. Con júbilo y de luto.

Así resumo lo que es disfrutar de una copa en alguna cantina yucateca. Vamos a expiar nuestras culpas, a recordar los amores fracturados, y a contarle al cantinero el último chisme del gremio cultural. O quizá, algo más simple y cotidiano, como me compartiera Luis Pérez Sabido: “tomo tres cervezas con el almuerzo incluido por ciento treinta y cinco pesos y me voy a casa a descansar.”

¿Qué sería de un día del escritor sin continuar en *La Taberna* o *El Lucero del Alba*, después del desayuno que año con año nos ofrece la Secretaría de Cultura? Habrá que sugerir al nuevo equipo de la SEDECULTA, que decrete oficial, no sólo el desayuno, sino el after cantinero. Donde leemos nuestros últimos textos y encauzamos nuestras frustraciones en un espacio inofensivo, pero al mismo tiempo propicio para desbaratar al gobierno en turno.

En este contexto, *Le Cirque*, la galería de Jorge Gutiérrez, “Cocó”, podría ser también uno de esos rincones de esparcimiento cultural. Estoy seguro que los gritos, vociferios y amistades que ahí se han celebrado alrededor de algunos alcoholes, la ponen, a *Le Cirque*, a la altura de cualquier otra oficialmente llamada cantina. Y para quienes se pregunten, de una vez les resuelvo: no existe —oficialmente, claro— la palabra vociferio.

Hace unos quince años, el grupo de amigos de la clase de literatura decidimos salir a tomar unas frías. Fuimos al *Estado Seco*, esa cantina que se encuentra por el rumbo de Santa Ana y que es bastante amigable con cualquier grupo demográfico. El *Estado Seco* es una de las cantinas más antiguas de Mérida que se llama así porque, en aquella época, hace unos cien años, estaba en los límites de la ciudad. Después de ese punto, venía el estado seco; ya no había alcohol, pues. Nuestro grupo era pequeño, unos ocho varones y mujeres aspirantes a escritores entre los que estaba Maricarmen. Pude ver su

incomodidad dentro de este espacio que no es otra cosa que un recinto de esparcimiento cultural, que refresca el alma y la garganta. Después de pocos minutos, Maricarmen decidió retirarse. La acompañé a la puerta pretextando caballerosidad, pero lo que realmente me motivaba era saber la razón de su descompostura. Fue que me enteré que el sitio estaba en contra de sus ideas religiosas y que no era un espacio adecuado para las damas. Desde ese día, decidí dos cosas: Uno: me auto impuse la labor de democratizar y promover la asistencia a las cantinas y Dos: me puse como requisito personal que, para salir con una chica, era indispensable que ella pueda disfrutar de una velada en estos maravillosos templos del saber y del placer.

En una ocasión llevé a mi amigo Trino a que probara el frijol de tres leches en el *Bar Latino*. Cariño, anfitrión por excelencia de las cantinas de Mérida y que regenteó el *Latino* por varias décadas, lo abordó como era su costumbre, y mientras le sobaba el hombro, le ofreció su famoso frijol de tres leches. No quiero imaginar lo que pasaba por la cabeza de Trino pues mientras Cariño era Cariño, Trino iba paulatinamente haciéndose más pequeño. Entre tanto, nuestro anfitrión hacía lo suyo: encantar a los parroquianos con su carácter jovial y sus bromas de doble sentido. Hoy ya no es posible saludar a Cariño, pues ya tiene ochenta y cuatro años y está retirado, pero él fue el camino iniciático que Trino siguió en su recorrido cantinero y hoy, a pesar de su reticencia inicial, lo recuerda con todo el cariño.

Hace muchos años tuve una novia que quiso conseguir el traspaso de *La Negrita*, antes de que llegase a ser el espacio gentrificado y bullicioso que es el día de hoy. “Yo quería el traspaso de *La Negrita*”, me comentó. “Quería rescatar su historia, convertirlo en un lugar donde se pudiera tomar cursos y talleres de arte, siendo al mismo tiempo un centro de consumo.” Hoy, *La Negrita* se ha convertido en una jungla hiper turística, casi punto obligado para muchos, pero que sólo mantiene de tradición el nombre y el espejo antiguo.

Como ven, me gustan mucho las cantinas. Ahora que está de moda tomar cursillos de desarrollo personal, leer libros de espiritualidad o tener un coach de vida, yo sigo yendo a las cantinas. Ahí se leen frases profundas en sus paredes, como por ejemplo: “Dicen que tengo mucha suerte, pero me he dado cuenta que

mientras más trabajo, más suerte tengo” o “La peor tragedia de los hombres es que, antes de querer ser útiles, quieren ser importantes.”

Ahora le digo a mi novia, “mi amor, no me esperes, voy a tomar mis cursos de superación personal”.

Quisiera aprovechar la ocasión para honrar la memoria de don Rubén Soberanis, quien estuvo a cargo de la *Super Cocina Reforma*, sobre la avenida del mismo nombre enfrente de la Plaza de Toros. El “popular Soberanis”, como se le conocía, congregaba en su pequeño local a profesionistas, familias e integrantes de la comunidad cultural. Ahí saludé por última vez al malogrado Luis Luna Guarneros, y era sitio de encuentro del escritor y notario Manuel Calero, del mismo Luis Pérez o el abogado Bolio Pastrana. Recientemente me enteré del fallecimiento de don Rubén, lo cual me hizo recordar lo que me preguntaba cada vez que iba a comer a su restaurante: ¿Y cómo está Mateo?, refiriéndose a mi hijo mayor al que muchas veces llevé a comer con él. Descansa en paz el popular Soberanis.

Cuando la conocí, pensé que era demasiado fifi para una cantina. Me dije, las hay de todos los gustos y niveles, puedo iniciarla llevándola a la más segura, a la que más se parezca a un restaurante. La *Cantina La Reforma*, donde se reúnen políticos de alto pendoraje y la alcuria yucateca, fue el espacio idóneo para iniciarla. Aunque yo estaba un poco nervioso, parece que desbloqueé el primer nivel. “Es oreja adobada”, le respondí, cuando me preguntó qué estaba comiendo.

Mi segundo intento, tratando de ir un poquito más profundo, fue en *La Ruina*, ahí donde te dan de comer de manera generosa y hasta te ofrecen un menú para escoger tu platillo principal. “Ya chingué”, dije para mis adentros; “voy a dar el último paso”. “Ahora vamos a una más populachera.” “¿Ah sí?” – Me preguntó– “Pensé que ésta ya lo era bastante”.

La tercera parada fue en *La Atómica*, un semi tugurio que está a la vuelta del mercado grande. Ya adentro, me cuestioné si no se levantaría para no volver a verme jamás y cerrar ese triste capítulo de su vida. Después de dos bocados de hígado encebollado, me pidió una moneda de diez pesos, puso a Natalia Lafourcade en la rockola, y me la bailó junto a la mesa:

Nunca es suficiente para mi

Porque siempre quiero más de ti
 Yo quisiera hacerte más feliz
 Hoy, mañana, siempre, hasta el fin
 Mi corazón estalla por tu amor
 ¿Y tú que crees que esto es muy normal?
 Acostumbrado estás tanto al amor
 ¿Qué no lo ves? Yo nunca he estado así
 Sí, de casualidad, me ves llorando un poco es porque yo te quiero a ti.

Ese día desbloqueé el último nivel y compartimos juntos grandes momentos de nuestras vidas.

Pueblo Nuevo ya no existe; estuvo a sólo una cuadra del parque de *La Plancha*, y tenía todos los elementos a destacar de una cantina: te servían sabrosas y picantes raciones de relleno negro, pollo en mole o lomititos de Valladolid. El servicio estaba a cargo de Rebeca y otras no siempre tan amables damas que sabían destapar su propia caguama pero mantenían la prudente distancia con los comensales. Ibas al baño, y el olor a “wiix” era permanente: algo así como una condición necesaria de la cantina. Fue ahí en *Pueblo Nuevo* donde el escritor Víctor Garduño prometió una invitación a su casa para comer huevos con longaniza. Dicen que prometer no empobrece, sino dar es lo que aniquila. Este dicho aplica de maravilla porque la invitación relatada nunca se materializó y *Pueblo Nuevo* cerró. Para la buena de los asiduos a dicho lugar, el propietario abrió a pocas cuadras el *Bar Oriente*, ahora sobre la calle cincuenta y siete, y ahí se llevó el mismo sabroso y picante menú, servido por Rebeca y sus no siempre tan amables y caguameras compañeras, y logró, a los pocos días, que el característico olor a “wiix” impregnara el lugar.

Quiero agradecer a Sarita Poot, con quien comparto el hermoso apellido Herrera, la oportunidad de contarles estas personalísimas estampas cantineras. Y como hace ocho años, cuando levantamos nuestras copas celebrando la vida de Carolina Luna el día de su fallecimiento, hoy propongo también celebrar la vida, la amistad y la literatura y que vayamos a una cantina al terminar este encuentro. Pongamos todos de nuestra parte, después de que nuestros riñones hagan lo suyo, para mantener el peculiar aroma del Bar Oriente. Muchas gracias y larga vida a este encuentro. ¡Salud!

CUITAS DEL BUEN SAMARITANO

Edgardo Arredondo

De unos años para acá, como si fuera San Miguel Allende chiquito, el centro histórico de Mérida se ha llenado de extranjeros. Manejaba una mañana hacia mi consultorio en la Central Pediátrica cuando de pronto di un frenón y me detuve. Quiero suponer que la escena que veía era resultado de esta “docta ignorancia” del fuereño. Ante mis ojos, un gringo le estaba cayendo a palos a una zarigüeya. Me bajé y en uno de mis escasos exabruptos del idioma inglés que recuerde, le lancé: “Hey, man! What are you doing? ¿Are you crazy?”

He de decir que el tipo enorme, pelirrojo, barbudo, con short, sin camisa, bastante mamalón, blanco como la leche y con tatuajes en los brazos, pasaría sin filtros como un veterano de guerra. Se me enfrentó y me espetó palabras con su jerga en inglés, de la que sólo entendí “big mouse”. Así que, aquel sobrino del Tío Sam, tal vez pensando que era una rata gigante, le andaba propinando severa madriza al marsupial. Desde luego, ya con el tráfico detenido, algunos cláxones tipo mentada de madre y vecinos fisgones procedí, como decimos, a mano pelada, a levantar al maltrecho marsupial por la cola –he de decir, un macho bastante grandecito, de unos tres kilitos–. Abrí la cajuela de mi carro y dejé al animalito en apariencia moribundo. Al llegar a la Clínica me comuniqué con una amiga, a su vez amiga de la directora de una agrupación protectora de las zarigüeyas.

Recuerdo que, en otra ocasión, cerca del mediodía, en una curva de un libramiento en el Periférico había un gatito maullando en medio de la carretera. Me detuve, corrí esquivando a dos conductores, con sus respectivos saludos maternos, y rescaté al minino. Lo deposité unos metros más adelante, detrás del muro de una casa.

Crecí con este complejo de héroe improvisado, complejo que, debo afirmar, se incrementó al estudiar Medicina. Siendo médico nunca me importó salir en ayuda de quien lo necesitara sin que me pusieran la batis señal ni vibrara mi sentido araña. Lo mismo hacía en el hospital, desde meterme sin que me lo pidieran en el grupo de médicos encargados de una RCP, echarle la mano a un compañero en el quirófano cuando se le aparecía el diablo, o fuera de horas de trabajo, saltando a la palestra cuando me topaba con algo, como la vez en que

estaba de compras en la Comer..., yo no voy al súper..., ¡mentira vil!, es broma, de hecho, fue en el supermercado donde cuesta menos, y observé a una pareja desesperada dándole palmadas en la espalda a una niñita ya flácida y con el rostro azulado. Era claro que se ahogaba; raudo y veloz le apliqué la maniobra de Heimlich y en seguida arrojó una enorme bola de chicle. Los padres, asustados, no podían ni hablar, apenas me sonrió el papá, mientras la nena lloraba, creo yo que desconsolada por perder su goma de mascar.

Una noche me dirigía a mi casa cuando a media calle la gente cerraba el paso, rodeando un carro compacto que se encontraba llantas para arriba y atravesado. Había entrado un nortecito, hacía frío, o como decimos aquí en Yucatán, “heladez”, por lo que al salir del hospital no me quité la bata clínica. Me estacioné y me bajé. Las ráfagas de viento helado movían mi bata como si fuera una capa de superhéroe, y sí, ahí estaba como Bruce Wayne o un anónimo ciudadano dirigiéndome al automóvil siniestrado. La muchedumbre se apartó cuando me vio llegando como Batman en El caballero de la noche. La verdad no había mucho por hacer: la conductora, joven y atractiva, estaba de cabeza, sostenida con el cinturón de seguridad y hablando por su celular. Le golpeé varias veces la ventanilla y me ignoró. “No hace caso”, decía la clásica señora metiche de esas que no paran de hablar. No vi ninguna huella de sangrado, movía perfectamente las manos, porque no dejaba de textear en su teléfono, así que deduje que al menos cabeza, cuello y extremidades superiores estaban bien, sin compromiso sistémico; en pocas palabras, si abría la ventanilla, la ayudábamos a salir..., pero la mujer nos ignoró.

En pocos minutos las torretas bañaban con luces multicolores el lugar. Ya estaban las patrullas, una ambulancia, una camioneta de antimotines y hasta una enorme grúa. Entonces, de uno de los vehículos se bajó el mismísimo comandante Saidén, para la fortuna de los que vivimos en Yucatán (por favor, es mi opinión), nuestro jefe casi vitalicio de la Secretaría de Protección y Vialidad, a quien ya conocía. Le estreché la mano y le di los pormenores: “No está inconsciente, no parece tener graves lesiones, pero no más no quiere salir”. El hombre esbozó una amplia sonrisa y dio unos golpecitos a la ventanilla, la mujer seguía en lo suyo con el teléfono. Rodeó el carro, de nuevo se inclinó, dio dos golpecitos más, ahora en el parabrisas..., la fémina ni se inmutó. Se alejó, se reunió con su gente y unos seis elementos voltearon el carro, el cual fue subido con todo y conductora a la grúa y se acabó el espectáculo. Al día

siguiente nada en la prensa, nunca supe quién fue la misteriosa dama del carro volteado.

Así, siempre pendiente, cuando manejando pasaba por un sitio o incluso era testigo del accidente, me bajaba en lo que llegaban los paramédicos a prestar mis servicios, ya ni recuerdo cuántas férulas hechas con periódicos doblados, improvisados torniquetes y hasta maniobras de RCP realicé.

Nada me hizo cambiar de conducta, ni la vez que ya hacía guardias en la T-1 del IMSS y además trabajaba en la Cruz Roja (cuando era la Cruz Roja y no lo que es ahora), además de chambear en mi consultorio particular. En esa época me sentía como aquel personaje de las películas de Pedro Infante que entraba corriendo a su casa y gritaba: “Ya vine, vieja”. Minutos después salía corriendo y gritando: “Ya me voy, vieja”. Así era mi vida de aquellos años. Eran alrededor de las ocho de la noche, me había retirado del edificio antiguo de la Benemérita, situado en el centro de Mérida, tomé la avenida Itzáes para dirigirme a la T1 y justo al pasar frente al Hospital O’Horán un sujeto se atravesó intempestivamente. Conducía un Renault 12; no pude hacer mucho, traté de esquivarlo, poco me faltó para quedar adentro de la farmacia de la esquina, pero no pude, con el ángulo izquierdo le pegué, el tipo se elevó, escuché un seco ruido en el techo y por el retrovisor observé a mi damnificado caer al asfalto. Me detuve unos cincuenta metros después; mientras corría para auxiliarlo analicé, por la arruga en el capirote de mi carro y el mecanismo de lesión, los probables diagnósticos, y admito con una mezcla de vergüenza y soberbia que le atiné. Tenía una fractura en el húmero izquierdo y una fuerte contusión en el muslo derecho, pero lo que más recuerdo en él fue el fuerte zapotazo a licor del barato que se estrelló en mi cara como una bofetada. El hombre estaba más intoxicado que una torunda alcoholada. Lo coloqué en buena oposición, de hecho, lo primero que hice fue interponerme para detener el tráfico en lo que llegaban los paramédicos. Minutos después arribó una de nuestras ambulancias de la Cruz Roja; desde luego, reconocí de inmediato a mis compañeros socorristas, que me ayudaron a inmovilizarle el brazo fracturado, vendarle algunos raspones y colocarlo en una camilla. A sólo unos metros estaba del hospital donde iba a ser atendido. Afortunadamente no fue nada grave. Antes de partir, uno de los elementos se acercó dándome una palmada en el hombro para decirme sonriente: “¡Caramba, doctor, qué orgullo conocerlo, usted como siempre, ayudando a la gente!” A lo cual encogí los hombros y

sonrojado contesté: “No, pues, es que yo lo atropellé”. Al irse la ambulancia fue cuando me percaté del escenario: dos patrullas con sus torretas y medio centenar de mirones. La gente comenzó a vociferar y una lluvia de flamígeros dedos me apuntaba: “Fue él... fue él”, “que no se pele, policía”, “es ese señor y ahí dejó su coche”. Sí, de pronto ya no era Batman ni Supermán, como con Jesucristo la muchedumbre casi gritaba: “¡Crucifiquenlo!” Así fue como conocí el interior de una patrulla. En el asiento de atrás, separado por una rejilla metálica, estaba el héroe caído en desgracia. Me despedía de mi señor padre que acababa de llegar para tratar de impedir que se llevaran mi carro al corralón. Estuve en el antiguo edificio de la avenida Reforma unas tres horas detenido, mientras llegaba el reporte del peritaje final. Por fortuna fui liberado, e incluso al filo de las doce de la noche me estaba reportando con el subdirector de la guardia en el IMSS. Me mantuve informado del estado de mi víctima por un amigo que trabajaba en el hospital, a los tres días fue dado de alta y tuvo una muy buena evolución.

Mérida ha cambiado. Nos estamos convirtiendo en una ciudad caótica en relación con el flujo vehicular. Aun así, no puedo reprimir a mi buen samaritano, aunque a veces me lleve uno que otro chasco. La última vez que me detuve fue más por curiosidad, dos carros lujosos habían chocado, lo relevante: las dos conductoras, dos rapazuelas, “gente bien”, como se decía en mi época, felices abrazadas tratando de tomarse una *selfie* delante de sus carros abollados, mientras los de las aseguradoras hacían su trabajo. Me acerqué solícito para preguntarles si estaban bien, si podía ayudarlas; una de ellas sonrió y sin contestarme me dio su celular: “¿Nos puede tomar una foto, señor?”

A VECES GIME SORDAMENTE UNA VELETA



POBRES PIBES...

Silvia Káter, o “Silvia Cráter de Chicxulub”
(septiembre de 2024)

Qué curioso... cuando se trata de definir mi identidad, no se mezclan, en el gentilicio, los dos países: aquél en el que nací, y en el que vivo desde hace 45 años. Se funden, sí: Argentina... pero no con México, sino con Yucatán. Entonces, me definen como “Yucaché” o “Argeyuca”, o “Yucargentina”, o “Yucatina”. Eso habla de que el Ser Yucateco es, realmente, algo muy fuerte y significativo. Lo sabemos, lo requete sabemos; cuántas veces no habremos escuchado contestar, a la pregunta de algún extranjero “¿Eres de México?”: “No. Soy de Yucatán”. O decir “Tengo que viajar a México”, en lugar de nombrar a nuestro destino como “Ciudad de México”. Ser yucateco está por encima de cualquier duda identitaria. La verdad... este rasgo me encanta.

Pero no siempre me encantó. De eso vengo a hablarles. De mis penas semánticas. De mis golpes semióticos. De mis vergüenzas verbales de closet.

Llegué de México... perdón, de la Ciudad de México, que en ese tiempo se denominaba Distrito Federal, o mejor dicho “De Efe”, en compañía de mi esposo y de mi primer hijo en mi vientre. Era agosto. Ya sabemos que en Mérida hay dos estaciones: el verano y el infierno. Pues llegué al segundo. Además, las embarazadas sienten entre dos y cuatro grados más de calor que el resto de los mortales, los desembarazados. Rentamos una casita en la Colonia Alemán, cuya arquitectura, todos lo sabemos, era una reproducción de la del centro del país: techos bajos, y materiales contrarios a toda lógica referente al clima, con una inercia térmica apabullante, insoportable.

La dueña de la casa que alquilamos, Doña Coralia, era nuestra vecina. Fui, la primera noche, a preguntarle si tenía un ventilador para prestarnos, porque estábamos a punto del desmayo, del golpe de calor, del insomnio extracalórico (no sé si es un término médico, pero creo que los psiquiatras deberían incluirlo en su vocabulario científico). Me atendió una joven, creo que era su sobrina, que me dijo: “Doña Coralia está gustando, y no le gusta que la interrumpan”. Me quedé de una pieza. ¿Está “gustando”? ¿Estaría saboreando ricos manjares? ¿Estaría degustando una cena en grata e íntima compañía, y por eso le disgustaba que se le interrumpiera? Lo único que entendí, fue que no

podría hablar con ella. La muchacha percibió mi cara desencajada, mi sudor excesivo, y me dijo “Doña, ¿qué desea? Tal vez yo le pueda servir”. Me volvió el alma al cuerpo, y le rogué, le supliqué que me prestaran un ventilador, aunque fuera muy pequeño. Sonrió sarcásticamente y me dijo “Cómo se nota, Doña, que son ustedes *huaches*; no aguantan nada; la noche está fresca”. No entendí lo de “*huaches*”, y tampoco entendí por qué me llamaba “Doña”, si era yo una joven veinteañera. En Argentina se les llama Don o Doña a personas adultas mayores. Me enojé, pero no lo demostré. Le dije a esa jovencita impertinente que, efectivamente, no estábamos acostumbrados a esos calores, y que al día siguiente saldríamos a comprar varios ventiladores... Se conmovió, se metió a la casa, y me trajo un muy pequeño, aunque preciado remedio a nuestro estado de creciente desesperación. Pudimos conciliar el sueño.

Al día siguiente, entre nuestras compras de abanicos de mano, de pie, de piso y de techo, tuve oportunidad de investigar el significado de “*huaches*” (no me cayó muy en gracia el epíteto que generalmente endilgan a los fuereños) y de enterarme que “Doña” quiere decir “Señora”, no importa la edad. Como yo estaba notablemente embarazada, ya no podía ser llamada “señorita”. Era, sin duda, una señora, una Doña. También supe que “gustar” es ver la televisión. Seguramente Doña Coralía había estado gustando su telenovela favorita, y no soportaría perderse un beso pasional o una bofetada de la suegra de la protagonista, por culpa de una vecina inoportuna y pedigüeña. Faltaba más.

Frente a mi casa de la Alemán, vivía Doña Sofía, una señora mayor, simpatiquísima, generosa, muy amable, con la que solía yo conversar algunas tardes; le contaba sobre nosotros, las razones por las que habíamos decidido vivir en Yucatán, y me gustaba también escuchar sus propias historias. Un día me dijo: “Silvia, estás hermosa”. Me puse como pavo real, le agradecí, le di un beso, y me fui a contárselo a mi marido. Ya saben: aunque muchas mujeres nos sentimos muy contentas al estar embarazadas –cuando es un bebé tan deseado, como lo fueron mis hijos– de todas maneras, no nos sentimos muy cómodas con la nueva forma de nuestro cuerpo. Tenemos dudas sobre cómo recuperaremos la esbeltez, las proporciones “normales”. El piropo de Doña Sofía, pues, me cayó como una caricia al ego. Se lo conté, días después, a Maricarmen, una de mis primeras amigas yucatecas, y ella... se carcajeó. No entendí su reacción. La mentecata me explicó, con una crudeza que me chocó, que “hermosa”, en Yucatán, significa “gorda”, “con kilos de más”. Claro, como ya estaba yo en el

octavo mes de embarazo, Doña Sofía quiso decirme que ya se notaba que faltaba poco para que diera a luz. Mi hermosura, pues, no tenía el sentido de belleza que yo, crédula, tanto había agradecido...

Uno de aquellos días me subí a un taxi, y le indiqué al conductor, en tres palabras, la dirección a la que debía llevarme. Al ratito, y sin que mediara conversación alguna, me preguntó, o más bien yo le escuché “¿Su esposo también es “che”, como usted?” Me quedé estupefacta. ¿Cómo podía saber ese hombre que yo tenía esposo, y que era argentina, o sea “che”, si no había dicho yo más que una brevísima frase, en la que era imposible que notara mi acento? Se lo pregunté. O sea, le lancé a bocajarro mi extrañeza ante sus insolentes suposiciones... Se rió, y me explicó: “Pensé que seguramente usted tiene esposo, porque está embarazada, y no dije “che”, sino “chel”. “¿Chel? ¿qué es eso?” le espeté. “Güero, rubio”, me contestó. Me reí, nos reímos, “Don Sherlock Holmes taxista”, y yo.

Continúo con el tema de mi embarazo y de mis embarazosas circunstancias. Me inscribí, casi inmediatamente llegando a Mérida, en el Centro Psicoprofiláctico para el parto. Encantada, curiosa, deseosa de aprender para llegar a dar a luz con la mejor preparación. Entré a la primera clase. Una sensación muy grata, entrañable, me invadió, al verme rodeada de tantas mujeres en mis mismas circunstancias: panzonas muy dispuestas a enfrentar ese período, y lo que sigue, con apertura a técnicas corporales, mentales y emocionales lo más adecuadas posibles. La instructora me pareció maravillosa: con dominio de su profesión, segura y amorosa. Con voz muy dulce, comenzó a hablar de varios asuntos relacionados con la mujer gestante y con el, o la, bebé, tales como: “Cuando les corten el *tuch*...” o “Es muy recomendable que hagan *chuchú*”... o “Es frecuente que el nené tenga *chok nak*”... Me sentí analfabeta. En la primera oportunidad, me acerqué a la dulce profesora, y le dije, con bastante timidez: “Discúlpame, Ana Alicia, necesito traducción simultánea... entiendo la mitad de lo que dices”. Fue muy bonito apreciar su cara de asombro, su sonrisa y, luego, recibir sus explicaciones: ombligo, amamantar, cólicos...y un largo etcétera.

La Colonia Alemán era, o tal vez siga siendo, no lo sé —ojalá sí— una zona de costumbres muy particulares. Por ejemplo, pasaban vendedores de casi todo: ropa vieja, muebles nuevos o usados, plumeros, horquetas para bajar frutos de árboles altos, periódicos, leche al pie de la cabra, o sea, ordeñada a vistas de las

compradoras, etc., etc. Era fantástico escuchar el pregón “¡Leche de chiva!” y el tintineo de los cencerros, cuando se acercaba el rebaño de cabritas. Llegó octubre, y se agregaron otros artículos que se vendían, a grito pelado: “¡Pibes enterrados, deliciosos, calientitos! ¡Compre, marchanta, pibes, pibes!” Escuché eso, me abracé el vientre, debo haber quedado lívida, y, aterrada, pensé: “¿Habré llegado a un lugar de caníbales?” Fueron segundos espantosos, de verdad. Y no se rían... pónganse en mis zapatos, y aunque no estén embarazadas, imagínense que van a Argentina, y que de repente escuchan algo así como “¡Chavitos enterrados, deliciosos, compre, compre, chamaquitos sabrosos!” No existe eso allá, no, claro que no, pero supongan que sí. ¿Qué significa “chavitos” o “chamaquitos” para ustedes? Ah... ¿verdad? ¿No sentirían terror? Lo ÚNICO que significaba para mí la palabra “pibes”, era niños, nenes, chiquitos. Y por más que he dicho muchas veces “Me quiero comer a besos a ese bebé”, no soy de naturaleza antropofágica.

Corrí, volé inmediatamente hacia la casa de Doña Coralia, que, afortunadamente, no estaba gustando en ese momento. Agitada, con el corazón galopando, le pregunté “¿Qué son los pibes que están vendiendo?” Me respondió: “Tamales”. Medio me calmé, pero volví a aterrorizarme cuando completó su frase “Tamales que se hacen para los Días de Muertos”. Otro golpe a mi sensibilidad. Nuevamente acaricié a mi bebé en gestación, protegiéndolo instintivamente de esas presuntas aberrantes costumbres locales, y esperando que no fuese cierto lo que dicen, que los nenés perciben todo, incluso cuando están en la panza de la mamá. Musité: “¿Y de qué están rellenos esos tamales?”. “De carne” me contestó ella, como diciendo “Obviamente... qué ignorante eres”. Con voz casi inaudible seguí interrogando: “¿Carne de qué?” –“De puerco y de pollo, por eso también les llaman mucbipollos a los pibes”. Luego siguió explicándome que se hacen con masa de maíz mezclada con achiote, que el relleno lleva también tomate, cebolla, epazote, y que los auténticos se cocinan bajo tierra, pero que ya hay mucha gente que los hornea, etc. Sus palabras me sonaban ya como una cristalina cascada de alivio. Sentí que la felicidad volvía a mí. Que podía confiar en que Yucatán no era tierra de caníbales.

Como “xix” de esta parte de mi relato, quiero contarles que, mucho tiempo después, le platiqué mi experiencia tragicómica al gran Héctor Herrera, a nuestro icónico actor de teatro regional, Cholo. Se rió muchísimo, y lo incluyó, como sketch, en una de sus obras. Allí me mencionaba, pero no como Silvia

Káter, sino con un nombre artístico que me inventó: “Silvia Cráter de Chicxulub”. Lo adoré. También Raquel Araujo incluyó esta anécdota, en la obra “La Chispa del Vodevil”, en la que yo representaba a una doñita argentina... y despistada.

También el acento yucateco, el más auténtico y marcado, me produjo algunas confusiones. Un día tocaron el timbre de mi casa, le pedí a Lupita, mi ayudante, originaria del pueblo de Huhí, que por favor atendiera, porque yo estaba “dando chuchú”. Fue, e inmediatamente regresó, se acercó a mí y me dijo: “La busca un señor, de la CIA”. –“¿Cómo, de dónde, qué quiere?” Le pregunté, espantada, porque, pensé: ¿qué tiene que hacer alguien de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América, buscándome a mí?! –“Pues eso me dijo, que es por lo de la CIA”. –“Lupita, por favor, no te entiendo bien ¿qué más dijo ese señor, qué quiere?” Entonces la preciosa joven, maya hasta la médula, me completó el asunto: “Es el que arregla el PETATÍO de la SÍA”. Respiré aliviada, y comencé a entender que aquí, en Yucatán, la “ll” y la “y” se pronuncian, frecuentemente, como “i”. Uffffff...

Hay más, mucho más, como mi estupor al ir a comprar plátanos, y que me dijera el vendedor del mercado que “*ya se gastaron*”, o al pedir el periódico “Uno más uno”, que el del expendio me dijera que “*ya se gastó*”. Me sonaba rarísimo. ¿Cómo sería posible que esas frutas o esos papeles se luyeran, o envejecieran, como suelas de zapatos? Extrañísima forma de expresar que “ya no hay”. Ahora, después de tantos años de vivir acá, *no se me gasta* la alegría y la admiración por esta tierra. No *se me retienta mi huá* porque no soy de origen maya, pero casi lo siento así, cuando me enojo. Le *presto* dinero al Banco. A veces *no busco* las cosas, aunque las busque. Me encanta *hacer moloch* con los cuates, *gustar* algunos programas, *arrellanarme* contra las hermosas albarradas, *aplatanarme* cuando estoy cansada, y lanzarles un “¡*Uay, qué hiciste, mentecato chiquito!*” a mis nietos, cuando hacen alguna travesura. También, aunque esté *hermosa*, bastante hermosa, preparo *pibes*... o los encargo, sin falta, cada 1° de noviembre. Claro que los 25 de mayo y los 9 de julio, sigo preparando empanadas argentinas, y locro, y choripanes, porque sí, claro, soy “yucaché”.

- (1) *Este texto fue escrito para ser leído, preferentemente, en voz alta, con la sugerencia de respetar, tanto como sea posible, los acentos correspondientes, dependiendo de cada frase: el argentino y el yucateco. De esa manera se podrá lograr una comprensión más cabal del contenido.*

- (2) *Huaches: en Yucatán, denominación a las personas provenientes del territorio mexicano, ajenas a la península.*
- (3) *Xix: sedimento, también se usa para decir que es ya lo último.*
- (4) *Huá, o uah, o uaj: mancha de nacimiento llamada mongólica, de pigmentación azul verdosa, en la espalda baja, muy frecuente en las personas mayas. “Se le retentó su huá” significa que se puso de mal humor.*
- (5) *Hacer moloch: juntarse.*

DONDE LA MEMORIA ES ESCLAVA DÍAS DE CINE EN LA MÉRIDA DE ANTAÑO

Carlos Martín Briceño

Porque el cine no es sólo una industria

De evasión

Es ante todo

El único lugar

Donde la memoria es esclava.

Jean-Luc Godard

1.-Tres de Tarzán

En mi niñez, mis padres nos permitían ir los domingos al cinema San Juan acompañados de Chela, la señora que trabajaba en nuestra casa. Íbamos mi hermano Enrique y yo felices, provistos con media docena de sándwiches de jamón y queso y un termo Coleman lleno hasta los bordes de limonada. Bien sabíamos que una vez que traspasáramos las gruesas cortinas de fieltro de la sala principal, no saldríamos de allí sino hasta las tres de la tarde, con los ojos saturados de seis horas de matiné.

Tres de Tarzán, eso era lo que veíamos, cintas en blanco y negro producidas por la Metro- Goldwyn-Mayer e interpretadas por Johnny Weissmüller, el célebre actor de ascendencia aria que antes de volverse el rey de los monos, había reunido cinco medallas de oro en las olimpiadas de París en 1924 y Ámsterdam en 1928; el mismo que se enamoró perdidamente de Acapulco cuando filmó su última cinta en el puerto, al grado de que junto con John Wayne compró un hotelito frente a la bahía y en sus inmediaciones, en el punto más alto del acantilado, construyó su famosa casa color rosa con reminiscencias africanas.

Entonces las salas de cine eran una fiesta donde no estaba invitado el silencio. Sobre todo en la matiné dominical del cinema San Juan, donde se permitía la entrada a todo tipo de mercaderes. Antes de que diera inicio la función, recorría los pasillos el vendedor de semillas de calabaza y cacahuete, un hombre de nariz aguileña y lentes de fondo de botella, que cargaba sobre los hombros dos bolsas de lona de gran tamaño unidas entre sí. En la bolsa

izquierda, los pequeños envoltorios de papel de estraza con semilla de calabaza tostada; en la derecha, las de cacahuete horneadas con sus cáscaras. Su pregón, cómo olvidarlo, con una voz gangosa particular, era inconfundible: pepita y cacahuete, cacahuete y pepita, pepita y cacahuete...

A la hora del intermedio se apoderaba de la sala el barquillero. Portaba un recipiente de metal de aproximadamente un metro de alto, cilíndrico, que colocaba en el suelo mientras era rodeado por los niños que demandaban ruidosamente ser atendidos.

Más tarde, en lo más emocionante de la película, cuando el calor en el cine se había vuelto insoportable, en plena oscuridad llegaba con sus cubetas hasta tu lugar el vendedor de refrescos con sus burbujeantes botellas de Coca-Cola, Mission, Orange Crush, Sidra Pino y Cristal sumergidas en hielo.

Pero cuando en la pantalla Tarzán hacía su primera aparición colgado de una liana lanzando su peculiar grito, ocurría la verdadera rebambaramba. En ese instante el recinto se llenaba de imitadores que pretendían emular el sello acústico del hombre mono, sin saber que esta tarea era imposible, pues el grito, inspirado en los cantos tiroleses que el padre de Jhonny Weissmüller solía escuchar en su fonógrafo, era una mezcla creada artificialmente en los estudios de Hollywood y que incluía un alarido del propio Weissmüller, el aullido de una hiena, una nota ralentizada cantada por la soprano Lauren Bridges, el gruñido débil de un perro y el raspado de la nota sol en un violín.

Ya en la calle, tras salir del cine, recibíamos con reticencia el golpe de sol en los ojos. Sin hacer caso de las advertencias de Chela, mi hermano y yo corríamos al parque de enfrente, de pronto convertido en selva: cataratas en lugar de fuente, lianas en vez de columpios, leones salvajes en sustitución de los perros callejeros.

De todo esto hace más de cincuenta años. De vez en cuando paso en mi automóvil frente al parque donde transcurrió parte de mi infancia y me resulta inevitable detener la mirada en el supermercado que ocupa ahora el edificio que albergó el cinema San Juan. Observo el movimiento de las personas que salen indiferentes con sus bolsas atiborradas de mercancía sin imaginar que alguna vez, en ese mismo lugar, se materializaron los sueños de miles de personas a través de la magia del celuloide.

Nada es para siempre, de eso estoy consciente, pero de vez en cuando vale la pena indagar y recobrar el pasado a través de las letras. No en balde la

nostalgia, parafraseando a Gabriel García Márquez, suele ser la materia prima de la escritura.

2.-El cielo puede esperar

—Tienen permiso para ir, pero por ningún motivo vayan al baño solos ni hablen con extraños —dijo mi madre—. Acto seguido nos dio el dinero de las entradas y regresó a atender al paciente que había dejado en el sillón dental, literalmente, con la boca abierta.

Al cine Mérida íbamos a pie, quedaba a cinco cuadras del consultorio de mis padres y ningún adulto debía acompañarnos. Estaba a punto de cumplir trece y aunque mi primo Ariel y yo sentíamos gran curiosidad por ver *El expreso de medianoche* en el Fantasio, esa tarde de agosto del 78 elegimos *El cielo puede esperar*. Estábamos seguros de que, al llevar a mi hermanita, jamás iban a dejarnos pasar a ver en el Fantasio aquel filme del gringo preso en Turquía, anunciado con clasificación C.

Por esa época el Mérida lucía aún algo de su pasado esplendor, su estilo *art déco* de mediados del siglo XX me seguía pareciendo elegante, pese a que, como gran parte de los cines de la época, había caído en las ávidas manos de la Compañía Operadora de Teatros. Faltaban varios años para que el Mérida cerrara sus puertas por quiebre y muchos más para que fuera rescatado y convertido en el Teatro Armando Manzanero.

La sala estaba casi vacía. Poca gente acudía a la función de las cuatro cuarenta y cinco de la tarde, y todavía menos durante la temporada veraniega, cuando buena parte de los meridianos prefería juntar sus viejos pesos para viajar a Progreso, darse un buen baño de mar y comer un sabroso pescado frito.

Tomamos asiento en una fila ubicada a la mitad del recinto, muy cerca de la dulcería que se hallaba adentro de la sala, para poder ir rápidamente por palomitas y refrescos durante el intermedio. Hacía calor, pero la brisa de los enormes ventiladores que llegaba de cuando en cuando hasta nosotros, amainaba el bochorno reinante en el sitio. ¿A quién podía importar este detalle cuando en la pantalla, casi al principio de la película, el protagonista que iba en bicicleta era súbitamente atropellado y herido de muerte?

Poco a poco, aquella trama inocentona del jugador de fútbol americano que por el despiste de un ángel es llevado al paraíso antes de tiempo, comenzó a ganarnos. Nuestra atención estaba fija en aquella divertida comedia de enredos

encabezada por Warren Beatty, el galán de moda de la época, y en la que desde un inicio se establecía una complicidad tácita entre el espectador y el simpático personaje del millonario interpretado por Beatty.

Quizás por eso el tipo que estaba sentado a mi derecha tuvo que insistir tanto para que le hiciera caso. Al igual que mis acompañantes, todos mis sentidos estaban dirigidos a la pantalla, pero desvié la vista hacia él en cuanto me rozó el hombro con los dedos. En la penumbra, me percaté de que, con ayuda de una pequeña linterna, el hombre señalaba la imagen central de un libro de pastas duras que traía abierto sobre las piernas. Quería que yo mirase, insistía en que me fijara. Fue cuando caí en la cuenta de qué se trataba: era la fotografía de una mujer desnuda, rubia y curvilínea, tumbada boca arriba sobre una alfombra de piel de tigre. El pubis, copioso de oscuros vellos, contrastaba con la blancura de su cuerpo. Al fondo, una chimenea encendida.

Tal vez por mi aturdimiento —y porque la imagen llamó fuertemente mi atención—, en vez de cambiarme de lugar, quedé paralizado, escuchando lo que el hombre hablaba. Mentiría si dijera que recuerdo bien sus palabras, pues entre el diálogo de los artistas del filme y las risas de los asistentes, era complicado entender. Lo que no olvido es la invasiva sensación de su mano sobre mi pierna y el intenso tufo a cigarro que salió de su boca cuando acercó su rostro al mío y soltó:

—¿Quieres ver más? Vamos al baño

Allí fue cuando se encendieron mis alarmas. Recordé la perspicaz advertencia de mi madre, abandoné el asiento y supliqué a mi primo y a mi hermanita que nos cambiáramos de sitio. Absortos como estaban en la historia del millonario angelino, no entendían el porqué, pero ante mi exigencia, no les quedó otro remedio que aceptar.

Aún clareaba cuando salimos del cine. Pasado el incidente logré seguir viendo la película como si nada, pero en mi cerebro rondaba sin cesar la imagen de la seductora mujer de aquella revista, en mis oídos la voz cavernosa del hombre y en mi olfato el desagradable hedor de su aliento. Todavía hoy, cuando acudo al ahora Teatro Armando Manzanero y recorro los pasillos en busca de mi asiento, imagino que en cualquier momento apagarán las luces, comenzarán a rugir los antiguos ventiladores y en el escenario, en vez de la obra anunciada, aparecerá en pantalla el león rugiente de la Metro anticipando que en breve dará inicio *El cielo puede esperar*.

3.-El deseo y la luna

Algunas veces, cuando el calor en las aulas de la preparatoria vespertina del Colegio Americano se volvía insoportable, me escapaba en búsqueda de un poco de fresco al viejo cine Rex donde, ocasionalmente, solían pasar filmes de festivales europeos.

Quedaba a sólo dos calles de la escuela y era fácil huir de la segunda clase para alcanzar los cortos promocionales antes de la función de las cinco. Nunca tuve problemas para entrar a las películas para adultos. El encargado de la entrada no se preocupaba demasiado por verificar la edad de los asistentes.

Así fue como a los diecisiete vi *Deseo por la mujer madura*, una cinta canadiense “para mayores de veintiún años” filmada en Budapest que narraba la historia de un joven húngaro que, en plena ocupación nazi, se vuelve un experto seductor de mujeres mayores. Casi al final de la película cae en la cuenta de que ya no le atraen las muchachas de su edad.

Aquella tarde salí incómodo del cine. No podía quitarme de la cabeza la imagen de esa vieja vestida de seda y *mink* levantándose con pudor la falda para facilitar el *cunnilingus*. Quizás era demasiado joven para entender el verdadero significado del filme, habrían de pasar varios años para que esto sucediera.

Un lustro después, cuando leí el libro de Stephen Vizinczey sobre el cual se basó la película, entendí que había mucho más que sexo en esta cinta. Además de un recuento de la historia reciente de Hungría, *En brazos de la mujer madura* (ese era el nombre original de la novela) incluía también una visión audaz, acaso adelantada, de las relaciones de pareja.

Algo similar me sucedió con *La luna*, el polémico filme de Bernardo Bertolucci que me tocó también ver en el Rex, durante otra escapada vespertina. Salí del cine conmocionado. ¿Era posible sublimar el incesto a través del arte? A pesar de mis escasos conocimientos cinematográficos de entonces, pude notar que *La luna* era una obra magistral, fuera de lo común, que expresaba de manera artística el complejo de Edipo. Y aunque nunca he vuelto a verla, tengo grabadas en la mente varias escenas (el paseo en bicicleta, el momento en que el muchacho se inyecta heroína, el perturbador juego sexual entre madre e hijo) que me hacen pensar en Bertolucci como un director simbólico, emparentado de cerca con la poesía.

El Rex fue el último de los antiguos cinemas de la ciudad de Mérida que cerró sus puertas. Ocurrió en marzo de 2023. Salvo el paréntesis de su

remodelación cuando lo adquirió Cinemex, setenta y cuatro años funcionó ininterrumpidamente para solaz de los habitantes del barrio de Santiago. Su desaparición clausuró una época, una manera única de entender el regocijo de la vida para los meridianos. Los viejos cines formaban parte del paisaje del barrio y eran distintivos del centro. Allí se fortalecían y fomentaban amistades; ocurrían enamoramientos, disputas, reconciliaciones. Y aunque el cine en general ha cambiado, mejorando la experiencia de los espectadores con pantallas más grandes, sonido envolvente, aire acondicionado, proyectores de alta definición y asientos más cómodos, en ocasiones echo de menos la aventura, el glamur, el relajo, el romance, la comunión que se respiraba entre los asistentes a las salas de antaño.

Decía Fellini que acudir al cine es como volver al vientre materno. Por eso, aunque algunos piensen que el séptimo arte está en decadencia, estoy completamente seguro de que, como en otras épocas, sobrevivirá.

CUANDO MÉRIDA ERA CINELANDIA BREVE CRÓNICA DE UNA TOPOGRAFÍA NUNCA EXTINTA

Maite Zubiaurre, University of California, Los Angeles

Escribe Roberto Arlt, el escritor y poeta argentino, en sus crónicas periodísticas sobre la capital española en la que residió de 1935 a 1936, que si “raspamos la superficie de Madrid, inmediatamente descubriremos lo antiguo”. En el caso de Mérida, lo “antiguo” que se transparenta bajo lo moderno son esos viejos cines que poco a poco fueron extinguiéndose. Ello quiere decir que si rascamos la superficie moderna de Mérida, lo que asoma no es lo antiguo, como ocurre con la castiza ciudad española, sino lo moderno, porque el cine fue –es– siempre epítome de modernidad, también en la capital yucateca. De hecho, muchos se lamentaron de esa explosión moderna, suplantadora de formas más tradicionales de entretenimiento. Comenzaba, como indica Germán Almeida Sánchez en sus reflexiones sobre el cine mudo de los años veinte en Yucatán, “la batalla del cinematógrafo contra el teatro de Zarzuela y Operetas” (2007) y durante esa sostenida batalla algunos esgrimieron el arma de la poesía, como atestigua este poema de Santiago Antón Aguayo (Rendón, 2022):

La zarzuela ha fallecido,
ya es cadáver la zarzuela,
la asesinó, mejor dicho,
con su pantalla el cinema.
A los bailes caprichosos
en que mostraban las piernas
las coristas chulaponas
y las tiples pizpiretas,
a las músicas alegres
a los dúos y cantilenas,
a las salidas graciosas
de chistes de buena cepa,
a los regios decorados
a las bambalinas bellas
a las *diablas* y a los focos
que iluminan las escenas,

al tenor, a los barítonos
y hasta al bajo de voz densa,
y todo lo que era el arte
alegre de la zarzuela,
ha venido a sustituirlo
en nuestra caliente Mérida,
el cine con su pantalla
y su máquina magnética.

Ya no podemos oír
los chistes de Chucho Ojeda,
ni verle el lindo palmito
a la Ginés o la Pepa,
ni sabremos del ingenio
del poeta Martínez Sierra,
todo lo que unido a la
crisis que priva en la época
tiene muy tristes a todos
los que gustan de ver piernas,
aunque fuesen rellenas
de serrín o de franela.
De lo cual tiene la culpa
criminalmente el cinema.

Es importante notar que el espectáculo cinematográfico no llega a Mérida de la mano de un edificio construido expresamente para esa nueva forma de entretenimiento, y que al revés que, por ejemplo, la ópera o el teatro, no lo alojan suntuosas sedes o palacios. Los primeros “cines” eran establecimientos humildes, algunos incluso sin techo, donde, como escribe Manuel Pool Moguel, “era común que en telas blancas, las cuales se movían con el viento, se proyectaran, a manera de pantalla, las películas, mientras los asistentes se acomodaban sobre improvisadas bancas o sillas plegables de madera para disfrutar de la función” (2020). Pool Moguel nos habla, por ejemplo, del cine “‘El Cocalito’, ubicado en la frontera con la Madero, y de ‘El Sapo’, situado cerca del famoso restaurante y centro nocturno ‘Tulipanes’”, y menciona también “La Escarcha”, en la Bojórquez. De este cine dice el autor que tenía

techo de lámina, y añade que los vecinos recuerdan a sus dueños “a bordo de una carcachita, anunciando las funciones por las calles con un altavoz” (2020).

En su artículo, “Los cines en la vida barrial de Mérida”, la arquitecta Ileana G. Góngora Hernández explica cómo esos espacios “muchas veces efímeros y trashumantes con el paso del tiempo llegan a consolidarse, y dan origen a nuevos géneros arquitectónicos. [...]. Cuando llegaron a Mérida a finales del siglo XIX los primeros aparatos de proyección cinematográfica, sus incipientes funciones se realizaron en viviendas y teatros adaptados” (2021). Sin embargo, y como puntualiza la estudiosa, una vez que ingresa el sonido y las funciones ya no son mudas o musicalizadas, “fue necesario construir espacios especializados” (2021). A los establecimientos efímeros, pues, muy pronto le sucedieron los “espacios adaptados” y multi-uso. Como indica Jessica Ruiz Rubio, el primero de estos lo constituyó, en 1900, el “Circo Teatro Yucateco”, “un coso taurino techado que se ubicaba en la calle 57 por 68 del barrio de Santiago a principios del siglo XX y que en 1902 fue testigo de la primera función cinematográfica proyectada con un equipo Lumiere” (2018). Aurea Hernández Cantero añade que

este fantástico sitio fue referencia de la época, en el que se protagonizaron las corridas [de toros] de la feria de Santiago, [espectáculos circenses, luchas de boxeo], charreadas, banquetes, temporadas de teatro y eventos como el de Enrique Rosas, que con un equipo “Lumiere”, ofrecía funciones de cine mudo amenizados con un conjunto de cuerdas denominado el Sexteto Uranga. [Como detalle curioso], en una de sus temporadas, se presentó una película de cortometraje intitulada “Las aventuras del Sexteto Uranga” que resultó la primera experiencia del público yucateco al disfrutar en pantalla a personajes que conocían. (2022).

Le sigue, en ese mismo vecindario, otro establecimiento famoso. Ruiz Rubio señala que “hacia 1915 sobre la calle 57 [...] abrió sus puertas el ‘Salón Apolo’. “Su vistosa fachada era la enorme cara de un payaso cuya boca abierta era la puerta de acceso. En 1922 se convirtió en el cinema ‘Rívoli’ y años después en el cine ‘Rex’” (2018). Al igual que el “Circo Teatro Yucateco,” el “Apolo” tampoco se limitaba a las sesiones cinematográficas. Se representaban en él zarzuelas y operetas, amén de bailes o “tandas” de gusto moderadamente atrevido (Peniche Barrera, 2023).

A partir de esas primeras sesiones cinematográficas del “Circo Teatro Yucateco” y del “Salón Apolo” la topografía meridana se llena de salas de cine. Como enumera Almeida Sánchez, en el año de 1906, además del ya citado “Circo Teatro”, abrían sus puertas el cine “Varela”, entre las calles 59 y 56, y el “Adame,” improvisado en los corredores del Hotel Regis, sobre la calle 60 [...]. El cine “Actualidades” funcionó en la calle 61 en el edificio del Jockey Club, y en el año de la Revolución, en 1910, se abrió “El salón Frontera” [...], el cual tiempo después se llamó “Cine Rialto”, en la Plaza de Santiago. (2007). (Este cine, por cierto, que estaba construido con madera, fue destruido por un incendio.)

Los estrenos y nombres continúan: El cine “Ideal”; el cine “Jardín,” que fue cine al aire libre; el cine “Venecia”; el cine “Fénix”; el cine “Pathé”, que acabó llamándose “Encanto” hasta 1970, fecha en que cerró para siempre; el cine “Metropolitan”; y el cine “Odeón,” que fue rebautizado como “Alcázar” hasta su clausura. Por fin, en el vecindario de San Cristóbal destacaron los cines “Fraternidad” y “Esmeralda”, y también el cine “Rex”, que terminaría por llamarse “Rívoli”.

Sin duda, merece una mención especial el “Cine Mérida,” bello edificio *Art Decó* inaugurado el 9 de diciembre de 1949 por iniciativa del empresario Tufic Charruf. Ese día, el semanario *Sábado* lo describió como “Elegante templo cinematográfico, semejante por su boato, por su estilo churrigueresco, de tipo Hollywood, a los más postineros de la capital de la República.” En el 2000 fue reinaugurado como teatro, y desde el 2010 se le conoce con el nombre del recientemente fallecido compositor yucateco Armando Manzanero, aunque, al decir de FaceBook, los yucatecos se resisten a aceptar ese nuevo nombre: para ellos, siempre será el “Cine Mérida,” obra, al igual que el “Cine Maya” de la Alemán, del italiano Gaetano Maglione, y “equipado,” como rezaba su publicidad, “con los proyectores ingleses más modernos del mundo.”

La lista que aquí presentamos no es exhaustiva en la compacta geografía del cine yucateco, compacta porque “la gran mayoría se concentraba en el centro de Mérida y barrios aledaños”. (Garma Montes de Oca, 2023). Los estudiosos identifican cerca de sesenta cines en esa Mérida de la primera mitad del siglo XX, y recogen también sus vidas muchas veces accidentadas. Así, están los cines que mueren abrasados por las llamas, o los arrastran los ciclones, como fue el caso del cine “Allende”; están también los muy frecuentes que

sufren crisis de identidad y cambian de nombre; los que se transforman en supermercados, estacionamientos, ópticas, y madererías; y los que en su momento se engalanaron con murales, aunque acabaran asemejándose más a un zoológico que a un cine o museo. Como cuenta Sergio Grosjean Abimerhi, “el cine ‘Aladino’ lo “habitaban palomas, murciélagos, gatos, ratas y hasta zorros al final de sus días (situación que presencié), ya que en sus inicios fue un majestuoso cine y creo el primero en contar con una elegante cafetería o tiendita” (2021).

Hay cines, por otra parte, que antes de ser cines fueron hoteles, como es el caso del cine “Frontera”, inaugurado en 1914 y que vino a reemplazar un antiguo hotel del mismo nombre de la plaza de Santiago (Grosjean Abimerhi, 2021). Y hay cines que ocuparon el lugar de una botica, como es el caso del cine llamado “Salón Montejo”, o llegaron a instalarse en una vieja fábrica de jabón, como ocurre con el cine “Odeón”, en el barrio de la Mejorada.

Los cines son templos que le ponen un altar al movimiento: como reza un mini-cuento del poeta ultraísta español Ramón Gómez de la Serna, “Al inventarse el cine, las nubes de las fotografías comenzaron a andar”. Pero también comienzan a andar y moverse, en vertiginoso caleidoscopio, los propios cines meridianos, que cambian constantemente, mudan de sede, ocupan y transforman espacios ya ocupados, desaparecen para volver a aparecer, mueren, se metamorfosean y resucitan en otros.

A lo largo de sus azarosas existencias, los cines abren ventanas y regalan sueños y diversión a manos llenas, pero también atesoran un rico anecdotario y observan comportamientos distintos y caprichosos. Por ejemplo, el ya citado “Cine Esmeralda” tenía una zona techada y otra a la intemperie, y “sobre la azotea se colocaba un empleado con improvisada bocina de cartón que anunciaba el programa de la función” (Grosjean Abimerhi, 2021). Por otra parte, en el cine “Nordex,” en el barrio de San Cristóbal, sólo había funciones los sábados y los domingos, y, como vuelve a apuntar Grosjean Abimerhi, “los espectadores permanecían parados a menos que llevaran su propia silla” (2021).

¡Quién iba a decir que en esos modernos templos que le rinden pleitesía al movimiento, hasta las sillas se mueven! Como ya observamos, esos primeros cines precarios e improvisados, donde la acción ocurre redundantemente sobre telas “móviles” que se mecen con el viento, los propios espectadores llegaban con su silla, o se trataba de sillas plegables, incluidas o no, en el precio. Por

ejemplo, en el “Cinematográfico Lumiere,” en el año 1900 los precios eran de veinticinco centavos por persona de pie, y 50 con asiento. Pero a esas sillas plegables de los primerizos cines meridianos se les daba un uso aún más significativo: cuando llegaban con mucha antelación a la sala de cine las muchachas, avanzaban hasta la primera fila y allí, y antes de que empezara la función, le daban la vuelta a las sillas, para contemplar la llegada de los cinéfilos, pero también, claro está, para dejarse ver y admirar.

No puede subestimarse por otra parte la profunda presencia e influencia del cine en la población adolescente e infantil. Escriben sobre el cine los eruditos y estudiosos, pero también lo hacen los meridianos de a pie que desde la vejez recuerdan con intensa nostalgia las innumerables tardes de cine de sus años jóvenes. Poco antes de su muerte, visité en Londres al gran escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, y me regaló y dedicó su libro, *Cine o sardina* (1997). En ese libro cuenta cómo su madre, los fines de semana les ofrecía a él y a sus hermanos la opción de salir a comer sardinas asadas, o de ir al cine. Según Cabrera Infante, el voto entusiasta era siempre para este último, y así me imagino yo a los ilusionados niños meridenses, exclamando al unísono, ¡Cine!

Conrado Roche Reyes, en su emotiva crónica sobre otro cine citado, el “Cinema Encanto”, emplazado frente al parque de Santa Ana, “a cien metros de su casa,” recuerda con agradecimiento a Don Gras, el boletero, que “nos permitía junto con mi pandilla de niños a entrar gratis al cine” (“Aquellos cines de mi infancia...” 2021). Refiere el cronista que “la dulcería se encontraba dentro de la sala cinematográfica, “así se usaba, y también se permitía a chamacos que caminaban por los pasillos frente a la pantalla, ofreciendo la mercancía. No era raro escuchar su pregón, ¡Sidras, chicles, chocolates, larines!” (“Aquellos cines de mi infancia...” 2021). Y tampoco era raro presenciar el amotinamiento de la audiencia. Sigue contando Roche Reyes que “conocíamos a los cácaros [que así se llamaba a los proyectores], todos ellos vecinos del barrio. Cuando algo fallaba durante la proyección de alguna película, y la sala quedaba completamente oscura, comenzaba una escandalosa rechifla, y el consabido grito reclamador de ¡Cácaroooo!” (“Aquellos cines de mi infancia...” 2021).

Los cines meridianos exhibían comportamientos idiosincráticos, y cada uno de ellos generaba sus propias anécdotas. Pero había ciertas reglas de oro a las que se doblegaban todas las salas de cine. Como nuevamente nos recuerda

Roche Reyes, “cabe destacar que en todos, absolutamente todos los cinematógrafos de Mérida se daban dos funciones entre semana. La de la tarde, más o menos a las cinco, y la de la noche, que comenzaba a las ocho, y también en todos existía la llamada ‘permanencia voluntaria’, es decir, si uno llegaba tarde y no miraba el inicio de una película, podía quedarse a la siguiente función y así empatar sin perder la secuencia” (“Aquellos cines de Mérida”, 2019). Por fin, en algunas salas de cine había una versión chusca de la “permanencia voluntaria”: Si un espectador llegaba a la segunda parte de la película, podía ver esta primero, y luego quedarse a la primera parte de la siguiente función. Esta forma de ver una película al revés, y de proceder de atrás hacia delante, venía con un notable descuento.

Los viejos y entrañables cines meridianos siguen vivos, grabados en la memoria de los que los disfrutaron, y también en ese entramado urbano que conserva huellas disfrazadas de su presencia. Gracias al poder de esa memoria y nostalgia activas, la cinelandia meridana no se extingue, como prometía el título de este artículo. Dos salas icónicas, por de pronto, el “Rex” y el “Fantasio”, están a punto de emerger de las cenizas cinemáticas. Sea como fuere, se nos antoja tarea urgente seguir enriqueciendo el caleidoscópico acerbo popular de la cinefilia yucateca y dar impulso institucional a esa gran historia oral de los cinemas meridianos que los medios sociales y la prensa van construyendo a imprescindibles retazos.

Referencias

- Almeida Sánchez, Germán (2007). “Recordando el pasado...El cine mudo hasta los años veinte”: <https://www.revistauniversitaria.uady.mx/pdf/241-2/ru241-28.pdf>
- Garma Montes de Oca, Patricia (2023). “Cines de Mérida: Del Intantilandia al Rex; cuándo iniciaron y por qué cerraron”, *Diario de Yucatán*, 11 de noviembre de 2023.
<https://www.yucatan.com.mx/central-9/2023/11/11/cines-en-merida-del-infantilandia-al-rex-cuando-iniciaron-y-por-que-cerraron.html>
- Góngora Hernández, Iliana G. (2021). “Los cines en la vida barrial de Mérida”. *Habitary+*.
<https://habitarymas.com/los-cines-en-la-vida-barrial-de-merida/>.

Groshean Abimerhi, Sergio (2021).

<https://www.facebook.com/photo.php?fbid=255630653234571&id=100063629135852&set=a.123052006492437>

Hernández Cantero, Aurea (2022). “Los cines de antaño de la Mérida que se nos fue”. <https://yaaxche.com.mx/2022/12/25/14-los-cines-de-antano-de-la-merida-que-se-nos-fue/>

Peniche Barrera, Roldán (2023). “El Cine Rex fue alguna vez el más famoso Teatro Apolo de Mérida-Las tandas”. *Estamos Aquí.MX*, 15 de marzo de 2023.

<https://estamosaqui.mx/2023/03/15/el-cine-rex-fue-alguna-vez-el-famoso-teatro-apolo-de-merida-las-tandas/>

Pool Moguel, Manuel (2020). “Cines antiguos de los barrios meridianos, espacios familiares”. *Peninsular Punto Medio*, Noviembre 11, 2020. <https://puntomedio.mx/cines-antiguos-de-los-barrios-meridianos-espacios-familiares/>

Rendón, Angel Miquel (2022). “Cines y cinéfilos”. *Textos, Imágenes, Documentos*.

<https://angelmiquel.com/2022/04/12/cines-y-cinefilos-10/>

Roche Reyes, Conrado (2021). “Aquellos cines de mi infancia y juventud II. Cine Encanto, Santa Ana”. *Estamos Aquí.MX*, 20 de diciembre, 2021.

<https://estamosaqui.mx/2021/12/20/aquellos-cines-de-mi-infancia-y-juventud-ii-cine-encanto-santa-ana/>

---. “Aquellos Cines de Mérida”. *PorEsto!*, 24 de enero de 2019.

<https://www.porestto.net/cultura/2019/1/24/aquellos-cines-de-merida.html>

Ruiz Rubio, Jessica (2018). “Los extintos cines del centro de Mérida”. *Diario de Yucatán*, 12 de marzo de 2018.

<https://www.yucatan.com.mx/merida/2018/01/30/los-extintos-cines-del-centro-merida.html>

VELETA, GIRASOL QUE TORNASOLA



MERIDANAS Y CALEIDOSCÓPICAS, QUE 30 AÑOS NO ES NADA

María Teresa Mézquita Méndez

Llegamos a nuestro caleidoscopio meridano con una mirada que se fracciona y multiplica, se refracta y pulveriza en miles de millones de aristas, diversas, complejas y ricas a más no poder. El reto de encontrar una de ellas fue recompensado con un hallazgo en el pasado, un reclamo de la memoria: la voz de las meridianas, o por lo menos de algunas de ellas cuya ausencia material podría haberlas invisibilizado pero cuya huella aún permanece, indeleble y valiosa, en nuestra microhistoria local.

En enero de 1989 el *Diario de Yucatán* inauguró una nueva sección que por ese entonces empezó a llevar el nombre “Sección local, segunda parte” y que más adelante se llamaría *Imagen*, y cuyos contenidos se apartarían de la información política, de la nota policiaca y económica. La nueva sección incluiría noticias misceláneas de actividades culturales, científicas (con hincapié en temas de la salud), religiosas, viajes, sociales y de espectáculos.

Una de sus vocaciones incluyó tanto la realización de reportajes que permitían mayor amplitud que la nota de cobertura diaria, como la de entrevistas de semblanza que invitaban a conocer a personajes del medio. Así, entre fines de 1989 y 1991 se realizó un proyecto periodístico que consistió en una serie de entrevistas extensas destinadas a la primera plana de la sección con el título común “La mujer en la cultura” que incluyó a artistas visuales y de la escena, escritoras y profesoras, y por supuesto, creadoras e intérpretes en la música y las artes en Yucatán.

Definitivamente en esta serie si bien sí son todas las que están incluidas en la serie, no están todas las que son (o eran) porque la posibilidad de realizar una entrevista que implicaba un diálogo largo con las entrevistadas y luego también un buen tiempo dedicado a la escritura, dependía de los márgenes y espacios que la autora de estas líneas, reportera al fin, encontraba entre el diarismo, el trabajo cotidiano, la cobertura inmediata y la generación de las notas periodísticas que siempre componen el principal material de la prensa diaria.

La pauta para elegir a la persona entrevistada era su trayectoria y su disponibilidad. No necesariamente que en ese momento sus proyectos culturales

estuvieran en los reflectores. Por lo general la idea era, sin que fuera una condición, intentar entrevistar primero a las mujeres de mayor edad y también aprovechar la visita a Mérida de quienes vivían fuera de la entidad. La serie quedó inconclusa, pero arrojó un número interesante de entrevistas. Aunque falta una nueva revisión a la hemeroteca, hemos sumado un total de 25 encuentros cuyo corpus probablemente permita una propuesta más completa para desarrollar en el futuro.

Giramos el caleidoscopio. Por un lado, están las pintoras y escultoras, las escritoras, las compositoras, intérpretes, ejecutantes, bailarinas, las actrices y directoras, las maestras. Otro giro más: unas de ellas son muy tradicionales, muy innovadoras, clásicas, académicas o, por el contrario, experimentadoras.

Seguimos girando el caleidoscopio y entonces estamos frente al mapa de la ciudad que habitan: están en el barrio de Mejorada, o cerca de la Cruz de Gálvez, o en la colonia Alemán, o en Santiago o Itzimná o Santa Ana, o en cualquier espacio indeterminado porque ya no vivían aquí y su hospedaje temporal y de tránsito no tenía nada que ver con el hogar familiar de los recuerdos.

¿Quiénes son y qué dijeron?

Las primeras dos entrevistas no llevaron el membrete del título de la serie, pero por sus características casi podemos asegurar que fueron el germen de la creación de este proyecto: la de Nina Shestakova, la bailarina y profesora de danza rusa que en 1934 abrió en Mérida la primera academia de ballet clásico, publicada el 28 de marzo de 1989, y la de Imelda Miller, gran cantante yucateca apodada “la voz de metal” que salió en la edición del 24 de mayo de 1989 y en la cual la entrevistada sin reservas y con gran claridad y transparencia habló de su batalla personal contra las adicciones y la manera de luchar y sobreponerse para seguir cantando, como hasta la fecha.

El recorrido comenzó oficialmente el 26 de septiembre 1989 con la entrevista a Bertha de la Peña, maestra de danza clásica y ejemplo de vocación docente, dedicación y congruencia. Bertha cuestionaba desde entonces los títulos otorgados sin rigor ni disciplina. La conversación se celebró en el Colegio Rogers Hall, allá en la segunda planta, donde durante muchos años estuvo situada su academia, en plena actividad cada tarde.

La serie continuó en el ámbito de la música académica, con la maestra Carmen Pérez de Palma. Publicada el 30 de septiembre 1990 la entrevista a la

maestra “Carmita” dejó a la vista la formación musical de la profesora quien desde muy niña se dedicó a estudiar piano en la capital del país donde permaneció a lo largo de ocho años. Como muchas de las mujeres de su tiempo, al contraer matrimonio y regresar a Mérida dejó de dar clase y también de tocar. Si embargo, su vocación permaneció, latente y silenciosa, pero viva, así que a la fecha de la realización de la entrevista la maestra había vuelto al piano y estaba entusiasmada con su labor docente, ya que daba clases en su casa y sentía que comenzaba a saldar una deuda personal con el arte. Cito el cierre de la entrevista: “Y dejamos a la maestra con su alumna. Al alejarnos, oímos algunos acordes seguros; luego otros, más débiles o inciertos. Y pensamos entonces que la deuda al fin se estaba saldando”.

Vivió 40 años fuera de su patria, pero eso no impidió que la nostalgia ganara y que no se comprometiera con el lugar que abrigó su residencia. Convencida por las causas de la ciudad, Cristina Martín, quien firmaba con el seudónimo de Gabriel Paz fue entrevistada esos mismos meses y la conversación publicada el 03 de octubre de 1990. En esta entrevista una de sus revelaciones más sorprendentes fue que cuando tenía 15 años escribió un diario sobre todo lo que vivió durante la Guerra Civil Española y que al viajar a México lo quemó. Y que se arrepentía a pesar de lo peligroso que hubiera sido salir trayéndolo consigo.

Las entrevistas de la segunda mitad de 1990 continuaron por los caminos de la música, la literatura y las artes visuales. En el ámbito musical fue un privilegio poder entrevistar a dos grandes, cada una con luz propia: doña Judith Pérez Romero de Castaldi y Ligia Cámara Blum.

El martes 23 de octubre de 1990 fue la fecha de la publicación de la charla con esa gran embajadora de la canción yucateca que fue doña Judith Pérez Romero. Para ese entonces, la gran pianista fallecida en 2016 ya tenía 55 años de trayectoria musical, había acumulado premios, formado parte de numerosos grupos musicales, había hecho giras artísticas, participado en innumerables conciertos y había coincidido con los más sobresalientes exponentes de la música romántica de su tiempo. Citamos sus testimonios:

Yo puedo estar cansada o con dolores, los años no pasan en balde, pero si me pongo a tocar el piano incluso sola, pronto se me olvida todo y no hay para mí más que la música [...] Cantar y tocar no me cansa y al piano no me doy cuenta de cómo pasa el tiempo... en una ocasión canté

y toqué 46 canciones consecutivas en una fiesta en Monterrey, todas de memoria. No supe cuántas fueron hasta que una periodista me preguntó si no estaba yo cansada... No, le dije, ¿por qué habría de estarlo?, señora, me respondió, usted interpretó ya 46 canciones sin parar, ¿no le parece suficiente para cansarse? Y otra vez en Villahermosa toqué durante 11 horas ininterrumpidamente en una reunión de médicos. Estuve desde la 1:00 de la tarde hasta las 12:00 de la noche y ni lo sentí. Así pues, la música es mi vida.

A su vez, la entrevista a la maravillosa Ligia Cámara Blum salió a la luz el domingo 25 de noviembre de 1990. La entrañable pianista y cantante transparentó en la entrevista su temperamento alegre y vivaz, y sobre todo lo que ella siempre decía: mi mente nunca está libre de música. Conocida por sus adaptaciones musicales y variaciones de ritmos Ligia dijo de broma que las canciones “las echo a perder”. Nunca aprendió a leer música “siento que leer el pentagrama me limita y me corta...”. Esa fue, esa es Ligia Cámara Blum, la que decía “Mi mente nunca está libre de la música, todos los días toco no puedo dejar de hacerlo, una vez que me siento frente al piano ya no puedo detenerme”.

Dos pintoras respectivamente de dos generaciones muy distintas representaron a las artes visuales en las entrevistas de 1990: Mercedes Peón Ancona y Sandra Nikolai. Con Mercedes la conversación giró en torno su formación en Europa, experiencia sorprendente en una joven nacida en el seno de una familia muy tradicional. Sin embargo, pudo viajar y en España asistir a los cursos del pintor José Bardasano, cuya obra forma parte de catálogos de grandes museos, como el Prado y el Thyssen Bornemisza. La entrevista de Mercedes, quien insistió en la importancia de la composición, se publicó en la edición del 16 de octubre.

A su vez, la maestra Sandra Nikolai, hoy una experimentada pintora y docente, fue entonces de las más jóvenes entrevistadas de la serie. Sin embargo, ya contaba para entonces con experiencia de años enfrentándose al lienzo. En la conversación con ella, que salió en Imagen el 8 de noviembre, Sandra hablaba de la importancia de no aislarse “en mis pinturitas” sino de la importancia de abrirse al mundo para perseguir así una expresión propia.

Para concluir el año 1990 nos podemos referir a dos entrevistas a personajes del medio literario: la que brindó la maestra María Teresa “doña

Teté” Méndez Lara, publicada el 30 de octubre, y la conversación con Rosa María Lores, del 28 de noviembre.

La profesora María Teresa Méndez Lara, doña Teté Méndez, era conocida por sus lecciones de literatura del mundo clásico, surcado de dioses, héroes, heroínas y leyendas mitológicas. Doña Teté decía “En mis largos años como maestra he sentido alegría, tristeza, frustración, rabia, orgullo y emoción, pero nunca aburrimiento”. Fue una profesora generosa y entusiasta, que cada día entraba a sus clases “a dar todo lo que puedo dar”.

A su vez, Rosita Lores, mujer polisémica, que tanto practicaba la música como la pintura y la lectura, conquistó a su público en ese tiempo como charlista de temas relacionados con la historia y la cultura. Una de sus pasiones era el folclor el cual insistía en distanciar de la mirada turística para hacer hincapié en el mantener las tradiciones y los orígenes.

En enero y junio de 1991 la autora de estas líneas tuvo la oportunidad de entrevistar a dos maestras de las artes visuales: Pilar Cámara, con quien la charla se celebró animadamente en su casa en La Ceiba, publicada el 3 de enero; y Gerda Gruber, reconocida maestra aún en activo, a quien visitamos en el mes de junio, en la casa que en aquellos años tenía en la colonia García Ginerés.

Ya consolidada como pintora y profesora de pintura al momento de la entrevista, Pilar Cámara insistía en la responsabilidad de las madres de familia en la enseñanza de las artes en su descendencia. Y también hizo una revelación sorprendente: “De niña me dio tifoidea y tenía que estar en reposo absoluto, así que mi papá para que esté tranquila me regaló un juego de acuarelas. Así empezó mi vocación por la pintura”. Reflexionamos en otros casos, algunos muy conocidos como el de Frida Khalo, a quienes la enfermedad o la convalecencia llevaron a encontrar una vocación que llenaría su existencia.

Por su parte, la gran escultora Gerda Gruber ya tenía 20 años de trayectoria para aquel entonces. Ceramista nacida en la República Checa, vivió de pequeña en Viena donde experimentó en carne propia los estragos de la segunda guerra mundial. Recordó que entre bombas y militares “y mal alimentada” se refugió en los libros. Libros de aventuras y de arte. Así cayó en sus manos una biografía de Leonardo Da Vinci, que marcó aquellos años de su vida. Desde los 14 se interesó por la cerámica, técnica ciertamente complicada que sin embargo llegó a dominar. Pasados los años ya era una experta en cerámica artística pero también en cerámica industrial y artesanal. Gerda nos

dijo “Muchos proyectos se quedan en sueños, pero no lo lamento, los sueños son para eso, para esperar verlos realizados un día”.

Tal vez por la herencia de la tradición musical yucateca, por inercia y emoción o por “contagio” familiar o por todo lo anterior, es significativo el número de mujeres dedicadas a la música de manera profesional y desde muy temprana edad.

En este bloque de entrevistas realizadas en 1991 incluimos las que hicimos a Conchita de Antuñano (publicada el 17 de enero) Carmelita Espinosa (enero 23), Estela Puerto de Pompeyo (enero 29) “Momy” Rejón (mayo 5) y Alicia Cascante (diciembre 18).

La frase que encabezó la entrevista a Conchita fue “Triunfa quien espera un día más”, es decir, Conchita invocaba a la paciencia para alcanzar las metas. Para entonces expresó cómo su admiración por la música yucateca se materializó en un disco que grabó muchos años después con la Orquesta Típica Yucalpetén. “Yucatán es realmente mi tierra, dijo en aquella ocasión, y cuando vengo a Mérida me encuentro en un verdadero remanso de tranquilidad”.

La entrevista a Carmelita Espinosa García de Cuevas fue muy emotiva, porque para ella representó viajar al pasado y traer al presente muchos recuerdos. Tenía seis años cuando descubrieron que tenía voz y que podía cantar y por eso siempre cantaba en los festivales del colegio. Luego aprendió a tocar la guitarra antes de cumplir 15 años de edad y aunque se casó muy joven también enviudó muy joven.

“Nunca pensé en hacer carrera de la música, pero fue necesario que empezara a hacer algo y lo único que sabía hacer era tocar guitarra, así que empecé a dar clases”. A esta inesperada profesión le siguió una racha todavía más inesperada, con personas que escucharon su voz y su guitarra, con invitaciones a programas de radio, a grabar discos y a presentarse en eventos y ceremonias. “La música es para mí un carisma y un don. Sin ella no hubiera salido adelante. Hoy no concibo mi vida sin la música”.

Una de las compositoras más prolíficas de nuestro estado fue doña Estelita Puerto de Pompeyo, nacida en la villa de Baca pero ciudadana de Mérida la mayor parte de su vida. Estelita recibió estudios formales en la antigua escuela de Bellas Artes; el conservatorio de Mérida, entonces situado en la calle 63 con 64. Ahí fue alumna de Adelina González, de Amílcar Cetina y Filiberto Romero. Nunca imaginó, dijo, que regresaría a la sede de su antigua

escuela como una persona retratada en el Museo de la Canción Yucateca, que como sabemos, estuvo allí durante un buen tiempo, antes de trasladarse a su actual sede en el barrio de Mejorada.

María Cristina, conocida como “Momy” Rejón, nació en Tizimín y tuvo una trayectoria muy particular porque desde muy pequeña ya acompañaba a su padre, Francisco Rejón, quién era director de un grupo musical. Cuando era muy pequeña, en Tizimín le pagaban 50 centavos por cantar misas y a los 11 comenzó a tocar en la orquesta de su papá y aunque no asistía a las fiestas adultas recuerda que precisamente cuando tenía 11 años tuvo que hacer una suplencia así que, recuerda, le tuvieron que poner cojines a la banca del piano porque no llegaba para tocar un acompañamiento que estaba de moda. “Me dormía entre pieza y pieza, despertaba, tocaba y me volvía a dormir” relató en aquella ocasión. Se le presentaron oportunidades que no pudo aprovechar: una beca en el conservatorio de México y otra en el de Viena oportunidades rechazadas por las costumbres de la época. Al momento de la entrevista Momy ya se dedicaba a ser supervisora de enseñanza artística de la Secretaría de Educación Pública.

Fue muy afortunado que Alicia Cascante, entrañable soprano yucateca, viniera a Mérida a finales de 1991 a preparar un concierto para el siguiente mes de enero organizado por la compañía ProArte. Por eso fue posible realizar la entrevista, que involuntariamente culminó la serie “La mujer en la cultura”. Antes de orientar su trayectoria hacia el canto lírico, Alicia cantaba solamente en fiestas familiares en su barrio natal, Mejorada, o en el coro Mariano de las hermanas González. Cuando se planteó ir a estudiar a la ciudad de México, cosa inusual en aquel entonces, recibió el apoyo de su padre quien la mandó a la capital del país, eso sí, acompañada de su mamá y de su hermano. “Para hacer carrera como cantante lírica es necesario salir de la provincia”, afirmó Alicia en aquella ocasión. Entre los datos sobresalientes de la entrevista, relató que pese a los estudios no se encontraba satisfecha con los tonos agudos de su voz, así que buscó la orientación de la maestra Josefina Cabrera quien trabajó con ella para mostrarle lo que ella llamó “el camino del agudo”:

“Ya estaba yo más preparada, cuando en 1987 salió una convocatoria para un papel durísimo, el de “Antonia” en *Los cuentos de Hoffman*, tan complicado que al final no sólo se muere el personaje, sino que la soprano también porque requiere un re sobreagudo al que le huyen muchas cantantes”.

“Pero gané el concurso y me dieron el papel en el segundo elenco. Y sucedió que la soprano que estaba en el primero tuvo que retirarse y me tocó ocupar su lugar. Fue maravilloso, pero también muy duro, no podía ni dormir de la preocupación y los nervios. Un trabajo extremo que me trajo también excelentes críticas”.

Yucatán tiene una gran tradición docente. Sus maestras han sido mujeres fuertes y tenaces, indudables constructoras, en tiempos muy difíciles, de la sociedad contemporánea. De entre tantas profesoras en esta serie pudimos conversar con dos: Eloísa Patrón, cuya entrevista se publicó el 16 de febrero, y Ofelia Erosa Cámara, la “Tía Ofe”, en una charla que salió en la edición del 5 de marzo. La entrevista con la profesora Eloisita fue difícil dada su avanzada edad. Tenía 91 años. Sin embargo, fue posible gracias al apoyo de su hija. Durante la entrevista la profesora tenía en la mano un cuaderno con sus notas, registradas entre 1913 y 1918. Recitaba de memoria todavía algunos poemas y entre los recuerdos de la charla se comentó que cuando había niños sin recursos siempre los becaba en su escuela. Entre otros alumnos suyos se encontraron Carmelita Espinosa, intérprete y cantante, a quien nos referimos párrafos arriba, y el exgobernador ya fallecido Federico Granja Ricalde. Al momento de la entrevista tenía ya 8 nietos y 14 bisnietos.

En la conversación con la maestra Ofelia Erosa Cámara lo complicado fue lograr hacer un recuento de más de 50 años de trayectoria. Sin embargo, la charla giró en torno a su inmensa vocación de maestra. Profesora de piano, de pintura, de bordado y tejido, de cocina... Sostenía que “La auténtica forma de ser feliz es haciendo felices a las demás personas. El arte es espiritual” dijo aquella vez. Y la entrevista concluyó con el siguiente párrafo: “Esa tía Ofe, la maestra que ‘sabe hacer de todo’ según dijo el papá de uno de sus alumnos, es la misma profesora que dice que todo lo que ha aprendido lo ha enseñado”. No quedaba duda ante la romería de alumnos que cada tarde pululaban por la Casona San Francisco de la Avenida Cupules.

Una entrevista emocionante y compleja, además de ser a más extensa de todas las realizadas, publicada el 16 de mayo, fue a las hermanas Elizabeth, Esther, Eloísa, Elena y Elma Gottdiener, hijas del maestro escultor que tanta huella y obra dejó en Yucatán y de las cuales solamente una radicaba en Yucatán para entonces. Dedicadas a la fotografía, el teatro, la docencia, la promoción cultural y la vida familiar, las hermanas recordaron su vida junto al maestro y

hablaron de su propio quehacer. La escritura de una charla tan prolongada y diversa la resolvimos iniciándola con una ficticia llamada telefónica al padre de las cuatro hermanas:

—¿Sí, ¿quién habla? ¿Don Enrique? Sí, charlamos con sus hijas. Las “niñas Gottdiener” ya crecieron. Dicen que su infancia con usted y doña Alina Estrada sólo les puede traer buenos recuerdos. Un hogar lleno de libertad, aseguran. “Y también lleno de arte. De artistas a quienes llamábamos “tíos”. De ratos inolvidables con nuestros padres jugando con virutas y pedacitos de madera en el taller, corriendo con nuestros overoles de mezclilla”. Eso fue lo que escuchamos de Elizabeth, Esther, Eloísa, Elena y Elma, don Enrique. Por cierto, se nota que tuvo buen cuidado de que las iniciales de todas fueran las mismas que las suyas. Y se nota también que Yucatán es para todas ellas, como lo fue para usted, lo más importante.

Una entrevista sumamente grata fue a las hermanas Nancy y Conchy Roche Reyes, mujeres de la escena yucateca y de gran convicción por el teatro, que practicaban ya desde niñas, en su casa, y en funciones para los vecinos. Nancy se inscribió en los años 50 a la Escuela de Bellas Artes y luego la siguió Conchy. Nancy se mudó a la capital del país durante un largo período mientras que su hermana se dedicó al teatro en el medio local, del cual fue pionera y pilar. Sin embargo, ya en la época de la entrevista, publicada el 12 de enero de 1991, las hermanas trabajaban a la par en diferentes producciones familiares en la compañía La Farándula que habían fundado desde 1987 y estaban consolidando un local propio en la calle 60 con 45 y 43. “Más que una frase trillada es nuestra consigna –me dijeron– cuando expresamos que *la función debe continuar*”.

Otra gran mujer de teatro, reconocida actriz y compañera de escena y de batallas de las hermanas Roche Reyes, es la maestra Eglé Mendiburu quien, en su entrevista, publicada el 4 de mayo, afirmaba “El teatro tiene magia, en el escenario se olvida todo, hasta el dolor físico... uno se convierte en el personaje en el escenario”. Cuando hicimos la entrevista, la maestra Eglé, aún hoy día activa en las tablas, como sabemos, ya tenía más de 30 años de trayectoria. “No pienso retirarme de la escena, yo quiero morirme actuando” afirmó, contundente.

Al igual que en el caso de Alicia Cascante, fue una fortuna coincidir con un viaje de Ofelia Medina, a quien pudimos entrevistar en una charla que se

publicó el 4 de julio. Aunque en aquella ocasión insistimos en dar el giro biográfico a la conversación, la actriz yucateca estaba muy concentrada en sus objetivos y su activismo –convicción que la acompaña hasta la fecha–, por los pueblos indígenas de México, a la par de una crítica a lo que ella llamó “un malinchismo generalizado”. Amable y a toda prisa, Ofelia salió aquella vez rauda y veloz rumbo al avión en la última llamada.

Si bien, como hemos visto, sus trayectorias son distintas, uno de los denominadores comunes en la mayoría de las entrevistadas fue que manifestaron su amor por la pintura, la música, las letras o la escena desde muy temprana edad, ya sea impulsadas por sus familias o circunstancias personales. En varios casos además la familia pertenecía al medio cultural o docente, y por ello fue el ambiente mucho más proclive. Es igual otro rasgo frecuente la vocación por el magisterio. Yucatán es un estado con una fuerte tradición en sus profesoras, en muy diversas ramas del conocimiento. A pesar de las dificultades personales y profesionales, estas mujeres persistieron en su carrera musical. En aquellos tiempos en los que no hablaba aún (o muy poco) de sororidad, de inclusión, de paridad, de resiliencia, de colectivas, de condiciones igualitarias, de perspectiva de género, ellas cumplían con sus metas sorteando innumerables dificultades. Ellas, estas meridianas, son, al igual que los infinitos prismas de los caleidoscopios que nos acompañaron en aquel septiembre de 2024, luminosas e irrepetibles.

EL ÁRBOL DE LA VIDA, LA FAMILIA Y CUANDO LOS MINUTOS TENÍAN 24 HORAS PARA VIVIRLA

Sara Poot Herrera, UCSB & UC-Mexicanistas

¡Ey, familia...!

Con esta llamada al público, que seguramente algunos de ustedes reconocen, se dedicaba antes (y posiblemente ahora también) un danzón a una o varias personas en un salón de baile. Los allí presentes –amistades, conocidos e incluso desconocidos hasta ese momento– de inmediato prestaban atención al reconocer que se les hablaba a ellos como “familia”, y que de inmediato la orquesta tocaría una pieza que alguien habría solicitado. Del “llamado de atención a la familia”, se formarían las parejas y, así, empezar con los pasos al ritmo del danzón recién anunciado desde la tarima de la orquesta.

El “Ey, familia” se escucharía muchas veces en los salones de baile de Mérida, como en aquellos lunes de Carnaval en la que fuera famosa Sociedad “La Unión” (y no solamente); la noche de ese lunes de carnestolendas se dedicaba al baile regional –la jarana–, que entre otros ritmos alternaría con el danzón, baile que, antes de llegar a Veracruz, encontró una puerta abierta en los mares y las playas de Progreso. La palabra mágica que pedía silencio era reconocida por todos (vestidos con el traje regional) y era precisamente la de “familia”.

¿Por qué acudir a la frase “de salón de baile”, relacionándola a la vez con una especie de llamada de atención para “detenernos un momento”? En una buena medida porque las familias de nuestra península son generalmente bailadoras y encuentran momentos de dispersión, de entretenimiento colectivo en las fiestas, en las reuniones sociales, y sabiamente cuando se desvelan intuyen que no por “por mucho madrugar amanece más temprano”, pues hay tiempo para todo. Saben también que “a quien madruga Dios le ayuda” o como versaría Sor Juana: “En progresos literarios / pocos laureles consigue, / quien para estudiar espera / a que el sol su luz envíe”. Amanecer con el sol, que nos siga, como al niño de Alfonso Reyes, acompañar al rayito que “se quiebra en el cristal de tu ventana”, del Guty yucateco.

Sin embargo, en el contexto de la frase “Ey, familia”, se impone la humana necesidad de “detener el tiempo” o, como dice el soneto de Renato

Leduc, “la dicha inicua de perder el tiempo”. Bien vale la pena; ya más tarde se recuperará. Y los hermanos y primos de la familia se pondrían de acuerdo, “parejura”, dirían en coro, en su complicidad familiar.

Para despedirnos (por ahora) de la frase inicial, tomamos nota que –con tan sólo el “ey”– se extiende a cierto tipo de saludo y arropa a una también “familia extendida”. En mi caso, tengo la suerte de ser parte de no sólo de una sino de varias familias extendidas, de Yucatán a California, a Baja California, de “península a península”, pasando por Guadalajara, la Ciudad de México, y en zigzag por Monterrey, para volver a Mérida y reiniciar el periplo. Hay tiempo para nuestras familias –cómo no– y a ellas se les responde de varias maneras puesto que han abierto las ramas de sus brazos para integrarnos a sus propios árboles genealógicos, enraizados en el afecto de la amistad.

Hay que ver la familia donde fui a caer (Los Yorsy’s)

La “familia” es una de las palabras sagradas del diccionario, que antes incluía a todas las personas que vivían bajo un mismo techo, parientes entre sí, pero no necesariamente; es de las palabras que nunca desaparecerán ni pasarán de moda, pues gracias a las familias existe la vida, aunque éstas cambien a lo largo de los tiempos, porque vaya que cambian, lo mismo que el concepto.

Una familia vive en una casa, pero no siempre es así, sobre todo cuando los hijos crecen y hacen las propias; una familia es papá, mamá, hijos e hijas, pero tampoco es siempre así... Déjenme contarles. Al lado de mi casa vive una abuela, una hija, una nieta y una bisnieta, cuatro generaciones juntas de mujeres: una familia, a partir de la chichí. “Chichí Munda” le decíamos a la tía de mi papá; y lo era porque cargaba en sus delgadas espaldas –sus espalditas– a toda una familia (sin haber tenido nunca hijos). Era tanta su bondad –sacrificio también– que en la familia sabíamos que un día se le apareció un ángel. Sería su propia imagen en el agua del pozo, ese pozo donde mi hermano mayor tiró su violín para ya no seguir tomando clases; ese patio que fue testigo cuando mi otro hermano se cayó de la mata de ciruela. Cuánta aventura en los patios de nuestras casas familiares.

Enfrente de la mía (esa acera en la que de niña pensaba que era mejor que la mía, como creemos que es mejor “el jardín de enfrente”, vivían tres hermanas; era una familia de una hermandad femenina fantástica. Antes vivía el papá, la mamá, la abuelita, pero se fueron muriendo. Quiere decir que las familias se van acabando; con sólo fijarnos en las casas vacías nos damos cuenta de que antes

había familias habitando esas casas con ruido, alegría y a veces tristeza: había vida cotidiana, la rutina, lugar de resistencia. Y ahora no existen; se han ido y nadie ocupa su lugar, ya nuevas familias surgen y tendrán su propio ciclo de vida.

Por cierto, caminando por la calle 59 de Mérida vi a través de la ventana a una familia que empezaba a cenar. Un panorama deslumbrante: grandes arañas de luz, mesa enorme, sonidos de platos y cubiertos, copas transparentes. Un día después pasé por la misma casa: desolada, en ruinas. ¿Sería posible? Vuelvo a pasar y no veo ningún vestigio de aquella casa. ¿Reunión de fantasmas familiares que se dieron cita tan sólo una noche? Dejémoslo allí, que el pasado se toma una noche y vuelve a su lugar.

Continúo, haciendo un recuento de las familias que rodean a la mía. Las de mi calle son mi familia. No sé si lo sea esa que –papá, mamá, cinco hijos– pasa en bicicleta por mi calle cada noche, pero me queda muy claro que entre ellos sí lo son. También es familia nuestro vecino que vive solo, que dicen que nunca ha trabajado y que en su casa en ruinas ha permitido que un árbol crezca entre las cuarteaduras de las paredes. Eso sí, cada noche sale “entacuchado” con el único “flus” que tiene. No sabemos a dónde va, pero seguramente va al centro, donde un día lo encontré y fuimos juntos caminando a nuestras respectivas casas, una frente a la otra. La costumbre suya es, al volver solo a su domicilio y antes de llegar, detenerse en los velorios de las casas funerarias y, elegante como se ve, le da prestigio a la ceremonia. Es personaje de un cuento y a retazos lo hemos empezado a contar. Es de la familia, claro que lo es, aunque él mismo crea que no pertenecemos a su mundo “social”, y (otra vez) claro que no pertenecemos, pero somos de la misma familia o de familias cercanas identificadas en los sonidos y los ecos del barrio. No nos hemos ido de esa calle, punto viejo de una ciudad que por allí, entre otros puntos viejos, empezó a nacer, y es cuna y será tumba. Porque estamos parados sobre nuestros muertos, que nos cuidan y a la vez los cuidamos, raíces aferradas a los árboles y sus sombras, a los “rayitos de sol” y a los “granitos de sal”, a los sonidos de los mangos y los aguacates que caen en los techos y los patios de nuestras casas, a los cantos de los loros y al pájaro azul que orgulloso se detiene, nos seduce y abre las alas de su libertad, y se despide, para volver con su canción, “que en mis noches de infinita calma, es como una esperanza, milagrosa” (Manuel Díaz Massa y Pepe

Domínguez), contrario al de Charles Bukowski: “realismo sucio”, no; “infinita calma”, sí, como “cuando los minutos tenían 24 horas”.

Entre las familias que nos rodean, en la (contra)esquina viven –cada uno en su casa– dos mujeres solteras y dos hombres solteros también; son cuatro casas y cuatro familias, y entre ellos se reconocen como una sola. A la vuelta vivía Fernando Marrufo, traductor del maya y del inglés, y también poeta (no lo conocí, mi papá sí y también conoció a su mamá). También vivía una familia cubana y llegaban estudiantes de los pueblos y otros de estados cercanos. Son cadenas de conocencias que han ido haciendo la memoria del barrio; las más sólidas permanecen. El pasado se junta con el presente.

En este presente, a unos pasos de la casa vive un papá que hace las veces de mamá, y una mamá que es papá y es todo...; vive también una niña que desde los tres años trae la llave de su casa y bien sabe que si la pierde se quedará afuera. Uno de mis hermanos vive solo y es familia; ésta se extiende cuando lo visita parte de su propia familia para ver el box o comentar los partidos de béisbol, y de uno y otro deporte son especialistas, tanto de su historia como de la actualidad. Por cierto, desde su cuarto que da a la calle se entera de las noticias de la ciudad, de la que podría ser cronista, al menos, cronista de la esquina que, cruzándola, para él ya es otro rumbo. Conoce al dedillo detalles que en general pasan desapercibidos y al mismo tiempo lee y relee cada día todas las secciones del *Diario de Yucatán*. Para él los minutos siguen teniendo veinticuatro horas. Yo lo nombraría “cronista del barrio” y por supuesto que él no entendería de qué hablo y de entenderlo tampoco aceptaría. Y, en serio, ¿por qué no tener cronistas de barrio? En la Ciudad de México, Elena Urrutia era la cronista del Pedregal. Cronistas del presente, del detalle, de la anécdota, de una ciudad viva, de una ciudad que en su tradición y sus avatares se renueva.

Otra familia (de mis barrios, tengo muchos) es la de dos amigos que han adoptado a un niño y lo cuidan y lo educan y lo adoran y darían la vida por él. Es sorprendente cómo a fines del siglo XX y principios del XXI las cosas, la gente ha cambiado y hay nuevos tipos de familias tan respetables como la nuestra. ¿Funcionales? Todas, aunque habría que revisar eso de “funcional” y para quién funciona el término.

¡Y qué decir de la familia mexicana, y de la yucateca de la que somos parte! Tradicional y acogedora. A mí me cuesta trabajo aceptar que en las familias americanas, a diferencia de las mexicanas, pronto los hijos –a los 18

años— se vayan de su casa. ¡Qué diferencia con las nuestras, donde a veces los hijos ya son más grandes, mayores que sus padres y aún siguen con ellos! Una familia mexicana —familión a veces— llega de visita (y sin avisar) a una casa con la abuelita en silla de ruedas, con los compadres... y lo peor —lo mejor de todo— es una especie de tácito acuerdo: todos hacen lo mismo, y la siguiente vez la familia visitante recibirá a la que llegó hasta con la jaula del perico. Todos cabemos en “moloch”, y expresamos nuestro cariño en el “loch” que nos damos, nuestro abrazo yucateco, que equivale al “apapacho” de los del centro de México.

Estos ejemplos son muestra de la diversidad de familias en una sola cuadra, en la misma esquina. Hay familias muy numerosas y las hay pequeñas. En la puerta de la casa de mi mamá en el pueblo había una placa que decía “Familia Herrera Arceo”; eran sus dos apellidos, pero ella vivía sola: se concebía a sí misma como una familia.

La de cada uno de nosotros, ¿qué familia es? Es la nuestra, que es lo más importante. Es a nuestra familia a quien llamamos antes que a nadie cuando algo bueno o malo nos pasa...; estamos en familia, decimos cuando vamos a hablar de algo íntimo e importante para nosotros. Qué difícil es vivir lejos de la familia, aunque a veces vivir cerca tampoco nos es fácil. De allí el dicho, “de la familia y el sol mientras más lejos mejor”. ¿Será así? No lo creo, claro que no. Queremos lo mejor para nuestra familia, de allí el sacrificio de muchas para resolver el problema de alguno de sus miembros. ¡Sacrificio! Qué gran palabra y cómo hemos de apreciarla, de valorarla. Palabra que también está entre las familias migrantes, de quienes se van y de quienes se quedan. ¡Cuánto valor por parte de ambas! Necesidad, resignación, decisión, destino asignado, construido también.

Ni papá ni mamá tienen obligaciones con nosotros, no nos confundamos. En serio, no sé cómo siempre había comida en casa, teníamos la ropa lista entre semana y los fines de semana. A veces, estrenábamos los domingos. ¡Cómo lo harían nuestros padres! De chiquitos, sí tenían la obligación de cuidarnos, pero después ya no, pues la educación que nos dieron es para siempre. Pero cómo nos quieren y a veces, precisamente porque lo sabemos, no apreciamos su cariño, ¿será que no queremos que nos quieran? Cuánto berrinche de por medio y la mayor parte del tiempo innecesario. Y cuando ellos no estén, ¿quiénes nos van a querer así?

Hace muchos años se oía esa canción que decía “Hay que ver, la familia, donde fui a caer...” Se refería a la familia ajena o a la propia, pero bien sabemos que hemos caído con la familia que nos tocaba caer, la que nos cuida, las que no educa, la que no quiere que nos pase nada. Y hay que cuidarnos y cuidarlos para correr los menos riesgos posibles. Si nuestra ciudad ha ido cambiando y nos la han “gentrificado” (“Mérida, ida ida ida... No te vayas no. No nos dejes morir de sed junto a tu fuente”) (dije hace un tiempo con ecos de Pastor Cervera, y lo vuelvo a decir aunque en otro contexto), y se le anuncia de “mil maneras” (y a veces, desde terrenos resbaladizos, como de quien no conoce), ¿por qué mejor no invitar desde nuestras familias yucatecas, que son y siempre han sido? Si eso es ser provinciano, ¿cuál es el problema? Y claro que no lo es.

¿De qué te toca?

Esta pregunta es muy yucateca. ¿De qué te toca? O decimos que no nos toca de nada; o decimos, es mi papá, es mi mamá, son mis hijos, es mi hija, es mi abuelo, mi abuela, mi chichí, mi bisabuelo, bisabuela, tatarabuelo, tatarabuela; es mi tío, mi tía, son mis sobrinos, mis sobrinas, primos, primas; además, tenemos tíos y primos de primer grado, de segundo, de tercero...; por si fuera poco, tenemos familias políticas –suegros, nueras, yernos–, adoptamos amigos como si fueran de la familia; se dice que fulanito era como de la familia, abría el refrigerador y lo que allí había era también para él. Como a nuestra familia yucateca, y no solamente, se nos da la hospitalidad hacia los que llegan.

A veces no nos es suficiente nuestra propia familia e inventamos más parentescos; intercambiamos lazos familiares; vivimos con personas que sin ser nuestra familia nos hacen sentir como si lo fuera. En ese “de qué te toca” descubrimos parentescos. Desde que nace el niño queremos encontrarle parecidos con el padre o la madre. Después le decimos o se nos dice: “te pareces a...” De la nariz para arriba es su papá; de la nariz para abajo es su mamá. Queremos encontrar parecidos, parentescos: yo a ti te conozco, ¿eres hijo deeeeeeeee? Y no es lo mismo decir del niño que es igualito a su papá, por ejemplo, que años después decirle (y con qué tono) “eres igualito a tu padre”.

De allí los aires de familia. Los demás ven lo que nosotros no vemos. Para los de fuera de la familia nos ven igualitos y cuando estamos chicos no nos gusta que nos digan que somos igualitos a... Después es distinto, e incluso las mujeres descubrimos que cada vez nos parecemos más a nuestra mamá. Me veo en el espejo, ¿es mi madre?, ¿soy yo? Y así como nos parecemos entre nosotros

así vemos cómo los animales se parecen a sus dueños; el gato de mi vecino es igualito a su dueño en lo de malencarados. Pobrecito del gato. Todos juntos vivimos muchos años en una misma casa donde simbólicamente nos une el escudo familiar; gastronómicamente, nos identificamos con la sazón de la comida de mamá –no la hay mejor– y aunque ya no estemos en casa, nos une el linaje familiar...

Familias que nos resultan familiares

Hay miembros de familias que se parecen mucho entre ellos. Oímos decir “es una familia muy rara”; cómo me hubiera gustado ser de esa familia; las nuestras eran familiares entre ellas. No hay poblados sin familias; menos Luvina o Comala de Juan Rufo, donde las familias se han ido de allí y qué desolado se ha quedado el lugar. Pero qué tal “El guardaguas” de Juan José Arreola. El viejito cuenta que el tren dejó en un lugar a un grupo de personas y pronto empezaron a formarse familias, como en “Autopista del sur” de Julio Cortázar.

Tan importante es la familia en las sociedades que en la literatura se representan de modo recurrente. Ejemplos: *La familia vino del norte*, de Silvia Molina; *Aires de familia*, de Carlos Monsiváis; *Todo lo hacemos en familia*, de Beatriz Espejo; *Todas las familias felices*, de Carlos Fuentes; *Una familia de tantas...* O en publicaciones recientes, como *Radicales libres* de Rosa Beltrán. O las “familias humanas” de las que habla Juan Villoro en su propuesta de recomposición “de familias”, de familias migrantes, lo que es de lo más actual y de atención urgente respecto a la consideración de “los otros”, esa otredad del siglo XXI tan particular y de responsabilidad que tendría que ser ilimitada.

Por otro lado y en la historia, hay familias de impresores, familias de músicos, familias de herreros..., familias que se llevan muy bien; familias que no se llevan... pensando a lo mejor que la vida es eterna. ¿No nos damos cuenta de que esto sólo dura un rato y qué alegría es vivirlo con nuestra propia familia? Dura un rato, pero tampoco hay prisa y las horas familiares pueden extenderse sin que lo notemos. También es cierto que de pronto, en un segundo como decía mi mamá, aparece un disgusto. Así es.

¡Qué bien nos reconocemos entre nosotros! De mi familia, reconozco cuando alguien muy cercano a mí se equivoca, y cómo me molesta, porque yo me equivocaría exactamente igual. Se dice que a los amigos uno los elige. ¿Y a nuestra familia? Yo elegiría siempre a la mía. Con ella hemos aprendido que nuestros seres más entrañables no son eternos; con ella hemos aprendido que la

familia siempre está con nosotros y si no lo está estamos a tiempo de intentar que volvamos a reconocerlos. Cómo nos duele la familia que sufre una pérdida; cómo nos duele la familia que de un día para el otro se vino abajo; cómo nos preocupan los tiempos actuales: sin familia no resistiríamos las injusticias. Sin familia no podríamos con las enfermedades, con las tragedias; sin familia no hablaríamos de nuestras penas, de nuestras felicidades. Algo importante en mi familia: es bien sabido que no hay que hablar de política o religión y nosotros acordamos no hablar de la familia. ¡Parejura! O “coño”, diría mi sobrina en tono yucateco a pesar de que creció en Los Ángeles.

De la manzana del paraíso a la manzana donde vivo

Una manzana fue motivo para que Adán y Eva fueran expulsados del paraíso. De allí que formaran calles y manzanas fuera del edén y sembraran un árbol que empezó a hacer más puro el aire. Y los árboles fueron creciendo, tejiendo sus ramas. A veces los gajos se rompen, las flores se cortan, los frutos se caen... Pero el tallo resiste –papá, que tuvo que aprender a hacerse cargo de su familia, mamá que trabaja más de veinticuatro horas al minuto, ambos que nos educan, nos forman, nos miman–, las ramas se entrelazan, las hojas se multiplican, los frutos se llenan de sabores, las flores de colores. Es un privilegio arrimarnos al gran árbol y cobijarnos con su sombra; es un don gozar a la familia... tener familia, hacer la familia, estar en familia, crecer con familia, familiarizarnos. Nada dura toda la vida. Después recordaremos, ahora vivamos la familia, la nuestra, la que nos vio nacer, crecer, a multiplicarnos con el tiempo.

Ya no hay veleta en el patio de mi casa; ha disminuido la tierra que nos hizo fuertes porque de chicos caminábamos y corríamos sobre ella, y ya no se escucha el piano de mi vecina hermana Ligia Cámara; se fueron los Ceballos y de vez en cuando aparecen los Esquivel; desde hace tiempo mi mamá y mi tía ya no conversan y toman el fresco en la puerta de la casa, ni pasa el señor que vendía pepitas y cacahuates, pero –eso sí– siguen pasando los niños que van a la escuela y con su familia esperan en la puerta de mi casa el autobús mientras el naranjo los protege del sol del mediodía. Aún dependen de sus familias, de las que van tomados de la mano y sin prisa. Ojalá nunca les llegue. Dos de ellos juegan con un caleidoscopio, lo van girando. Un día verán que esas figuritas son las piezas de un mapa del que ellos son sus habitantes. Para reconstruirlo mirarán hacia atrás y harán preguntas a su familia. Las respuestas caerán como las hojitas del árbol que ahora les da sombra.

Tengamos paciencia y hagamos que nos tengan fe. La vida no nos debe nada; somos nosotros quienes le debemos la dicha –porque dicha es– de estar aquí y ahora en este siglo XXI con aquellos que compartimos el mismo apellido, y contribuyamos que éste se escriba con orgullo, con sencillez, con la dignidad y la fuerza que nos hace ser. Es lo que en voz baja digo mirando el retrato de mamá y papá al saludarlos cuando llego a casa. La mesita donde están sus sonrisas eternas es mi primera estación al entrar, pausadamente, como debí haber hecho cuando estaban aquí. Tanta prisa y no sé a dónde se fue.

Sacar tiempo al tiempo, recobrar la pausa, decir de nuevo “ey, familia” y detenernos, como en estos días nos hemos detenido en este septiembre cultural, del que somos familia. No es casual que una de las palabras más recurrentes en este libro sea la de “familia”. De allí la idea de pergeñar estas líneas, de rastrear algunas raíces de lo que llamo “El árbol de la vida, la familia”. De rescatar el reloj –una minúscula ramita, una espiga, una semilla al revés del calendario maya– de “cuando los minutos tenían 24 horas para vivirla”.

Y esa familia podría ser de una sola persona, nosotros mismos, integrantes del álbum familiar (no sólo biológico), imágenes de muchos tiempos, habitantes de una rueda de la fortuna que, como una veleta al aire, gira y gira en esta ciudad a la que abrazamos, nuestra gran familia: Mérida en su caleidoscopio.

Mérida en su caleidoscopio



MÉRIDA, YUCATÁN 2024

